RENÉ DUMESNIL

EL ALMA DEL MÉDICO

Traducción y prólogo de
RICARDO HORNO LIRIA

481

EDITORIAL EBRO
ZARAGOZA

Derechos reservados
Copyright by
EDITORIAL EBRO
1942
Impreso en España
Printed in Spain

Imprenta HERALDO DE ARAGÓN. Coso, 100. Zaragoza. — 43.233

R. DUMESNIL

EL ALMA DEL MEDICO

610.92
D 8889

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HISTOIRE ILLUSTREE DE LA MEDECINE. — Prólogo del profesor Jean-Louis FAURE. Editor: Plon, París.

HISTOIRE ILLUSTREE DE LA MUSIQUE. — Dos volúmenes en 4.º de la colección *Ars et Histoire*, con numerosas ilustraciones en heliograbado. Editor: Plon, París.

FLAUBERT, L'HOMME ET L'OEUVRE. — Editor: Desclés y De Brouwer, París.

GUY DE MAUPASSANT. — Editor: Armand Colin, París.

LA MUSIQUE CONTEMPORAINE EN FRANCE. — Dos volúmenes. Editor: Armand Colin, París.

RICHARD WAGNER. — Editor: Rieder, París.

LA PUBLICATION DE MADAME BOVARY. — Colección *Grands Evénements litteraires*. Editor: Malfére, París.

LA PUBLICATION D'EN ROUTE. — Id., íbid.

LA PUBLICATION DES SOIREES DE MEDAN. — Id., íbid.

L'EDUCATION SENTIMENTALE. — Id., íbid.

LE REALISME. — Tomo IX de la *Histoire de la Litterature française*, bajo la dirección de J. CALVET. Editor: De Gigord, París.

LA SEINE NORMANDE. — Editor: De Gigord, París.

RENÉ DUMESNIL

EL ALMA DEL MÉDICO

Traducción, prólogo y notas
por
RICARDO HORNO LIRIA
Profesor A. de la Facultad de Medicina
y Académico C. de la de Zaragoza

PRIMERA EDICIÓN ESPAÑOLA

EDITORIAL EBRO
ZARAGOZA

MFN 3705

Rg 01.104

NOTA PRELIMINAR

El autor del ALMA DEL MÉDICO, libro que ofrecemos a la meditación y juicio de profesionales y profanos en la Medicina, es médico insigne y a la vez literato sutil y fino artista. Un hombre en quien concurren cualidades excepcionales y que siente un apasionado amor por la profesión, no podia menos de recoger con emocionada vibración espiritual los problemas de todo orden que se agitan en torno a la Medicina y a los médicos de estos tiempos. El Dr. R. Dumesnil aborda dichos problemas con la serena mirada del hombre que ya traspasó su juventud, con la emoción cordial que evocan en él sus recuerdos de estudiante y médico de hospital en la paz y en la guerra, pero también con el brío sincero y valiente de quien los ha vivido y anhela su solución. Quizá por esto, su libro ha suscitado tanto interés en el mundo médico y en un gran sector de la opinión francesa.

Un libro asi merecía que fuese conocido por el público de lengua española, porque tanto las cuestiones que en luminosa y metódica exposición aborda el autor, como las saludables inquietudes que

refleja, o las directrices que sugiere y defiende, son de palpipante actualidad en todos los paises civilizados.

Pero no bastaba traducirlo: era preciso confiar tan delicada tarea a un médico; que éste fuese también un entusiasta profesional y que a la vez sintiera, con pasión de médico y con visión de sociólogo, los problemas que abarca la obra del Dr. Dumesnil.

Nuestra elección recayó en un médico joven de años, pero firme en sus convicciones, y en plena madurez de ciencia y cultura. De cómo ha cumplido su misión, quien lea juzgará.

EDITORIAL EBRO.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

LA personalidad del médico es una de las más discutidas en la sociedad de todos los tiempos, pues a pesar de que pocas profesiones pueden superar en prestigio a la nuestra—ya que no es posible hallar profesión más humana ni más caritativa que la que trata de devolver y conservar la salud a nuestros semejantes—, contra ella se han dirigido siempre las sátiras más acerbas y las críticas más rudas de todos los escritores, desde Aristófanes a Bernard Shaw.

Esto se debe a que el médico no es solamente un hombre que ejerce una técnica, mejor o peor según sus conocimientos, sino que además tiene que ser, en primer lugar, un hombre de honor, un perfecto caballero, capaz de darse cuenta por sus dotes intelectuales y morales, de la alta misión que tiene que llenar en sociedad, ya que ésta le confía la salud y la vida de sus componentes y a veces la felicidad y la honra de un hogar o el buen nombre de una familia.

Por eso la vida del médico, tanto en la ciudad como en el campo, tiene que estar ajustada a una práctica profesional en la cual no puede relegar al olvido las características básicas de su personalidad.

o sea conocimiento de la profesión, sinceridad en su trato, veracidad en sus juicios, indulgencia ante la ignorancia, probidad en el cumplimiento de sus obligaciones, firmeza en la defensa de la verdad y, por último, valor para sobrellevar con abnegación, si acaeciera, la hostilidad del medio.

Pero la Medicina se encuentra actualmente en una triple crisis: crisis de dirección del pensamiento médico, crisis en la preparación universitaria del futuro médico y crisis en el ámbito profesional de la Medicina.

No es una novedad el que yo señale aquí la desorientación, el desconcierto, la apatía en que han caído tantos profesionales de la Medicina. Hace ya muchos años que, desde las ciudades más populosas hasta los pueblos más arrinconados, se levanta un grito unánime por la precaria situación profesional. Sus ecos han sido recogidos por la prensa de todos los países, pues en casi todo el mundo constituye un problema latente y vivo, y se habla de proletarización, de pase al Estado, etc., y se abren encuestas para encontrar el camino que pueda poner fin a tan desdichada situación. Lo que individualmente no puede lograrse, trátase de alcanzarlo por la acción solidaria de todos los profesionales.

En todas partes fuerzas extrañas y extra-individuales conmueven y agitan los estratos sociales, las posiciones más sólidas, los criterios más firmes y las filosofías más seguras, produciéndose, como señala Dumesnil, resquebrajamientos doctrinales importantes para el observador sagaz e imparcial, que van imprimiendo a la Medicina una fisonomía completamente distinta a la original de hace algunos decenios, lo cual repercute de manera harto grave en el campo de la actividad científica y de la ética profesional.

Frente a ese desconcierto profundo de todos los valores, es necesario hacer una labor adecuada de preparación y de enseñanza. Alguien ha dicho de nuestra profesión que se aprendía pero que no se enseñaba. Y es que nuestra profesión reclama, exige, una labor tensa y un estudio constante. Pero la realidad es muy distinta.

Muchos, una vez en posesión del título, libres de las obligaciones universitarias, se han quedado con los conocimientos adquiridos y ya no realizan más esfuerzo para estudiar; abandonados los libros y asistencias a clínicas u hospitales, atenidos al mero ejercicio profesional o solicitados por múltiples y diversas ocupaciones, se convierten en perfectos rutinarios: no hacen más que "ver" enfermos y conformarlos para salir del paso, con la consabida receta.

Otros, se vuelven indolentes. No se detienen, ni poco ni mucho, con el enfermo. Recurren en primer término al laboratorio, al que adjudican mayor valor que al examen del enfermo hecho según las reglas de la semiología objetiva, cuando el diagnóstico debe fundamentarse en el examen objetivo, en la marcha de la enfermedad y en la experiencia clínica, y sobre todo, pensando... Hay que enseñar a pensar. Pero ¿se

hace eso en la actual enseñanza universitaria? El enorme contingente de médicos mal preparados es la mejor respuesta.

Para hacer un diagnóstico acertado, lo fundamental es comprobar los hechos, agruparlos con sentido crítico y sacar conclusiones. Y para esto se necesita ciencia, experiencia y espíritu de observación. Pero, la ciencia no ha de ser una ciencia libresca, *ni la experiencia una simple y vulgar rutina, ni el espíritu de observación el coleccionar simplemente hechos. Se necesita siempre el espíritu crítico, sin lo cual nada se logra.*

Es imprescindible un gran amor a la profesión y por el contrario es forzoso confesar que al emprender los estudios médicos una gran mayoría elige esa carrera sin vocación, sin ese gran amor. Son otros factores los que influyen y acaso deciden la orientación. Interviene la voluntad y la ambición de los padres, las preocupaciones de carácter económico, la aspiración a crearse una buena posición social. Ya que es sabido de todos, que durante la enseñanza secundaria no se hace nada para orientar a los estudiantes que tengan poder para impedir que sigan por donde no les ha dirigido la vocación. Y la falta de este impulso espontáneo o adquirido en el proceso educativo del joven estudiante, repercute no sólo en lo que se refiere a capacitación técnico-profesional, sino también a la ética en el mismo ejercicio de la profesión.

El exceso de tecnicismo, la especialización llevada

hasta un grado absurdo, la sed de ganancias, la amplitud de los seguros sociales y la explotación del médico por los organismos administrativos, nos han sumido en un grave egoismo, que ha hecho perder a la profesión su sentido filosófico y social y para recuperarlo no hay otro camino que volver a infundirle un vigoroso soplo de idealismo como el que los antiguos le proporcionaban ajustándose a los preceptos morales del gran Hipócrates, sobre los que el autor de esta obra insiste, como única armadura que no se ha debilitado ni ha envejecido con el transcurso de los tiempos.

* * *

En 1937, el Dr. Dumesnil publicaba este libro que en seguida atrajo la atención del mundo médico y de todas las personas sensatas capaces de pensar sobre los problemas y orientaciones del médico en la época actual. Las circunstancia porque entonces atravesaba nuestra Patria no eran las más indicadas para meditar serena y tranquilamente sobre las múltiples facetas de este libro, donde el autor expone la formación espiritual y psicológica del médico y los aspectos y condiciones en que ejerce su arte diariamente.

La evolución de la Medicina ha sometido al médico a una transformación progresiva, y aunque las condiciones en que debe ejercer su arte han variado poco desde el punto de vista moral, desde el punto

de vista práctico las tentaciones y los peligros que le acechan se han multiplicado, pues hoy reina un espíritu social refinadamente egoista que como tal pretende recabar todos los derechos y desligarse de todos los deberes.

Dumesnil, excelente literato a la par que médico insigne, ha abordado en esta obra cómo se realiza la educación moral y científica del médico; cuáles son sus deberes generales, así como las cualidades y virtudes que requiere esta profesión, que el médico ha de desempeñar teniendo por norte el bien del enfermo y por guías la dignidad y el honor, cuáles son las condiciones en que se desenvuelve el ejercicio profesional, los peligros y acechanzas que en todo momento habrán de rodearle. Cuáles son las tendencias modernas y las orientaciones que se imprimen a la profesión y los males que siguen a ellas; las concepciones de la política médico-social que se llevan a cabo y que van despojando de su personalidad al médico y crean una nueva mentalidad en el enfermo. Estas y otras muchas cosas se exponen, como verá el lector, en este libro, verdadero sin vulgaridad, original sin esfuerzo y profundo sin declamación, en donde a pesar de sus múltiples facetas, no pierde su unidad perfecta y no deja en la mente, una vez leído, más que una sola imagen, la de la excelsitud de esta profesión y la necesidad absoluta de una moralidad intachable en quien la ejerce.

La parte final de este libro va dedicada a sus recuerdos de la gran guerra, y en ella pinta de manera

inolvidable la tragedia del médico de los puestos de clasificación en esas jornadas angustiosas que han sido vividas tan intensamente en los pasados años por gran parte de los médicos españoles. En cada una de sus páginas los hechos son punto de partida para las emociones del poeta y para las nobles meditaciones acerca de la filosofía natural y de problemas morales. Son páginas que le hacen honor como escritor, como médico y como hombre.

Los editores, a pesar de las dificultades presentes, no han omitido ningún medio para que la obra, no sólo no desmereciese de la original, sino que la superase en lo posible. Por nuestra parte, en la traducción, hemos procurado en todo momento a la vez que reflejar exactamente el texto, conservar el carácter y el estilo que su autor quiso imprimirle; hemos creído oportuno consignar en forma de notas algunas aclaraciones y a veces la opinión que nos merecen algunas de las interesantísimas cuestiones que Dumesnil expone en este libro, cuya lectura no dudamos será provechosa para cuantos ejerzan o piensen dedicarse a la profesión médica por la que laboramos desde hace años con el ambicioso empeño de que alcance plenamente un estado intelectual, social y moral digno de su noble misión.

RICARDO HORNO LIRIA.

A

mi queridísimo amigo

GEORGES DUHAMEL

PREÁMBULO

ACTUALMENTE *todos nos encontramos como los pasajeros de un navío en peligro. Muchos ya, desesperanzados, aceptan en silencio la fatalidad de una catástrofe que su cobardía hace cada vez más segura. Sin embargo, algunos, aunque se naufrague, se niegan a perecer sin haber intentado todo lo posible para salvar, no la obra muerta, sino las fuerzas vivas, los valores espirituales que son las antorchas que alumbrarán nuevos hogares.*

Ahora bien, en este crepúsculo donde los hombres no distinguen ya las luces humanas, donde no se tiene respeto más que para las ciegas máquinas y las masas gregarias más ciegas todavía, el médico aparece como uno de los últimos clarividentes, como uno de los últimos mantenedores de lo que no debe nunca perecer. Debido a su formación especial, conserva el privilegio de la reflexión; el ejercicio de su lúcido arte le obliga constantemente a encontrar al individuo entre la colectividad. Distingue al hombre y a los hombres; el hombre que es en todas partes el mismo a pesar de las diferencias étnicas; el hombre, que es el igual de sus "semejantes"; el hombre que es la especie, como el follaje del árbol

es la reunión de las hojas, y los hombres que son las personas en la diversidad de los temperamentos y de los caracteres; los hombres, donde cada uno reacciona a la salud y a la enfermedad como no reacciona su vecino. Y en esta civilización que odia el silencio y teme la meditación, debe sin embargo el médico recogerse, refugiarse en su interior; su papel es cada vez más necesario, su acción se amplifica; en la brutalidad de las nuevas costumbres (en que cada uno sigue su camino y marcha sin preocuparse de lo que atropella) su tarea no es solamente defender la vida contra la muerte, sino la de reanimar en aquellos que lo olvidan el respeto y el sentido de esta misma vida.

Le es preciso ser digno de esta profesión, cuya nobleza y desinterés le colocan por encima de los demás hombres, y esto en el preciso momento en que otras fuerzas malignas le atraen con más empuje; cuando la lucha es más áspera, las condiciones de existencia más difíciles, las tentaciones más numerosas, la práctica de su arte más complicada y más delicada. Así avanza penosamente en un mundo donde la honradez se convierte en la profesión más dura y costosa, pero menos envidiada. Se le muestra constantemente el ejemplo de los habilidosos, quienes lejos de quedar perplejos por lo que llaman prejuicios, y libres de todo escrúpulo, amontonan honores y ganancias hasta el momento en que, en ocasiones, estalla el escándalo y los arroja al fondo. Pues no ignora que su profesión, si la ejerce sin escrúpulos,

puede servirle y serle más útil que ninguna otra.

Y, sin embargo, la medicina es todavía hoy una de las profesiones en donde el espíritu de lucro no gobierna aún todas las acciones, una de aquéllas en que la dignidad se mantiene mejor; esto es debido a que el médico, más que cualquier otro hombre, y por el ejercicio mismo de su arte, está en situación de penetrar en todas las conciencias. Y quiéralo o no, a veces sin tener claramente noción de ello, es de los que en cada instante deben, como decía Renán, hacer oración, puesto que le es más difícil que a cualquier otro hombre el negarse a oír esta voz interior que en las horas de duda aconseja y detiene, persuade y manda.

En estas páginas se ha intentado demostrar cómo se forma este espíritu y esta conciencia del médico, cuáles son sus actuaciones y cuál es su comportamiento en la vida frente a los problemas del momento presente y cara a los peligros cada día más amenazadores.

29 Agosto 1937.

ADQUISICIÓN DE CONOCIMIENTOS

I — PRIMER CONTACTO CON LA MUERTE

Dos recuerdos dominan mi vida médica, dos recuerdos de los cuales mi memoria conserva todos los detalles como si fuesen ayer. Uno de ellos, el más fuerte, el más reciente también, procede de la guerra, y no quiero hablar de él en primer término. El otro es mi primer contacto con las realidades del "oficio".

Acababa de cursar el año de estudios preparatorios que se denominaba entonces P. C. N. (1), pues la manía de las iniciales abreviadas comenzaba ya entonces, nacida sin duda del abuso de títulos pretenciosamente alargados, más que del gusto por los acertijos. Como a nadie se le puede obligar a repetir veinte veces al día Candidato al Certificado de Estudios físicos, químicos y naturales, o como se dice desde hace poco, Candidatos al Certificado de Estudios físicos, químicos y biológicos, parece, pues, excusable y aun legítimo decir y escribir P. C. N. y P. C. E. Permítaseme otra aclaración: ignoro si las cosas pasarán hoy también como las cuento;

1 *P. C. N.:* Período de estudios *physiques, chimiques et naturelles,* equivalentes a nuestro preparatorio de Ciencias. *(N. del T.).*

hace demasiados años que ocurrieron para que persistan tal como eran, pues no hay nada que no se adapte al cambio de costumbres, y si empleo a veces el presente solamente es como figura de dicción. Por otra parte, lo que no puede cambiar, y esto es lo que interesa en el fondo, son las sensaciones, las reflexiones, o para hablar en lenguaje científico, las reacciones del individuo, del sujeto de la experiencia, el joven estudiante, introducido en un medio que hasta entonces le fué perfectamente extraño, y por tanto de violenta oposición y completamente diferente del medio en que este adolescente había vivido hasta esa iniciación.

Cualesquiera que fueren los estudios que se aborden: el derecho, las letras o las ciencias, que se entre en la Sorbona (2) o en Saint-Cyr (3), en el Seminario o en la Escuela Naval, en el Instituto Agronómico, en el de Lenguas Orientales o donde quiera que fuere, ningún otro joven de diez y ocho años se encontrará de pronto, al día siguiente de su ingreso, colocado ante estas dos brutales revelaciones que esperan al estudiante de Medicina: la mujer y la muerte.

La mujer, ¿qué sabe de ella hasta entonces?

2 *Sorbona:* Facultad de Derecho y de Estudios Superiores fundada en París, en el siglo XIII, por Roberto SORBON. Modesto Instituto al principio, se transformó después en Facultad de Teología, pasando por diversas vicisitudes hasta que desde 1828 volvió a renacer tal y como ahora se la considera. *(N. del T.).*

3 *Saint-Cyr:* Academia especial militar edificada bajo el reinado de Luis XIV y destinada a escuela y formación de oficiales. — *(N. del T.).*

Lo que le haya revelado el ambiente exterior, la familia; lo que le han enseñado sus conversaciones con los compañeros, lo que ha sorprendido, lo que ha soñado; también, sin duda, lo que ha sacado de breves experiencias sentimentales no siempre platónicas, pero—lo deseo por él—en que la ilusión y la poesía, han tenido, no obstante, a menudo, el papel esencial. A los diez y ocho años, casi todos los jóvenes se consideran un poco escépticos. Algunos son por gusto, fanfarrones del vicio, de ordinario son los más ingenuos y los más tontos. Todo esto a menudo anodino, pueril y tan lejano que pudiéramos creernos en pleno romanticismo byroniano, ¿no encontramos también, en efecto, niños que se exaltan con la lectura de poetas prohibidos en el colegio, boquirrubios que fuman su pipa en la calle en señal de independencia y de emancipación, que van a la cervecería, usan un lenguaje cuartelero, persiguen mujerzuelas, y, no obstante su exterior, cultivan en el fondo de su cándido corazón, con todo secreto y delicadeza, la florecilla del sentimiento? Citaría como ejemplo a Flaubert (4), en cuyas primeras cartas hay un excesivo cinismo juvenil, pero este cinismo no es sino una especie de máscara tras la cual se esconden la ternura exquisita de su verdadera naturaleza, la delicadeza de sus acciones, las verdaderas cualidades que perdurarán sin marchitarse hasta el último de sus días y perfumarán

4 FLAUBERT (Gustavo): Ilustre literato y novelista francés, hijo de un médico de Ruán y perteneciente a la escuela romántica y realista. — *(N. del T.).*

deliciosamente su correspondencia con un aroma fresco y puro de sinceridad. Porque en todas las épocas es preciso tener cuidado en todo aquello que hay de falso en las apariencias: lo que menos cambia es el hombre, y, sin embargo, los hijos se dan ya cuenta de que en muchas cosas no se parecen en nada, ni psíquica ni moralmente, a sus padres.

*
* *

Hoy, lo que se llama "sexualidad" está tan de de moda, que se habla de ella constantemente en cualquier lugar, yo creo que, incluso hasta en el momento de sentarse a la mesa; pues para algunas familias es positivamente una verdadera obsesión, y para muchos una idea fija. A esto le llaman franqueza, y sin duda ha tenido que pasar el tiempo para que por medio de esta franqueza, la virtud rinda homenaje al vicio, como en otros tiempos mediante la hipocresía, el vicio rendía su homenaje a la virtud. Freud, o más bien aquellos que se valen de sus escritos, que no siempre han comprendido y a veces ni siquiera han leído, han trastornado muchas cabezas, de tal manera, que pocos estudiantes llegan al primer año de Medicina, después del P. C. N. o el P. C. B., sin estar persuadidos que saben mucho más sobre la mujer que Don Juan, Valmont, Casanova y todos los pícaros y aventureros juntos. La educación mixta, el cine, los periódicos y revistas de atrayentes portadas, no impedirán, sin

embargo, a Querubín no ser más que un niño, temblar ante el misterio—aun cuando crea haberlo disipado—, pues el misterio está forjado por su propio deseo, lo que sin duda le mantiene feliz.

Hay en una novela de Alejandro Dumas, "l'Affaire Clemenceau" (5), que se hizo célebre hace unos años y que no sé si se leerá todavía hoy, algunas páginas que no han envejecido. Lo que me hace afirmarlo es que ellas traducían al francés del siglo diecinueve, es decir, transportaban a las costumbres de 1866, una turbación, una inquietud, que fué la de Adán delante de Eva, y que desde el *Oarystis* o del *Daphnis* y *Chloé* hasta Querubín y hasta el héroe de Dumas, han persistido idénticas, de donde puede deducirse que pertenecen hondamente a la naturaleza del hombre, y que de generación en generación, se trasmitirá indefinidamente para la desgracia y la dicha de su posteridad. En su novela, Dumas, introduce al joven Clemenceau, discípulo del pintor, en el estudio del señor Ritz, su maestro, en el momento en que Marieta, la modelo, se desnuda. Esta va realizando los gestos habituales de su profesión: "de la manera más sencilla del mundo, se quita las medias, y dejando resbalar la camisa a lo largo de su cuerpo hasta el suelo, sale de ella, y con su menudo y desnudo pie la arroja tras de sí". El

5 Se trata de una novela de tesis social que no ha sido traducida al español, y en la cual el autor, hijo natural del célebre novelista, pinta, como fiel observador de la vida, los caracteres y costumbres de sus personajes tal como se ofrecieron a sus ojos. — *(N. del T.).*

joven experimenta una sacudida en todo su cuerpo. Pero la iniciación del futuro médico es más brutal; cuando no es sobre la mesa del anfiteatro donde encuentra la desnudez femenina, es en la sala de consultas, o en una cama de hospital, para que exponga ante él sus taras secretas; y la enfermedad y la muerte, aun cuando no alteren sus líneas y dejen algún encanto seductor, no están menos presentes para dañar la emoción de los sentidos. El que llega al hospital y el que entra en la Facultad, con la idea de encontrar algunas satisfacciones condescendientes a sus curiosidades juveniles, no tarda mucho tiempo en perder sus ilusiones. La vieja alegoría de la Voluptuosidad dando el brazo a la Muerte, es para el estudiante de Medicina, del que se apodera en seguida, de una significación evidente. Si experimenta alguna vez el temblor voluptuoso del joven héroe de Dumas ante Marieta desnuda, es en primer lugar un sentimiento de horror y de disgusto el que sobreviene ante aquel cuerpo roído por la enfermedad o delante del cadáver descompuesto por la muerte. La cabeza menos sensata no puede menos de abstraerse y meditar aquel símbolo que tanto complacía reproducir a pintores y escultores, de las Danzas Macabras. A las dos *Majas*, de Goya, el aspirante a médico, añade mentalmente una tercera, parecida a la de René de Chalons de Ligier Richier (6).

6 Alusión a una obra poco conocida de este artista flamenco del siglo XVI. — *(N. del T.)*.

De este contacto con las realidades más desagradables y decepcionantes, de este trato diario con la miseria más horrorosa, surge por reacción, esta exhuberancia del estudiante de Medicina, esa alegría, ruidosa, desbordante, tradicional entre los "mosqueteros" de San Cosme (7) con tanta facilidad plasmada en canciones, cuyos estribillos y refranes deliberadamente desafían provocadores la honestidad y la decencia, con palabras y términos rabelesianos: pues no hay que olvidar que Rabelais fué más médico que sacerdote.

*
* *

Veo todavía en mi imaginación aquella sala cuadrada, fría y desnuda.

A la derecha del patio principal después de haber franqueado una especie de recinto que parecía querer disimular inofensivas dependencias, se atravesaba en primer término para penetrar allí, una fúnebre antecámara, donde sobre camas cubiertas por hule negro, se depositaban los muertos en espera de su colocación en ataúdes. Una lona, que se alzaba cuando los familiares venían a reconocerlos, ocultaba los cuerpos. Había alrededor de unas quince camas, alineadas a los tres lados del depósito. Al fondo, en la pared opuesta a la entrada, aparecía una puerta de dos hojas que daba al anfiteatro.

7 Palabra equivalente a *carabín*, apodo con que se designa a los estudiantes de Medicina. — *(N. del T.)*.

Tan oscura y sombría era la primera habitación, como iluminada la segunda, que recibía su luz por una claraboya de cristal, contrastando vivamente con la anterior.

A primera vista se asemejaba bastante a una pescadería: cuatro losas de piedra gris, labradas con canales en diagonal, con un agujero en el punto de intersección; debajo, entre los pies, un cubo para recoger los líquidos; un enrejado sobre el enladrillado del suelo; en las paredes las tomas de agua, un lavabo; después, sobre una mesa baja, una balanza con sus pesas, dos palanganas, una de ellas llena de permanganato en solución concentrada y la otra con bisulfito; una estufa de carbón, como las que se ven en los cuartos de guardia, y tres o cuatro taburetes, constituían todo el mobiliario. En un rincón, sobre otra mesa, aparecían algunos instrumentos semejantes a herramientas de carpintero: sierras de mano, pinzas, gubias, martillos, fuertes cizallas, cuchillos, etcétera; todo ello mezclado y revuelto. Esto era lo que en las horas de descanso, si puede decirse así, se encontraba en la sala de autopsias, a la que los médicos y estudiantes llamaban púdicamente "Morgagni" en las salas de enfermos, para evitar, caritativamente, pronunciar su verdadero nombre.

Así pues, aquella mañana, cuando entramos allí mi interno y yo, encontramos en ella tres muertos y un vivo. El vivo, cubierto con una gorra azul, vestido con el uniforme de los enfermeros y ceñido su

delantal, fumaba tranquilamente su pipa cerca de la estufa, aunque nos encontrábamos en pleno verano y, naturalmente, la estufa no estaba encendida; pero era hombre rutinario, y tenía costumbre, una vez hecho su trabajo, de esperar en este sitio a que "los señores" viniesen a hacer el suyo, y esperaba tranquilamente.

Su tarea consistía en coger los cadáveres del depósito, colocarlos sobre las losas, poner un taco de madera bajo la cabeza a manera de almohada, quitarles el sudario que les envolvía,y después, más tarde, una vez hechas las autopsias, recoserlos y ponerlos en el ataúd. Esto lo cumplía metódicamente, como buen funcionario que no ignora ninguna tradición de su oficio y que, benévolamente, las legará todas a su sucesor cuando llegue el momento de iniciarle. Sabía también ayudar a "los señores", y se mostraba hábil cuando se solicitaba su concurso y ayuda. Se llamaba Pablo y parecía tener unos cuarenta y cinco años. Le hubiese sorprendido grandemente quien le dijera que tenía un oficio triste. Era de humor tranquilo, silbaba casi siempre tonadillas de caza, y supe más tarde que presumía de tocar bien la trompa. Sacaba algún provecho de sus ocupaciones recibiendo, a menudo, algún dinero de las familias, pero sobre todo vendiendo huesos a los estudiantes de primer año, para el estudio de la anatomía.

Se levantó cuando entramos, nos saludó, y dirigiéndose al interno le preguntó:

—¿Viene usted por la quemada?

Había, según he dicho, tres muertos: dos mujeres y un hombre, completamente desnudos los tres, y las mesas estaban dispuestas de tal manera, que al entrar, lo primero que se revelaba de estos cadáveres era el sexo.

*
* *

Una gran mosca azul se levantó de una de las mesas y zumbando se elevó hasta la vidriera del techo.

Un olor indefinible, soso, un olor de carnicería, mezclado con el desagradable de los antisépticos, flotaba por el local.

Lo que yo experimentaba era extraño, era menor la repugnacia, menor el malestar físico, que la sensación de molestia, en resumen bastante parecida a la embarazosa situación que hubiese experimentado sorprendiendo involuntariamente a estas mujeres, vivas y desnudas, al entrar en su habitación. El anfiteatro venía a ser como un círculo del infierno a la puerta del cual hubieran escrito solamente: dejad toda esperanza, sino también todo lo que en el mundo de los vivos está impuesto por el pudor. Y por tanto nada aquí es impúdico, pues para que lo sea es preciso conservar la noción de pudor, que que desde el umbral de este lugar se encuentra abolida, como lo está igualmente en las pinturas del juicio final donde los muertos resucitan, salen de sus tumbas, y desnudos y agotados se reunen y mezclan confusamente para esperar su hora.

*
* *

El hombre que aquí yacía era una especie de coloso, un cargador, muerto a consecuencia de la caída de un saco de trigo que le había fracturado la columna vertebral. La boca entreabierta, descubría la mitad de los dientes amarillentos; sus cabellos en desorden caían sobre la frente. Unos tatuajes azuleaban sus brazos, en los que resaltaban los biceps salientes como los de un Hércules de feria; su pecho velludo y el tinte oscuro y tostado de su piel, hacía resaltar la blancura de las mujeres, próximas a él. La vieja era de horrible aspecto, con los senos parecidos a odres vacíos, la piel del tórax constelada por ventosas y escarificaciones, el vientre flácido, las piernas delgadas y un rostro demacrado, aureolado por cabellos grises recogidos en trenzas. La joven debía ser guapa: las piernas, los muslos y el vientre eran parecidos a los de las estatuas de Diana; y unos instantes más tarde supe que era virgen. Pero tenía la cabeza, el cuello, los dos brazos, las manos y la mitad del pecho, envueltos por un vendaje teñido de ácido pícrico, de un amarillo resplandeciente. Uno de sus senos quedaba al descubierto, indemne, como si estuviese animado de vida.

Entonces no se empleaban todavía los guantes: el

interno había sumergido sus manos y antebrazos en el permanganato durante largo tiempo.

Con las tijeras cortó la tarlatana, abrió el vendaje y apareció la carne sembrada de manchas grises o parduzcas, de escaras negruzcas, de vesículas, de ampollas reventadas, que quedaban rodeadas de pedazos de epidermis flotante. La cara estaba horrible, tumefacta, ennegrecida, con gruesos párpados tan hinchados que ocultaban los ojos.

Esta vez fué realmente repugnancia, aversión, asco, lo que sentí, y tan intensamente que tuve miedo a desmayarme. Reaccioné, sin embargo, y conseguí conservar mis sentidos.

—El periódico ha hablado de esto, dijo Pablo, que se había acercado al interno. Siempre ocurre lo mismo; estas chiquillas creen que las precauciones sólo están hechas para las demás.

—¿Alguna lámpara de gasolina?, preguntó el interno.

—Sí; la llenó cerca de una bujía encendida y... ¡Lástima, pues estaba bien formada esta chica! ¡Y es joven!

—Mire, me dijo el interno, estas quemaduras no siempre producen una muerte inmediata. A veces la muerte sobreviene rápidamente, incluso con quemaduras superficiales cuando son muy extensas. Pero lo más a menudo, son los accidentes generales, las complicaciones viscerales, las que matan a los quemados.

Diciendo esto había incindido la piel desde la horquilla del esternón hasta el pubis, y deslizando los

dedos por la hendidura separaba los tegumentos. Después, armado de un costotomo parecido a una podadera de jardinero hizo saltar el peto torácico, y con gran presteza, en tanto que con la mano izquierda con dos dedos separados acabalgados sobre la tráquea, comprimían y bajaban la masa de los órganos, la derecha, empuñando un bisturí, seccionaba lo más alto posible el pedículo, y dejando después el instrumento se introducía a lo largo de la pleura para separar los pulmones, el corazón y los grandes vasos.

Yo miraba, participando entre sentimientos opuestos, la curiosidad, la repugnancia y la piedad hacia esta muchacha, a la que tan atrozmente había visto sufrir la víspera, y la admiración hacia el interno, que con tanta seguridad y destreza realizaba estos actos repugnantes y difíciles.

Sacó el estomágo, lo abrió y lo extendió sobre la mesa, haciendo correr sobre la mucosa el agua contenida en una jarrita.

—Vea, me dijo, a nivel del píloro, estas placas rojas, son ulceraciones. El maestro las examinará luego. Lo mismo verá en el pulmón. Hay casi siempre embolias. Se producen frecuentemente en los riñones...

Mientras hablaba los había arrancado y con un cuchillo ancho los abría como hacen los carniceros.

El profesor entró en este momento:

—Y bien, me preguntó en tono benévolo, ¿no se halla usted demasiado impresionado?

II — EL MAESTRO Y EL SERVICIO

Yo estaba sumamente orgulloso en la tarde de aquel día memorable.

Pensaba en Fabricio (8) cuando en el campo de batalla le decía la cantinera ante el cadáver del soldado de infantería: "¡Baja del caballo, pequeño, y dale un apretón de manos para ver si te lo devuelve!" Lo que yo había visto era mucho peor que el muerto de "*La Cartuja de Parma*"; peor que lo de Hamlet en el cementerio; me creía ya un estudiante de verdad.

Estudiaba por entonces la anatomía con verdadera avidez.

El primero de los tres tomos de la *Anatomía descriptiva*, de Testut—Osteología, artrología y miología—llegó a ser mi breviario. La *Anatomía topográfica*, de Tillaux; la *Patología interna*, de Dieulafoy, así como el primer volumen del *Tratado de Cirugía*, de Duplay y Reclús, se encontraban permanentemente sobre la mesa de mi cuarto (9); y si al principio quedé atemorizado por la balumba de conocimientos acumulados en estos libros, creyendo que mi memoria permanecería rebelde a conservar tantos datos y minuciosos detalles, pronto pude comprobar con qué sencillez me familiarizaba con estos voluminosos compañeros de mis veladas.

Mi interno me había cobrado afecto y me trataba con ese compañerismo un poco distante que conviene mantener para señalar todo lo que separa a un interno de tercer año de un humilde "pipiolo". Un día en que me preguntaba, como me quejase de no poder llegar a retener en la memoria las inserciones sobre el hueso ilíaco, me habló de este modo, que no he olvidado nunca y cuya aplicación he encontrado más tarde, tanto en letras como en medicina:

—¿La memoria? Eso es cosa de método, de inteligencia, y por tanto es bastante fácil mejorarla. Voy a revelarle un secreto, y con ello no haré más que adelantarme a lo que le dirá su conferenciante cuando se prepare para el internado (10). Es pre-

8 *Fabricio:* Personaje central de la célebre obra de STENDHAL *La cartuja de Parma*, y cuyo carácter se considera como un verdadero retrato moral y psíquico de su autor.—*(N. del T.)*.

9 En Francia, el plan de enseñanza requiere que el alumno se ponga en contacto con los enfermos inmediatamente de su entrada en la Facultad. Desde el primer día asiste al hospital y permanece allí, en general, durante toda la mañana tomando parte en el trabajo clínico o presenciando demostraciones hechas por el profesor o sus agregados. Simultáneamente, y en general por la tarde, asiste a cursos que versan, los primeros años, sobre las materias fundamentales (Anatomía, Fisiología, Patología), y, en los últimos, sobre la Patología y las Clínicas.

El externado, primero, y el internado, después, constituyen formas de contacto cada vez más íntimas con la actividad clínica. — *(N. del T.)*.

10 En Francia, el estudiante de Medicina consigue con relativa facilidad la graduación de externo. El concurso de *externado* debe ir precedido de la aprobación en las ciencias fundamentales: Anatomía, Fisiología y Patología. A continuación, dos o tres años después viene el del *internado*, que requiere varias materias más, entre ellas: Física, Química, Bacteriología, Obstetricia y Medicina interna. Este concurso de internado

ciso tener constantemente en la mente una especie de esquema, un plano, que se adapte a un gran número de materias, incluso a casi todas las cuestiones. Esto parece tonto a simple vista, pero pensándolo bien tiene, por el contrario, bastante profundidad, pues el espíritu necesita, bajo la diversidad y multiplicidad de los fenómenos, buscar la unidad, ordenar, para poder comprender. Así, pues, cuando tenga que describir un órgano cualquiera, hueso, músculo, víscera, vaso o lo que usted desee, piense que se presenta a la vista de cierta manera, imagíneselo en sí mismo y en sus relaciones con lo que le rodea: si es par, como el ojo y el riñón; o impar, como el corazón, el hígado, el estómago o el hueso hioides; si es simétrico o asimétrico, según que sus partes se repitan o no a los dos lados del eje; las dimensiones, el color, los medios de fijación, las cubiertas o envolturas; si está aislado o rodeado de otros órganos, si tiene vasos y nervios, si posee una estructura propia, etcétera, etcétera. ¿Comprende usted?

—Desde luego.

—Pero sobre todo, no trate de aprender únicamente en los libros. No aprenda la osteología sin esqueleto; compruebe sobre el hueso mismo, la descripción que da el tratado a medida que vaya leyéndola. Los dibujos de los libros están muy bien hechos, pero no pueden representar sino en proyección, órganos de tres dimensiones, cuya verdadera forma no podrá comprender nunca hasta que la haya tenido en sus manos y la haya colocado ante sus ojos en todas las posiciones. Y luego, dibuje. Haga usted mismo de memoria esquemas, con el libro cerrado y el hueso metido en el cajón. Haga tantas disecciones y autopsias como pueda. Sin sólidos conocimientos prácticos, no hay medicina posible.

—Pero la memoria, ¿no decía usted que se podía adquirir?

—Mire, la mía no era mala, pero, ciertamente, la he mejorado, puesto que he conseguido hacerle asimilar todo el cuestionario del internado... ¿Ha notado usted—he leído esto no sé donde y es exacto—que mucha gente acusa a su memoria y nadie se queja de su inteligencia? ¡Y eso es injusto!

Y riendo me volvió la espalda, dejándome meditar esta breve y juiciosa lección.

Más tarde he podido aprender en el curso de otras conversaciones, frecuentando diariamente en clase a mis maestros, interrogando a mis compañeros, y por el contacto incesante del sufrimiento y del dolor, que la enseñanza de la medicina es también toda una escuela de filosofía.

*
* *

es duro, y se compone de ejercicios orales y escritos, pero sin ejercicios prácticos. Los vencedores tienen ante sí posibilidades clínicas de primer orden, de las que los demás se hallan muy lejos; además, su título les da cierta categoría intelectual, tienen sus asociaciones que gozan de merecido prestigio e intervienen activamente en la labor de enseñanza profesional. *(N. del T.)*.

Nada se parece tanto a los diálogos socráticos como la enseñanza en el hospital. Pienso en esto cada vez que el azar de una indagación, o el deseo de tranquilizar mi espíritu con una lectura desinteresada me hace volver a coger un volumen de Platón. Veo en el *Fedro*, cerca de las orillas de Ylissos, próximo a la prisión en el *Critón* y *Fedón* (11), una sala del hospital con sus hileras de camas; un grupo rodea una de ellas; los estudiantes escuchan la enseñanza del maestro, tan familiar, tan sencilla en la forma, tan llena de datos, tan ilustrada de comparaciones tomadas de la vida cotidiana y tan parecida a ese desmenuzamiento y a esa ironía de los maravillosos diálogos.

Pero no era solamente al lado de la cama del enfermo o en el propio "Morgagni" donde recogíamos estas enseñanzas. Frecuentemente, después de haber acabado la visita y mientras se quitaba la blusa y el delantal para volver a ponerse el traje de calle, en otras ocasiones cruzando el patio para llegar hasta su coche, a veces también hasta bajo el pórtico o delante de las rejas, antes de abandonarnos, el maestro sacaba en pocas palabras la moral de su enseñanza, la moraleja de su lección. Nosotros estábamos siempre ávidos de aquellas conversaciones familiares, de esta especie de confidencias plenas de anécdotas; le llamábamos "el jefe",

11 Personajes de los más célebres *Diálogos: Fedro*, o del amor; *Fedón*, o de la inmortalidad del alma; *Critón*, o del deber. — *(N. del T.)*.

y había en esta denominación el matiz preciso de respeto y de sencillez que podía definir la cordialidad deferente de nuestras relaciones.

Entre él y nosotros la distancia era grande. Existía la de la edad, aumentada por la de sus títulos. Pero en esos momentos él sabía acortarla. Conocía perfectamente que, desde los primeros días de nuestra entrada en el servicio, había sido para nosotros objeto de una observación más atenta que la que poníamos ante la cama de los enfermos. Sabía que le habíamos otorgado nuestra confianza, que admirábamos su carácter tanto como sus trabajos, y a estos homenajes que le rendíamos sin servilismo, correspondía con una confianza cuyas manifestaciones nos colmaban de juvenil orgullo.

Es algo muy hermoso esa especie de espíritu de cuerpo que hace de un "servicio" hospitalario una verdadera persona moral, de la cual el jefe y el interno son como un alma en dos seres. Yo no sé que exista nada comparable a estas tradiciones de enseñanza, que perpetúan, adaptándolas a la vida moderna, lo que había de más noble en las antiguas costumbres que sujetaban al aprendiz a su maestro, David a Hans Sach (12), Claudio Gelée a Poussin.

La clínica es una iniciación lenta que requiere tanta paciencia en el maestro como la exige en el alumno; es un don incesante y también un intercambio, pues es raro que el médico de hospitales

12 Personajes de la célebre obra de WAGNER *Los maestros cantores de Nuremberg*. — (N. del T.).

no encuentre en la relación diaria con la juventud que le rodea una fuente de estímulos. El arte médico ejercita los sentidos: es preciso lograr la educación del ojo que observa, del oído que ausculta, del tacto que percute, que aprecia la fluctuación y evalúa la elasticidad de los tejidos; es preciso aprender a controlar los unos mediante los otros, en estas enseñanzas que proporcionan los sentidos sobre los signos físicos de las enfermedades.

Pero al mismo tiempo es preciso también aprender a interrogar al enfermo, a reconocer en sus palabras los hechos importantes, a averiguar la verdad en las afirmaciones contradictorias y fútiles, a coordinar todos estos elementos, a sacar de la embrollada madeja de los síntomas comunes a varias afecciones los que tienen en cada caso particular cierto valor.

Es preciso adquirir lentamente, penosamente, este instinto que no es el fruto del saber de los libros, sino el resultado de la práctica de cada día. Y la parte manual del ejercicio de este arte, lejos de rebajarlo, le ennoblece porque los sentidos no tienen verdaderamente más papel que el de obedientes servidores del espíritu (13).

13 Una gran parte de los errores que se cometen diariamente en el ejercicio de la profesión, se deben a la falta de preparación del médico. Y aunque su formación se realiza durante toda la vida profesional, no cabe duda que es a la formación universitaria incompleta, a la enseñanza insuficiente en las Facultades, a la que hay que culpar en cierto modo de esos fracasos.

Se debe, en parte, al criterio que predomine respecto a las funciones que debe llenar la Universidad, pues mientras para unos es sólo una prolongación de la obra educadora de la enseñanza primaria y secundaria, un centro de cultura superior, de formación espiritual acabada; para otros es, sencillamente, una escuela de medicina práctica donde se formen buenos profesionales que estén capacitados para la práctica utilitaria de las ciencias aplicadas. Esta diferenciación entre el aspecto profesional y el científico en realidad no existe, pues no son cosas distintas, sino grados, fases diferentes, de un mismo proceso cultural.

En la Medicina podemos considerar dos partes: una, arte de curar; otra, investigación científica. La primera fase requerirá conocimientos mínimos que adquirirán los médicos sin otras miras que el puro ejercicio de la práctica; la segunda fase precisa ya un proceso de intensificación y de diferenciación.

Como de cada cien alumnos interesa la formación profesional a un 95 por 100 y la científica solamente a un 5 por 100, la Facultad de Medicina debería ser una escuela técnica de la que todos sus alumnos saliesen dotados de una indiscutible aptitud profesional. Los estudios ulteriores de intensificación y perfeccionamiento corresponderían a otro tipo de centros.

Para ello debe poseer todos los medios necesarios para una formación científica suficiente y también las instalaciones precisas para una preparación técnica y práctica completa.

Como decimos, la Facultad de Medicina no debe ser preferentemente informativa; no debe tender a que de allí salgan grandes doctores, sino que debe procurar la formación del tipo de médico que, a imitación de los franceses, podríamos llamar médico práctico o médico básico, que no será aquel que sepa superficialmente un poco de todo, lo cual sería más peligroso que beneficioso para la vida de sus semejantes; sino que, por el contrario, estará sólidamente formado por severos estudios científicos que le darán una base teórica sólida, completada por trabajos clínicos prácticos que le adiestrarán suficientemente para las múltiples necesidades que, sin ser de especialización, sean habituales de las prácticas médica y quirúrgica. Este médico, tal como lo consideramos, deberá saber las medicacio-

La disciplina espiritual que se adquiere junto al lecho del enfermo recuerda exactamente, como hacía notar anteriormente, la que Sócrates exigía de sus familiares. Tiene por primera condición la liber-

tad de pensamiento. "Soy, dice Sócrates al comienzo del *Gorgias* (14), de los que gustan de que se los refute cuando no dicen la verdad y de refutar a los

nes y curas más corrientes de las enfermedades internas y externas, y también practicar algunas intervenciones quirúrgicas de urgencia, por ejemplo, en el terreno de los accidentes del trabajo y en el campo de la pediatría y la obstetricia; sabiendo también responder a las exigencias modernas del Estado en las obras de prevención y asistencia contra las plagas sociales (tuberculosis, sífilis, cáncer, alcoholismo, etc.), y velando por la potencia reproductiva de la estirpe y por sus valores espirituales y morales.

Por todo ello, *diagnóstico* y *terapéutica* constituyen los dos puntos cardinales en la preparación práctica del médico.

Iluminar estas dos facetas del médico en la forma más sintética posible, menos analítica y menos complicada, con la demostración no de uno, sino de muchos enfermos semejantes, que se recogerían en las salas de clínicas y hospitales.

Educar también al médico en el criterio diagnóstico más seguro y más a mano, que conduzca directamente al reconocimiento de la especie morbosa, así como del individuo enfermo, y adiestrarlo sobre todo por medio de demostraciones y ejercicios prácticos individuales en las curas más modernas que requieran tales diagnósticos.

Creo que ninguno de nuestros profesores perdería en dignidad o en importancia académica si en vez de tantas lecciones de cátedra llenas de erudición y de elocuencia para ilustrar un caso clínico, hiciera continuamente ejercicios prácticos junto a la cama del enfermo, y a ser posible sobre enfermos con la misma enfermedad, ejercicios que dan después excelentes resultados al aumentar no sólo la cultura, sino también la potencia sintética del alumno y la más difícil habilidad: el saber pensar, agrupando los hechos con espíritu crítico.

Así podría irse formando el discípulo con la máxima perfección, pues el maestro procuraría su ascensión cultural progresiva sin disminuir su propia personalidad, y llegaría a ir formando su espíritu, despertando su inteligencia. — *(N. del T.)*.

14 *Gorgias, o Sobre la Retórica:* Una de las más bellas obras de PLATÓN, donde se trata no sólo de lo que es y debe ser la Retórica, sino de consideraciones acerca de lo justo y lo injusto, de lo bello y de lo feo, de la impunidad y del castigo, y, por último, del bien, no sólo en los discursos de un orador, sino en la vida entera. — *(N. del T.)*.

otros cuando se apartan de ella, complaciéndome tanto en refutar como en ser refutado. Considero, en efecto, que es un bien mucho mayor el ser refutado, porque es más ventajoso verse libre del mayor de los males que librar a otro de él."

El mayor de los males es el error, porque el error es en sí mismo generador de errores. El primer efecto de la enseñanza clínica es, sin duda, doblegar el espíritu al razonamiento inductivo y deductivo, más bien que llenar la memoria con una cierta suma de conocimientos teóricos; es formar al joven estudiante, enseñarle a descartar las causas de errores, amarle, proporcionándole un método, al mismo tiempo que adquiere por la práctica los elementos de la ciencia médica.

Y así, desde el primer momento, comprende que esta ciencia no es semejante a las otras, sino que es en realidad un arte, aunque tienda a hacerse de día en día más precisa y se apoye cada vez más en la Química, en la Física y en todo lo que se llama cómodamente el "laboratorio". Pero a medida que el público, que los enfermos, se persuaden cada vez más de que la medicina es una ciencia y casi una ciencia exacta, el médico tiene a su vez más necesidad de convencerse a sí mismo, que nada de esto es cierto y que aquello que los enfermos toman por certidumbre no son más que hipótesis o conjeturas. De manera que el médico delante del enfermo, ante la clientela, se encuentra muy a menudo en la misma situación que Sócrates ante Gorgias (perdonar-

me el citar otra vez a Platón), cuando se expresa así:

—"Decías, hace un momento, que sobre cosas relativas a la salud, el orador es más persuasivo que el médico. (Abro aquí un paréntesis: el orador, el retórico, hoy día no es solamente el charlatán, sino que es todo lo que constituye el ambiente que rodea al enfermo, es el prospecto y es el anuncio del periódico, es igualmente el amigo, que de buena fe y creyendo ser útil, da un consejo generalmente pernicioso). ¿Decías, pues, que el orador es más persuasivo que el médico?

GORGIAS. — En efecto, si se trata de hablar ante la multitud.

SÓCRATES. — Delante de la multitud, es decir, delante de los ignorantes, porque tratándose de gentes instruídas, es imposible que el orador tenga más fuerza de persuasión que el médico.

GORGIAS. — Tienes razón.

SÓCRATES. — Luego, si es más persuasivo que el médico, es más persuasivo que aquel que sabe.

GORGIAS. — Seguramente.

SÓCRATES. — Sin que por ello necesite él ser médico, ¿no es esto?

GORGIAS. — Sí.

SÓCRATES. — Pero, el que no es médico ignora lo que sabe el médico.

GORGIAS. — Evidentemente.

SÓCRATES. — Luego es un ignorante hablando ante ignorantes el que lleva la ventaja sobre el sabio, desde el momento que el orador triunfa sobre el

médico. ¿No es esto lo que se deduce de lo dicho, o es otra cosa?

GORGIAS. — Eso mismo (15).

Eso mismo, en efecto, espera al médico desde sus primeros pasos en el hospital hasta el fin de su carrera. Y es a causa de esto, por lo que la enseñanza de la medicina es, más que una escuela de especialización, una escuela de filosofía y de humanismo, una escuela donde se aprende a gobernar el espíritu evitando los escollos, de los cuales está sembrado el camino.

---

15 PLATÓN: *Gorgias, Ménon*, 458 *a*, 459 *a* y *b*. Editor: Alfred Croiset. *Les Belles-Lettres*, Association Guillaume Budé, 1923, París.

— En España pueden consultarse las ediciones de la Biblioteca Clásica, Madrid, y las populares de Bergua, Madrid, o de Espasa-Calpe (Colección Austral), Madrid-Buenos Aires. — *(Nota del T.)*.

III — EL JURAMENTO DE HIPÓCRATES

UNA mañana, después de haber terminado la visita más temprano que de costumbre y encontrándonos con ganas de charlar, el jefe nos preguntó:

—¿Quién de ustedes ha leído el *Juramento* de Hipócrates?

No hubo más que el interno que respondiese "yo". Pero el jefe le interrumpió:

—Es a estos señores a los que dirijo la pregunta.

Y señalaba a los externos y "novatos".

Ante nuestro silencio, tuvo un gesto de fingida indignación, después prosiguió:

—Me entretengo haciendo esta pregunta todos los años y debo decir en vuestro descargo—o más bien para vergüenza tanto de quienes os precedieron como vuestra—que todos los años es igual la respuesta, es decir, el mismo silencio. Pues bien, os aconsejaré entonces, como lo he recomendado a los que os precedieron, que leáis el *Juramento* (16), no solamente

16 Aunque el autor transcribe los párrafos más importantes, nos parece conveniente reproducir a continuación el texto íntegro del *Juramento*, que hemos tomado de la magnífica obra de L. ALONSO MUÑOYERRO *Código de Deontología médica*, Ediciones Fax, Madrid. Dice así:

"Juro por Apolo, médico; por Esculapio, Higias y Panacea, y pongo por testigos a todos los dioses y diosas que he de observar el siguiente juramento, que yo me obligo a cumplir en cuanto ofrezco, poniendo a contribución todas mis fuerzas y

porque ahí esté dicho, desde las primeras palabras: "Respetaré a mis maestros, miraré como a mi padre al que me ha iniciado en la medicina, compartiré con él toda mi fortuna y le daré cuanto necesite". No os pido tanto, aunque Hipócrates añade también: "Consideraré a sus descendientes como mis hermanos y a mi vez les enseñaré gratuitamente este arte..."

Nos admiraba su erudición. A veces, citaba oportunamente algunos versos de Horacio o de Virgilio, una frase de Montaigne o de Voltaire. Creo que se

mi inteligencia: Tributaré a mi maestro en Medicina el mismo respeto que a los autores de mis días, partiendo con ellos mi fortuna y socorriéndoles si lo necesitaren; trataré a sus hijos como a mis hermanos, y si quisieren aprender la ciencia, se la enseñaré desinteresadamente y sin ningún género de recompensa. Instruiré con preceptos, lecciones orales y demás modos de enseñanza a mis hijos, a los de mi maestro y a los discípulos que se me unan bajo convenio y juramento que determine la ley médica, y a nadie más. Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea más provechoso según mis facultades y mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. No accederé a pretensiones que se dirijan a la administración de venenos, ni induciré a nadie sugestiones de tal especie; me abstendré igualmente de aplicar a las mujeres pesarios abortivos. Pasaré mi vida y ejerceré mi profesión con inocencia y pureza. No ejecutaré la talla, dejando tal operación a los que se dediquen a practicarla.

En cualquier casa que entre, no llevaré otro objeto que el bien de los enfermos, librándome de cometer voluntariamente faltas injuriosas o acciones corruptoras y evitando sobre todo la seducción de mujeres y jóvenes, libres y esclavos. Guardaré secreto acerca de lo que oiga o vea en la sociedad y no sea preciso que se divulgue, sea o no del dominio de mi profesión, considerando como un deber el ser discreto en semejantes casos. Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres; si lo quebranto y soy perjuro, caiga sobre mí la suerte contraria." — *(N. del T.)*.

sabía de memoria *Cándido* (17) y también *La educación sentimental* (18). Su memoria era tan feliz que se podían comprobar los textos inmediatamente después sin cogerle nunca en una falta.

Prosiguió:

—Es una sana lectura la de Hipócrates. Es preciso solamente aprender a leerle, es decir, que no debemos leer a los clásicos con ojos modernos. Sin llegar hasta semejarnos a sus contemporáneos—lo que además sería imposible—es siempre preciso saber transponer sus escritos. Existe el peligro de tomarlos al pie de la letra, pues a menudo se presta a las palabras, incluso a las más simples, el sentido que damos hoy a sus equivalentes y que está muy lejos del sentido que se les daba en otro tiempo. Esta diferencia procede de que nuestros conocimientos se han ido ampliando y lentamente el uso ha hecho más vasto el sentido de las palabras, las ha enriquecido de acepciones complementarias. Pero si bien esto es cierto para los escritos científicos, el inconveniente no es el mismo para los escritos éticos, y el *Juramento* es uno, en los que la letra no traiciona al espíritu..."

17 Una de las obras más divulgadas y más felices de Francisco M.ª Arouet (VOLTAIRE) y en la que, a pesar de su amenidad encantadora, se refleja un gran pesimismo filosófico. La escribió para demostrar lo ridículo del optimismo de LEIBNITZ. Se trata de una novela de aprendizaje, es decir, de la formación de ideas de un adolescente mediante el rudo contacto con el Universo. — *(N. del T.)*.

18 Novela histórica que está avalorada por la acertada elección de personajes y escrita por uno de los mejores novelistas franceses de la escuela naturalista: Gustavo FLAUBERT. — *(Nota del T.)*.

Si encontrándose con más tiempo libre penetraba aquel día en lo vivo del asunto, conviene decir que todo servía de pretexto al jefe para sus disgresiones sobre la filosofía de su arte o sobre el papel social del médico. El, desde luego, no ignoraba el texto del *Juramento,* pero aunque no lo hubiese recordado, o no lo hubiera leído nunca, en la práctica hubiera aplicado naturalmente los preceptos hipocráticos. Le he oído lamentar a menudo que no existiese una cátedra de deontología en las Facultades, en donde se pudiera enseñar los deberes profesionales del médico. Pero añadía que esta laguna de los programas de estudios no era más que aparente, puesto que el deber de los maestros, lo mismo hoy que en los tiempos de Hipócrates, era formar la conciencia de sus alumnos al mismo tiempo que sus conocimientos (19).

19 En todos los estados de la vida incumben al hombre algunas obligaciones que cumplir, sin cuyo exacto cumplimiento no puede llenar debidamente las condiciones que le impone el estado particular en que se halla. La profesión médica es uno de aquellos estados que exigen más rigurosamente el cumplimiento de las obligaciones peculiares al mismo, y el médico debe poseer una moral severa, observando todos sus preceptos con la mayor puntualidad y constancia.

La moral es condición indispensable en el médico, pues ella domina al corazón, contiene el ímpetu de las pasiones, dirige sus afectos hacia el bien. Y el médico, depositario de los secretos íntimos; habituado a leer en el corazón del hombre, que para él es casi diáfano física y moralmente; árbitro supremo en graves circunstancias, debe tener una moralidad y una honradez que nada ni nadie puedan malear.

El fin principal de nuestra profesión, fin inmediato, es sin duda contribuir a remediar los sufrimientos de los demás. Pero

Por otra parte, esta enseñanza introducida en la clínica estaba regulada como las mismas lecciones clínicas que le servían de pretexto, por la casualidad de los casos "entrados" y esto le daba una variedad y una flexibilidad sumamente agradable. Un día recaía la conversación sobre las dudas de método y la

el enfermo, además de su dolor físico, acusa siempre una reacción espiritual que a la vez influye sobremanera en su sufrimiento; de aquí la necesidad de que el médico posea ciencia del cuerpo y del alma íntimamente unidas. Aquellos que pretenden mecanizar la Medicina, reduciéndola a mera actuación orgánica, olvidan este factor, nacido de la esperanza en la actuación, que es la confianza, que es la fe puesta en el médico y que puede conducir a grandes éxitos o rotundos fracasos si el médico no sabe justipreciarla y encauzarla. Si la profesión fuera un oficio, poco halagador sería su ejercicio y poco interés merecería de nuestra parte. El hombre no es sólo cuerpo, como no es sólo espíritu; en el hombre van unidas todas esas actividades corpóreas, psíquicas y sociales. Y la actuación sobre una parte influye necesariamente sobre el todo. De aquí la máxima importancia de la Medicina; de aquí la máxima obligación del médico; de aquí la necesidad de su perfección moral.

Por ello es triste y lamentable que las Facultades de Medicina no se hayan preocupado ni se preocupen de proporcionar a los médicos la educación y cultivo de la personalidad ético-social, inculcándoles aquellos principios de moral y de trato de gentes que si en todos los hombres son necesarios, en los médicos son indispensables, ya que en ellos se basa el concepto público de su altura profesional, y con él, el de su éxito o fracaso.

No hay ciencia ni arte que requiera más ingenio, más penetración, más claridad y entendimiento ni más sólido juicio que la Medicina. Por ello, el primer deber del médico debe ser el ponerse en condiciones de serlo, es decir, cultivar su mente con el estudio de lo que necesita saber, y pertrechar su voluntad con todos los motivos del bien obrar. El primer principio deontológico de nuestra profesión es "hacer bien lo que hacemos", para lo cual se requiere aptitud, preparación asidua y rectitud de propósito.

Aunque los profesionales de la Medicina al recibir el título

investigación científica, en otras ocasiones se refería al dolor, a la esclavitud del hombre al sufrimiento, al papel del médico en la lucha contra la enfermedad y la muerte. De esta manera, el hospital venía a ser como la prolongación de los estudios escolares de "humanidades".

* * *

Era todavía estudiante cuando apareció, poco antes de inaugurarse la Exposición de 1900, si no recuerdo mal, la traducción francesa del libro de Federico Nietzsche, *Humano, muy humano* (20). Una mañana traje el libro a la sala y el jefe lo vió. Unos días después, lo extrajo él de su bolsillo.

no prestamos el juramento hipocrático ni otro alguno, pues todo se suprimió desgraciadamente, no es posible desconocer que junto a los derechos que el título otorga hay unos deberes que las leyes imponen y otros que la conciencia señala. Y todo hombre de honor y de conciencia — sin lo cual no puede nadie ser médico — debe pensar que no pueden olvidarse aquellos deberes que señalan la responsabilidad y la gravedad de su misión.

Y puesto que la Deontología médica es la que enseña los deberes del médico, expone las obligaciones que deben desempeñar en el ejercicio y de su profesión, y manifiesta el modo útil, honesto y decoroso con que han de profesar su noble facultad, es indispensable que su enseñanza se realice con mayor intesidad y eficacia de lo que se hace en la actualidad. *(N. del T.).*

20 Esta obra *(Menschliches Allzumenschliches)* del notable filósofo alemán fué escrita en 1876, en la época en que según él mismo confiesa "comenzó a enterrar su confianza en la Moral"; por esos sus páginas revelan claramente la propensión natural a la crítica de toda clase de valores universales y absolutos. Existe de ella una edición en nuestro idioma, hecha por "La España Moderna". — *(N. del T.).*

Nietzsche afirma, que en cierto modo todos los actos ejecutados en nuestros días son una locura, ya que el punto más elevado que la inteligencia del hombre pueda alcanzar hoy, será seguramente sobrepasado más tarde; y entonces, todos nuestros actos, todos nuestros juicios, todos nuestros ideales, aparecerán tan desprovistos de inteligencia y de reflexión como los actos y los juicios de los pueblos más antiguos. —Admitamos esta hipótesis, continuó él, ¿pero hasta dentro de cuantos años se verificará? Puede que la tierra se haya enfriado antes que los hombres hayan conseguido alcanzar el alto grado de inteligencia que los haría semejantes a dioses; pero hay que distinguir el progreso de las ciencias y el progreso moral, y no me parece del todo probado que el valor moral del hombre se desarrolle al mismo tiempo que aumentan sus conocimientos científicos. Algunas obras de medicina—para tomar un ejemplo que se refiera a nosotros—pasan de moda en pocos años, puesto que cambian las teorías, se suceden las hipótesis, y los descubrimientos de un Claudio Bernard o de un Pasteur, provocan en los estudios de patología, en la higiene y en terapéutica progresos tan rápidos, que sobrepasan en pocos años todo el camino recorrido en los siglos anteriores. Esto es un hecho que nadie puede negar. ¿Pero resulta de ello que se modifiquen las reglas morales que rijen el ejercicio de nuestra profesión? ¿Qué descubrimiento hará nunca vieja esta frase del *Juramento?:* "Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que

les sea más provechoso según mis facultades y mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. En cualquier casa que entre, no llevaré otro objeto que el bien de los enfermos; tratándose de mujeres evitaré todo acto lascivo; guardaré el más absoluto silencio acerca de lo que haya visto y oído, y el secreto de las familias será también un secreto..."

Muy lejos de nosotros queda ya la teoría hipocrática de los cuatro elementos, de los humores y de las metástasis. Pero, ¿podemos imaginar una medicina cuyo ejercicio no esté imperiosamente regulado por las máximas del viejo maestro de Cos? Negar el progreso es un absurdo; pero pretender que el progreso de las ciencias resume por sí solo el porvenir de la humanidad me parece un absurdo no menos grande, y no creo que la práctica de la caridad, ni un ideal de bondad, puedan jamás parecer desprovistos de justicia y de inteligencia a los hombres de los futuros siglos.

"Permaneceremos iguales ante el dolor y ante la muerte; los progresos de la medicina aliviarán nuestros males y retardarán nuestro plazo. Nuestro deber, para nosotros como médicos, será el mismo que desde el origen persistirá siempre igual, pues los descubrimientos de los tiempos futuros harán posible lo que no nos atreveríamos a intentar hoy y estas empresas nuevas no serán ni más ni menos que las de ayer, destinadas a disminuir el dolor y a salvar las vidas de nuestros semejantes.

"El menor cambio de esta concepción del deber,

entraña un grave peligro: los regímenes políticos cambian; el estado social se modifica, pero el deber del médico en todas las sociedades permanece idéntico; aunque la sociedad tome o no a su cargo lo que en otros tiempos era incumbencia del individuo, el acto médico persistirá igual, lo mismo hoy que ayer y que mañana. Y el médico, aunque respetuoso con las leyes, no deberá obedecer más que a su conciencia, de la que además ninguna ley humana podrá obligarle a transgredir sus órdenes".

Reflexionó un momento. Nosotros continuábamos silenciosos.

—"Vean ustedes, hace dos mil trescientos años que Hipócrates escribió el *Juramento*. ¡Cuántos cambios parecidos a los que dice Nietzsche se han producido en el curso de estos veintitrés siglos! El mundo antiguo se ha derrumbado. Sobre sus ruinas el cristianismo ha divulgado la moral del Evangelio; la esclavitud ha sido abolida, las costumbres han evolucionado, no sin sobresaltos que han vuelto a sumir a la humanidad en la barbarie durante largos períodos de guerras y de horrores. Pero en medio de todos estos desórdenes, ¿qué prescripción del *Juramento* ha dejado nunca de ser valedera?"

"Tenemos libertad de comentar su texto, de parafrasearlo para adaptarle a los usos y costumbres del día. Pero el fondo mismo de estos preceptos, no se puede modificar".

"En los tiempos antiguos el médico era también para la multitud el poseedor de fórmulas mágicas.

Esta ciencia que le confería el poder de curar, conservaba un carácter sagrado a los ojos de los profanos. Se respetaba al médico como a un sacerdote. Hoy el médico no debe su prestigio más que a sus cualidades morales; la ciencia ha perdido su carácter mágico y el enfermo no espera ya del médico lo que todavía algunos van a pedir al brujo, al curandero. Hay sin embargo gentes sencillas, para las cuales la ciencia, con C mayúscula, sigue siendo una especie de magia, y de ellas un médico sin escrúpulos puede abusar lo mismo que los antiguos sacerdotes de Esculapio abusaban de los enfermos, engañándose a veces a sí mismos. Los sacerdotes examinaban la víctima ofrecida en sacrificio y buscaban en sus vísceras o en la observación de los astros los elementos de sus prescripciones. Hipócrates observa al enfermo y desecha de la medicina toda concepción *a priori*. Enseña la honradez, la modestia; conoce los límites de su saber: *Vita brevis, ars longa et judicium difícile*. En uno de sus libros—Medicina antigua—dice también que el médico debe aprender todo lo que puede ser conocido, a fin de no cometer más que pequeños errores, ya que rara vez puede percibir la verdad absoluta. Señala, que los errores graves, cuando se trata de pacientes con enfermedades benignas, no tienen más que relativa importancia, pero que tratándose de una enfermedad seria, el menor error puede tener funestas consecuencias. El médico es semejante al piloto de un navío: si se equivoca de ruta con buen tiempo, el error no tiene importancia,

pero si se desvía de su camino en plena tempestad y si lleva su barco a una mala situación, el error es irreparable.

"Así, pues, ¿qué progreso científico podrá hacer falsos estos aforismos?" Y añadía además: "Es natural que un médico se vea perplejo ante algún enfermo. Si de aquella enfermedad que está tratando, no tiene más que una experiencia insuficiente debe llamar a otros médicos en consulta. Así examinando juntos al enfermo podrán aclarar la situación". El consejo es tan valedero en el siglo XX como en los tiempos de Pericles...

"Los peligros que rodean al enfermo han disminuído, gracias a los progresos de la medicina. Pero ¿y los peligros morales que rodean al médico? No es ninguna cosa paradójica decir que la vida moderna los ha multiplicado. Las tentaciones son más numerosas, más insidiosas también; las probabilidades de un error de diagnóstico y de tratamiento, a medida que la ciencia se complica, no sólo están lejos de disminuir, sino que el prestigio del médico puede peligrar con ello, ya que la clientela no le conserva su ciega confianza de otro tiempo, ni su fidelidad a toda prueba. Los enfermos van fácilmente del uno al otro. La competencia es grande y el ejercicio de la medicina para algunos, o mejor para muchos, no es más que un comercio al que se esfuerzan por atraer el mayor número de clientes.

"Necesitamos más que nunca esta fuerza que nos da en la vida el sentimiento de un deber imperioso.

Y si se encontrase alguno bastante temerario para atreverse a modificar el texto del *Juramento,* sería más bien para reforzar sus prescripciones, que para debilitarlas. Y aquél, podría decir al joven médico, en el momento en que va a salir de la Facultad para marchar en lo sucesivo solo por la vida:

"Por un lado está el precipicio de las tentaciones: el enfermo solicitará y la sociedad esperará de ti, todo lo que alabe sus gustos, lo que unos amigos irresponsables le hayan aconsejado, lo que la tontería y la rutina exijan, lo que les perjudique más, pero que a los ojos del mundo pasará por beneficio. Sabes que no debes ceder. Pero la lucha es difícil contra la hostilidad, la malevolencia, los prejuicios. Y además dudarás de ti mismo, vacilarás; tomarán tus escrúpulos como señales de impotencia. Te preguntarás si estás tan seguro de tu sabiduría que puedas hacer frente a esta coalición.

"Al otro lado, está un pantano pérfido en el que te hundirás tan pronto como des pie a los compromisos, a las facilidades, a las capitulaciones de conciencia, a la dicotomía, a las combinaciones, al comercio indigno.

"Estarás solo. La senda será estrecha; escarpada, oscura. Una luz brillará sin embargo, a menudo incierta, pero que nunca se extinguirá por completo. Te precederá siempre. No la pierdas de vista..."

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
Servicio de Bibliotecas
FACULTAD DE MEDICINA

EL ENFERMO, LA ENFERMEDAD Y EL MÉDICO

I — PSICOLOGÍA MÉDICA: CURIOSIDAD DEL ENFERMO Y PRUDENCIA DEL MÉDICO

Nunca han aparecido tantos libros sobre la medicina, los médicos, los enfermos y las enfermedades, como desde hace unos años. Esta ola de publicaciones se explica fácilmente, pero la explicación, por fácil que parezca y que lo sea, se debe sin embargo a diferentes causas, muy variadas en número, y algunas de las cuales constituyen el objeto de este capítulo.

La curiosidad del enfermo (y como dice poco más o menos Knock: todo hombre es un enfermo consciente o un enfermo que ignora que lo es), la curiosidad del enfermo, repetimos, hacia la medicina y los médicos es cosa tan natural que, en todos los tiempos han empleado los médicos toda clase de medios para defenderse contra ella. Pero no es menos natural que el médico no satisfaga esta curiosidad, y luego veremos por qué.

El paciente, pues, ya que es la causa y que se trata de su vida o de su muerte, procura comprender los motivos que determinan la acción del terapeuta. Sucede también, sin embargo, que el enfermo mira al

terapeuta como instrumento de una potencia superior y oculta a la cual se abandona. Hay en efecto dos clases de medicina: una mágica, otra natural. La historia del arte de curar es, en sus orígenes, la historia de la evolución de la medicina mágica y sacerdotal hacia la medicina naturalista. E incluso en el momento presente, en nuestro mundo que se cree altamente civilizado, subsiste tanto en la ciudad como en el campo, una fe muy viva en la medicina mágica, fe en todo semejante a las creencias de los pueblos salvajes, puesto que arrastra a las mismas prácticas. La única diferencia es, que entre los civilizados se encuentran con más rareza hechiceros convencidos por sí mismos de la eficacia de sus prácticas curativas y que los charlatanes civilizados empiezan a menudo, por proveerse de diplomas oficiales que les proporcionen legalmente todos los derechos.

A esta primera razón, muy sencilla, explicando la curiosidad de la multitud hacia la medicina, se añaden otras. La prensa, por ejemplo, y con ella todos los nuevos medios de "información" y propaganda, el cine y la radio tratan corrientemente de asuntos médicos. El menor hecho calificado de "acontecimiento científico", es acogido sin control alguno tan pronto como la noticia es cablegrafiada de América, expedida por telegrafía sin hilos del Japón, de las Indias, o de Zululandia. Anuncios de epidemias espantosas, anuncios de milagrosos descubrimientos, de operaciones temerarias, anuncios de nacimientos

"sensacionales", de gemelos, de monstruos, de crímenes extravagantes, de actos de sadismo y de locura erótica, de horrible vampirismo, etc., todo mezclado confusamente con una magnífica indiferencia por la verosimilitud y el sentido común. Exageración, dirán ustedes. Cojo solamente el periódico que tengo esta tarde ante mis ojos y leo: "Un sabio inglés que ha pasado toda su vida estudiando la morfología de los seres, anuncia, que el hombre va a sufrir hacia el año 5000, una serie de transformaciones que le harán aparecer bajo un aspecto completamente nuevo. La cuarta generación será ya desdentada. En el año 5000 será miope y su silueta evolucionará hacia un aerodinamismo integral (sic)". Decididamente Cuvier no era más que un niño. Magia de las grandes palabras absurdas: aerodinamismo, aplicado a las carrocerías de los coches, hace ya sonreír. Pero, ¡al cuerpo humano! Cierto que para el que conserva todavía una chispa de espíritu crítico, la mayoría de los periódicos de gran tirada, desde que la prensa se ha americanizado, se han vuelto ilegibles y no merecen más que una mirada rápida y distraída por las fotografías que desgraciadamente no han reemplazado todavía al texto, ya que todo este texto—comprendidos los títulos—es completamente estúpido. La indiferencia de la prensa respecto a la verdad y al buen sentido no se manifiestan solamente en las noticias relativas a medicina, pero ésta goza de situación privilegiada en este conjunto de absurdos, porque siendo generalmente ignorada, es más fácil de desnatu-

ralizar y de aumentar las noticias que los lectores, si no son ellos mismos médicos, no pueden a primera vista llamar enormidades.

La prensa y el cine, embrollando el escaso saber, más temible aún que la propia ignorancia, del cual están colmadas las pobres cabezas de los muchachos al salir de la escuela, acaban de embrutecer al mundo en que el hombre moderno—aun antes de ser aerodinámico—se encuentra colocado de nuevo, ya sea elector o elegible, en las mismas condiciones que el primitivo. Y de este modo viene a ser como el crédulo, a la vez ingenuo y desconfiado, completamente dispuesto a seguir a quien sepa engañarle, hostil a quien le diga las verdades desagradables, y sobre todo, perfectamente incapaz del menor juicio. Solamente en un punto ha cambiado su credulidad: se ha hecho pretenciosa, agresiva. El hombre moderno "informado" por la prensa, el cine y la radio, está persuadido de que sabe de todo, o al menos, que tiene visión clara de todas las cosas. Pero por un milagro, estas claridades le resultan confusas (¡ah, qué lejos nos encontramos ya del *hombre sencillo*, lo bastante ilustrado para no alabarse de nada!).

No hace falta un año de permanencia en el hospital para que el aspirante a médico si está dotado de algún sentido psicológico, se informe sobre la psicología del enfermo: la clínica es una buena escuela de filosofía, quiero decir que en ella se aprende a conocer a los hombres. Sería, pues, sorprendente que no encontrásemos allí un cierto número, o mejor dicho un número bastante grande de médicos decididos a explotar para vivir estos defectos de la naturaleza humana, esta fácil credulidad unida a una desconfianza, que en realidad se agranda también cuando se sabe explotar; ya que la desconfianza cuando puede calmarse mediante algunos sofismas hábilmente escogidos, se transforma en confianza ciega: el procedimiento de robo a la americana se basa en esta verdad.

La honrada explicación de un hecho médico—caso patológico, fenómeno fisiológico, acción terapéutica—exige por parte de la persona que escucha, si es que quiere comprenderlo, conocimientos casi tan amplios como el saber del que los da. Si no sucede así, si el enfermo que pregunta ignora la anatomía, la fisiología y la patología, detendrá al médico interrogado desde las primeras palabras, aun cuando no use términos del lenguaje médico y se exprese con toda claridad. Será preciso, pues, explicar, comentar, poner ejemplos, remontarse hasta los elementos más sencillos. Y en definitiva, las cosas quedarán tan embrolladas desde la tercera frase, que el enfermo preguntón se encontrará al final menos informado de lo que lo estaba antes de haber hecho sus preguntas. Consideremos el caso más sencillo, un enfermo en el que el médico sospeche una sífilis. Hace una toma de sangre para investigar la reacción de Wassermann. A las preguntas del enfermo (suponiendo que al médico le esté permitido expresarse con franqueza, pues evidentemente no suele suce-

der así) tendrá que responder con una disertación *ex cátedra* sobre el antígeno, la sensibilizatriz, la fijación y desviación del complemento... ¡Y de cuántos actos médicos de práctica corriente, de los cuales ha olvidado la explicación teórica aunque no el fundamento, sin que por ello deje de cumplirlos con todo discernimiento, no se ve el médico interrrogado insistentemente a todas horas! Así resulta que siéndole imposible guardar silencio contesta a la curiosidad del enfermo con una simplificación que equivale a una mentira, pero que es a menudo una necesidad y a veces un deber. Resulta también que el enfermo curioso, bien porque no haya comprendido nada, bien porque haya adivinado que se le engaña, o bien porque no se atreve a interrogar directamente al médico, va a buscar en los libros las explicaciones que desea. Pero los libros no le contestan mejor, pues o bien son demasiado didácticos y no puede comprenderlos más que estando ya iniciado; o bien están escritos para uso de ignorantes, y entonces...

Nada más difícil de encontrar que un libro de vulgarización bien hecho, honradamente logrado, es decir, lo bastante claro, bastante preciso, bastante prudente para no dar al lector engañosas tranquilidades o falsas alarmas, haciéndole creer cuando se trata de patología, que experimenta en el momento en que los lee, los síntomas de las enfermedades de mayor gravedad (cuyas consecuencias son bastante benignas, si el médico consultado es

persona honrada), o por el contrario, que no tiene nada, cuando, sin embargo, está sufriendo alguna insidiosa afección y cuyo fin es fatal cuando un diagnóstico tardío retrasa los cuidados de asistencia indispensables.

No hay enfermos más terribles para el médico, que los lectores acostumbrados a esta clase de obras. La visita del galeno se convierte en un examen, en que el ignorante hace las preguntas más embarazosas, se sorprende si no se le contesta a ellas o se extraña cuando le responden con precaución y, finalmente, toma—como Gorgias ante Sócrates—aires de triunfo o gestos desdeñosos. El hombre que ha leído—y que sabe por lo tanto, puesto que lo ha visto y para él lo impreso es artículo de fe, el hombre que no pide al médico más que una confirmación del diagnóstico que por sí se ha trazado, el hombre que no espera de la medicina más que una razón para admirar su propio juicio y envanecerse de su propio saber—es una peste para el médico. Y éste no es una excepción en la clientela. Esta clase de enfermos constituye el polo opuesto a la categoría de que hablábamos antes, de la que necesita del taumaturgo, de la que precisa del milagro tan pronto como se trate de curar el menor daño y que no creería en la eficacia de un remedio si la droga no es muy distinta: su credulidad es también tonta y aun quizás más que aquélla, por ser odiosamente pretenciosa.

Es una cosa singular esta necesidad para el mé-

dico de protegerse e incluso defenderse de la curiosidad indiscreta del enfermo. Debe tratar de ganar y conservar la confianza del hombre que se somete a sus cuidados y, sin embargo, le es preciso, aun comportándose con franqueza, ocultar a menudo su pensamiento. Existen numerosos casos en que la franqueza brutal sería criminal: esto está en el dominio de todos y por eso no hablo de ello. Pero hay otros, no menos numerosos y variados, en que el silencio, y a veces también el engaño, se justifican y aun se imponen. El médico no revela en este caso, como en muchos otros, su conciencia. Le pertenece a él sólo, por entero, determinar su conducta. No hay, no puede haber reglas fijas, pues se necesitarían tantas como casos particulares. Pero una cosa queda, sin embargo, perfectamente rígida e intransigente en esta flexible casuística y, es—aquí también—el sentimiento del deber, es la conciencia.

II — LA "JERGA" MÉDICA

La enfermedad es sin duda tan antigua como la vida y ha precedido durante mucho tiempo al hombre sobre la tierra, ya que en los esqueletos de animales fósiles se hallan huellas de afecciones óseas. Los primeros hombres han conocido nuestras miserias, las mujeres han dado a luz en el dolor, los guerreros y cazadores han sufrido la acción de la intemperie, recibido heridas, buscado y descubierto —¡a costa de cuántos errores!—los primeros remedios para curar o aliviar sus males. El empirismo y la experiencia han dado lugar al nacimiento del arte de curar.

Pero al mismo tiempo, nacidas de falsas deducciones, de interpretaciones abusivas, se establecían en el espíritu de los hombres relaciones de causa a efecto entre las enfermedades y el curso de los astros, entre los fenómenos físicos, los eclipses, los meteoros y el cuerpo humano. Lazos misteriosos aparecían entre el hombre y el universo visible, y sobre todo el mundo invisible. El temor poblaba los espacios de genios dañinos o protectores, que era preciso apaciguar o conciliar. El médico fué sacerdote y hechicero; la medicina, siendo cosa sobrenatural, no descansaba necesariamente en la observación de las enfermedades ni en el estudio del cuerpo humano. El examen del cielo, de las entrañas de las

víctimas y de los presagios, interesaba más que el examen del enfermo, al cual el médico no se le aparecía más que como un intermediario entre las divinidades y los hombres, como un ser inspirado, depositario de ignorados secretos, y de los cuales el mismo médico-sacerdote podía perder el recuerdo en los intervalos y trances en que el dios venía a residir en él.

Así, pues, ¿qué diferencia hay entre esta medicina primitiva y la que ejercen en nuestros días, bajo la mirada indiferente o benévola de la Policía, los taumaturgos cuyos nombres y direcciones se encuentran en todos los periódicos y hasta en las paredes del metro? Una sola, que no es alabanza de nuestro siglo: los charlantes modernos para que su industria sea tolerada e incluso estimulada, deben ir a medias con la Policía, el secreto profesional no les estorba nada, a ellos con...

*
* *

La mayoría de los hombres tienen necesidad del misterio. El templo de Higia (21) debe permanecer sombrío; demasiado iluminado quedaría desierto.

El lenguaje médico debió ser, en su origen, un lenguaje esotérico, lo cual respondía a una necesidad. Y así persistió no obstante el advenimiento de

21 *Higia:* Diosa de la salud en la antigua Grecia, y, hablando con más propiedad, la salud misma, pues más que diosa era una personificación de una idea abstracta, — *(N. del T.).*

la medicina racional, no obstante el triunfo de la medicina natural sobre la medicina taumatúrgica.

La jerga médica puede, hoy día, no parecer más que uno de esos lenguajes corporativos cuya existencia es tan antigua como los mismos oficios, pues es preciso que los hombres que ejercen una profesión designen los objetos y acciones especiales de este estado y que empleen palabras que los demás hombres, no iniciados, no puedan comprender. Pero, por otra parte, cuando se trata de enfermedades cuya divulgación pueda perjudicar al enfermo, es también muy útil saber emplear perífrasis, y si el proverbio dice que no debe mentarse la cuerda en casa del ahorcado, significa también que deberá evitarse pronunciar la palabra cáncer ante un enfermo que vomite sangre negruzca y que, por gracia, espera todavía la curación de sus padecimientos de estómago. Hubo un tiempo en que el médico podía pronunciar en casa del enfermo palabras como epitelioma, carcinoma, angiocolecistitis, diotienentería, etcétera, sin que ellas fuesen para los enfermos otra cosa que un conjunto de sílabas ininteligibles. La prensa y las obras de vulgarización han prestado al público el eminente servicio de librarle de estos secretos. Quedan para el médico otros recursos, y de Diafoirus (22) a Knock (23), nada ha cambiado.

22 *Diafoirus:* Personaje de *El enfermo de aprensión*, una de las obras más populares del insigne MOLIÈRE. — *(N. del T.).*

23 Protagonista de una comedia satírica estrenada en París en estos últimos años, que ha tenido un éxito extraordinario de público y de crítica, y en donde se trata de un desapren-

La jerga médica puede todavía servir al médico para ocultar perfectamente su ignorancia, como igualmente para preservar al enfermo de una verdad cuya revelación apresuraría su fin, añadiendo a sus sufrimientos físicos una angustia moral insoportable. Es seguro que cuando se dice con cierto tono doctoral la palabra *dotienenteria* hace mucho más efecto sobre la sociedad que la palabra *tifoidea*, pero esto proporciona también la ventaja de retardar la revelación de la verdad hasta el momento en que las gentes hayan buscado el sentido de la palabra en el diccionario.

*
* *

Supongamos que se trate, en efecto, de una tifoidea, cuyo diagnóstico clínico haya sido confirmado por el laboratorio (suerodiagnóstico o mejor aún hemocultivo), pero que el caso—una paratifoidea B—parece bastante benigno. Según el temperamento del médico, según pertenezca a la categoría de los astutos, que piensan ante todo en su reputación, o se trate simplemente de una persona honrada, de las que, como se dice vulgarmente, no le buscan tres pies al gato, el médico no sostendrá ante la familia

sivo y astuto sujeto que se hace pasar por médico, convirtiéndose en una especie de Doctor Cúralotodo que llega hasta a suplantar médicos verdaderos en su clientela y a obtener grandes éxitos. La obra, dotada de gran ironía, abunda en situaciones ingeniosas y tiene un profundo sabor humano que emociona, divierte y enseña al mismo tiempo. — *(N. del T.)*.

los mismos razonamientos. Señalamos también, por otra parte, que no es solamente el carácter del médico el que determina esas diferentes actitudes, sino también la familia, los amigos y el mismo enfermo; hay casos en que el deber del médico honrado es hablar un poco como lo haría el médico astuto, pues si surge una complicación, se hará responsable al médico por no haber ensombrecido bastante el pronóstico, acusándole de no haber previsto los acontecimientos. Sea lo que fuere, uno y otro médico—el aguafiestas y el que todo lo ve de color de rosa—dirán que se trata de una tifoidea, pero el hombre astuto habrá sabido pintar las cosas muy sombrías, haciendo un cuadro muy negro; empleará un lenguaje ampuloso y pedantesco a fin de atribuirse el mérito de haber sacado al enfermo de un trance peliagudo si es que, en efecto, se cura; y de esquivar toda responsabilidad si a pesar de sus inteligentes cuidados se va *ad patres*. El otro, por el contrario, después de haber pronunciado la palabra paratifoidea, insistiendo en el *para*, le añadirá epítetos emolientes, hablará de formas benignas llamadas en otro tiempo *tifoideitis* o fiebres mucosas, se apresurará a tranquilizar a una madre bañada en lágrimas, a un padre dispuesto a sacrificarlo todo para salvar a su hijo; y después de la curación no recogerá como premio de tanto esfuerzo y de tantas precauciones oratorias más que unos honorarios disminuídos (pues no se atreverá a aumentar la factura cuando se trata de una enfermedad en general benigna y, sobre todo,

cuando se ha dicho y repetido que, desde luego, los días de la enfermita no corrían ningún peligro), y esa consideración, quede de manifiesto, que no alcanzará nunca la gratitud reservada a aquellos médicos cuyo conocimiento iguala su astucia, su habilidad, su destreza. Los otros son parecidos al santo del proverbio italiano: "passato il pericolo, si gabba del santo"; o sea que no le dan nunca el cirio prometido en el momento de peligro.

Muchas cosas han cambiado desde Molière. Diafoirus no lleva ya peluca, golilla, ni zapatos con hebilla; pero es siempre Diafoirus. Argán es siempre Argán. Hoy Diafoirus, bautizado de nuevo como Knock, tiene las ideas y el lenguaje de moda: en vez de citar sus opiniones contra los partidarios de la circulación, deja caer de vez en cuando palabras raras, llenas de misterio, en las que se adivinan profundos y definitivos conocimientos sobre bacteriología, epidemiología, profilaxis, sueroterapia, etcétera. Porque la jerga no oculta ya ignorancia, pero puede todavía ser una provechosa muestra de la pedantería.

III — EVOLUCIÓN DE LA MEDICINA; CLÍNICA Y LABORATORIO

La evolución de la Medicina es un asunto que causa profunda sorpresa cuando se reflexiona y se medita sobre ella. Los conocimientos anatómicos y fisiológicos, los medios de investigación y los procedimientos de examen sobre los que se basa la Medicina, tal como la concebimos actualmente, datan positivamente de ayer: Harvey publica en 1628 su *Exercitatio anatómica de motu cordis et sanguinis in animalibus,* en la cual describe el mecanismo de la circulación; su descubrimiento es primeramente discutido y aun negado. No más de medio siglo después, Malpighio utiliza en Bolonia el microscopio; Laennec no descubre la auscultación hasta principios del siglo diez y nueve, y no publica hasta 1819 su *Tratado de auscultación mediata;* Semmelweiss no tiene idea de la infección—idea de la cual surgirá la antisepsia—hasta 1845. En cuanto a Claudio Bernard y a Pasteur, sus trabajos son todavía aún más recientes.

Es en el siglo diez y siete, en el tiempo de Corneille y de Descartes, cuando asoma la aurora de nuestra Medicina, y, sin embargo, los griegos, que ignoraban la anatomía y fisiología, que habían inventado explicaciones puramente teóricas de todos los fenómenos biológicos, poseían conocimientos cli-

nicos cuya exactitud todavía sorprende. Tenían médicos admirables que cuidaban a sus enfermos con gran perspicacia, consiguiendo, por medio de juiciosos tratamientos, resultados que nos asombran y confunden. ¿Por qué?

Porque, ante todo, la Medicina es cuestión de buen sentido; porque el *primum non nocere* es ya por sí solo la mitad de la Medicina. Entendámonos: yo no quiero decir que la expectación resuma y contenga toda la terapéutica, pero sí que el primer deber del médico sea el observar y no tratar sino en el sentido de la naturaleza. Lo ha dicho Hipócrates y sus consejos son todavía valederos: el hombre no es un ser de excepción en el mundo viviente. Sufre la influencia del medio de los agentes externos—de las "cosas de fuera"—, entre los que está colocado para vivir, se acomoda perpetuamente a su acción y quiéralo o no, obedece a las leyes que rigen la vida. Todo en la naturaleza tiende a un equilibrio, a una armonía: para el hombre, para el cuerpo, este equilibrio y esta armonía constituye la salud. Cuando las "cosas de fuera" la alteran, el médico debe ayudar a las fuerzas del enfermo que luchan para restablecerla; de aquí la importancia de la clínica, de la observación. Y por haber sido un maravilloso observador, por haber razonado en perfecto clínico, es por lo que Hipócrates, en un tiempo en que se creía que las arterias servían para la circulación del *pneuma* como la tráquea y los bronquios y que el cerebro era una glándula destinada a observar el exceso de

humores, en un tiempo en que la anatomía se limitaba a un conocimiento muy rudimentario de la osteología y de la miología, en que todo el edificio de la Medicina se sustentaba, según la acertada palabra de Guardia, sobre un andamiaje de hipótesis gratuitas y de errores, un clínico de genio, nada más que con la observación atenta de los hechos patológicos, redactaba aforismos cuyo valor no han destruído en modo alguno los descubrimientos modernos. No teniendo más que sus sentidos como instrumentos de investigación, su método, si se le reduce a los principios filosóficos que lo determinan, es enteramente experimental y se anticipa en veintidós siglos al de Claudio Bernard.

*
* *

La decadencia de la Medicina en tiempos de los emperadores, el envilecimiento de la profesión médica después de Galeno (cuyo sistema no es más que una adaptación, una revisión de las ideas de Hipócrates), la rutina y el psitaquismo de Salerno, no conducen a una renovación de la Medicina hasta el día en que, no obstante los prejuicios anatómicos, fisiólogos y patólogos, vuelven a la observación de la naturaleza y a la experimentación.

Se dice que la naturaleza no va a saltos, y que el progreso mismo es una marcha continua, un ascenso constante hacia la verdad. Sin embargo, aunque el movimiento no se detenga, hay en la historia lar-

gos intervalos en que todo parece quedar estacionado; y el saber es como un río que va aumentando desde su manantial, creciendo con la corriente que le traen sus afluentes, pero sus meandros son tan caprichosos que a veces parecen volver río arriba hacia su fuente. Así sucede también con la Medicina; durante el tiempo que vivió de las fórmulas escolásticas y se nutrió de los textos tomados de Hipócrates, de Aristóteles, de Galeno y de los árabes: la letra destruía el espíritu, y este espíritu sólo renace en el siglo décimosexto bajo el escalpelo de los médicos humanistas. "Revisad cuidadosamente los libros, escribe Rabelais, con ello y con frecuentes prácticas anatómicas adquiriréis el perfecto conocimiento de ese otro mundo, que es el hombre." Es decir, no descuidéis el estudio de los maestros clásicos—los descubrimientos adquiridos servirán de base a los descubrimientos que aún quedan por hacer—, pero que este estudio del pasado no sea más que una preparación para el estudio que se hace fuera de los libros, el estudio del hombre llevado a cabo en el laboratorio y en el hospital.

*
* *

Hoy día se suelen poner a menudo en oposición la clínica y el laboratorio, y espíritus temerarios llegan hasta decir que la clínica (24)—la observación

24 Palabra que etimológicamente viene del griego *kline*, que significa cama o lecho. — *(N. del T.)*.

realizada junto a la cama del enfermo, según la etimología—ha perdido importancia desde que los métodos de laboratorio permiten al médico fundar su diagnóstico y establecer el tratamiento con una precisión que no podían proporcionar los medios clásicos: interrogatorio, inspección, palpación, auscultación e investigación de síntomas. Algunos llegan hasta sostener que estos medios clínicos son todos bastante groseros, rudimentarios, desprovistos de exactitud y de precisión y, supremo argumento, pasados de moda. Porque hay modas en Medicina, como las hay en todas las cosas, y no solamente ciertas enfermedades se "llevan" como los sombreros y desaparecen en la temporada siguiente, no solamente ciertos tratamientos curan hoy, cuando eran venenos ayer y volverán a ser peligrosos mañana, sino que se pone de nuevo en juego la cuestión del método mismo, de este método que es para el investigador lo que el bastón para el ciego.

En un artículo de la *Revue des Deux Mondes,* el profesor Pasteur Vallery-Radot se ha ocupado de este asunto con una penetración y una altura de miras que nunca podremos alabar demasiado (25). La evolución de la ciencia médica, dice él, se desarrolló en tres etapas: la primera fué clínica, y el siglo diez y nueve ha sido la época de los grandes clínicos. Nada más exacto, pero quizá sea preciso añadir que ya en plena mitad del siglo diez y nueve,

25 PASTEUR VALLERY-RADOT: *Questions médicales. Clinique ou Laboratoire.* "Revue des Deux Mondes", enero 1937. París.

con Claudio Bernard, la clínica se apoya en el laboratorio para la investigación experimental. La segunda etapa comenzó hacia fines del último siglo, y los clínicos comprendieron entonces la importancia de los descubrimientos de Pasteur. Se vió a los "grandes maestros de la clínica, los Landouzy, Chauffard, Widal, examinar los enfermos con método, no dejando nada al azar; después, reconociendo la vía directriz entre el dédalo de materiales esparcidos que su examen acababa de acumular, agrupar los síntomas, reuniéndolos lógicamente, colocando en su lugar los de mayor importancia y a continuación los secundarios. Con frecuencia, al final de su examen, pedían una prueba de laboratorio que viniese a confirmar o precisar el diagnóstico. El signo biológico adquiría así su verdadera posición, dominando en ocasiones, pero no anulando los signos clínicos. Yo recuerdo esos tiempos: eran los de mis comienzos de hospital, y la clínica parecía, ciertamente, entonces no pedir al laboratorio sino informes cuyo valor ninguno discutía, pero con los cuales nadie hubiese podido suponer que por sí solos bastasen para reemplazar el examen directo del enfermo por el médico que lo trataba.

Sin embargo, la Medicina al evolucionar—y citaré de nuevo a Pasteur Vallery-Radot—mostraba al ser humano más complejo de lo que hubiera podido suponerlo la imaginación más desenfrenada: "La materia que lo constituye no es la que los sabios del último siglo hubieran creído poder afirmar. Los fe-

nómenos que se efectúan en la intimidad de sus humores y de sus tejidos, son el resultado de acciones que no hacemos más que entrever y cuya complejidad es desconcertante. El hombre es un microcosmos en que los procesos más extraños de una física, de una química y de una fisiología que apenas conocemos, entran constantemente en juego bajo la influencia de causas que a menudo se nos escapan. Estos procesos actúan de un modo sinérgico que confunde nuestra razón. Es imposible sorprenderlos en estado de quietud, de aislamiento, puesto que la vida es un estado de dinamismo perpetuo: ¿cómo, pues, en estas condiciones podremos comparar un fenómeno "*in vitro*" y el mismo fenómeno "*in vivo*"? La enfermedad es una desviación de estos procesos normales que nosotros apenas conocemos. Casi diariamente un nuevo descubrimiento pone otra vez a discusión una serie de datos y problemas, que creíamos ya definitivamente resueltos. Así ha llegado la Medicina a su tercera etapa, la actual, en que con una simplicidad de neófitos muchos médicos han imaginado que el laboratorio con sus microscopios, sus centrifugadoras, sus estufas y sus aparatos de dosificación, darían respuesta a todas las preguntas que se formulasen y, además, con la mayor precisión. Los sentidos podrían engañarse, mientras que el análisis químico o el examen bacteriológico serían infalibles..."

Se creyó así que el laboratorio "liberaría" a la Medicina; se creyó que el "arte" se transformaría

en ciencia. Y así ha podido verse—en un país que no es el nuestro, dice Pasteur Vallery-Radot—"un hospital en donde el jefe del servicio establecía su diagnóstico, *antes* de examinar al enfermo, a continuación de ver su hoja de temperatura, la curva del pulso, los exámenes de sangre y orina, hechos sistemáticamente desde los primeros días de la entrada del paciente en el hospital". Se ha visto en otros sitios enfermos "seleccionados" en una serie de laboratorios especializados, y la clínica reemplazada por una especie de *medicina encadenada,* análoga al trabajo en los talleres de mecánica, en donde cada obrero especializado, confinado en el ejercicio de su especialidad, coloca un perno, aprieta un tornillo, da una limadura a las piezas rebarbadas o termina el pulido del aparato.

Entendámonos bien: no desconocemos de ninguna manera el valor de los informes que proporciona el laboratorio. Pero afirmamos que "un resultado biológico, lo mismo que un signo clínico, necesita ser interpretado". Afirmamos que el microscopio, la probeta, el tubo de Crookes, etcétera, pueden no tener la razón. Afirmamos, también, que "lo absoluto no existe en las ciencias de la vida". Afirmamos que los informes del laboratorio, por precisos que sean, pueden a veces estar plagados de errores, y que tomados sin el control de la antigua y buena clínica no proporcionan al médico más que datos incoherentes, si previamente, con una operación mental, operación que es una verdadera elección que sobrepasa a todo instrumento, no se establece en definitiva un juicio.

Este llamamiento al buen sentido complace verlo firmado por el mismo nombre que se encuentra en la cubierta de un volumen magistral sobre "los grandes problemas de la Medicina contemporánea", y en la cual el profesor Vallery-Radot rinde homenaje a cuatro fundadores de esta Medicina moderna: Pasteur, Calmette, Charles Nicolle y Fernand Widal; Vallery-Radot no puede ser tildado de sospechoso "partidista", puesto que es nieto de Pasteur y ha conocido personalmente a los sabios que han abierto tan grandes perspectivas a la Medicina. Por lo tanto está mejor dispuesto que ninguno a gritar: ¡Atención!, ¡cuidado!, a los que, creyendo introducirse en estas hermosas perspectivas, se precipitan de cabeza en un callejón sin salida.

A mí mismo me ha cabido el honor de tener por maestro a Charles Nicolle. Le he conocido todavía joven y me acuerdo de sus lecciones: una enseñanza que autorizaba la libre conversación en ese trato que borra las distancias porque dos corazones y dos almas se aproximan lo bastante para abolirlas, conversaciones que se elevaban hasta la filosofía del arte y de la ciencia en los que me iniciaba. Su profunda cultura, su tranquila ironía, su sabiduría llena, sin embargo de impetuosidad, la disciplinada actividad de su vida, siempre ocupada bajo la apariencia de un dilettantismo negligente, su apasionado amor al trabajo y a la investigación, me fascinaban

positivamente. Y recuerdo muy bien el gesto desdeñoso que tuvo un día este verdadero sabio de laboratorio, para cortar con estas palabras una discusión suscitada ante mí por estas ideas que comenzaban ya a difundirse: "El día en que el médico no tenga más que poner en movimiento engranajes y máquinas, la Medicina será más peligrosa que útil."

* * *

Se encuentra también el mismo error en terapéutica, y esto con gran frecuencia. "Cuántos enfermos, exclama también el profesor Vallery-Radot, que tienen necesidad de reposo, se ven atormentados casi cada hora por inyecciones de medicamentos. ¡Pues es preciso a todo trance tratarlos por *métodos científicos!* El público lo exige así, y el médico que con buen criterio se opone a esto, es a menudo tratado de incompetente."

Las consecuencias de esta moda son—para los que la siguen y se dejan llevar por ella—que su medicina, merced a este fetichismo pseudo-científico, sea en todo semejante a la Medicina sacerdotal de las primeras edades en que se cuidaba al enfermo sin previo examen clínico. Las divinidades a quienes estos fanáticos piden intervención tienen hoy como templos los laboratorios: y ese es el único cambio.

"El médico del porvenir, concluye el profesor Vallery-Radot, será, no un biólogo, sino un clínico

conocedor de las pruebas de laboratorio y capaz de su interpretación; que dirigirá al hombre de ciencias preguntas concretas, y dará a sus respuestas. la verdadera significación en la sintomatología general de la afección."

De modo que la evolución de la Medicina se hace de manera que sus progresos se midan por el carácter cada vez más científico que adquiere, apoyándose en las ciencias, para así escapar del empirismo. El laboratorio permite respuestas precisas a preguntas que todavía ayer quedaban sin solución. Las tinieblas se desvanecen a medida que la luz va penetrando en ellas. Pero como el diagnóstico no servirá nunca más que por el razonamiento del clínico, como el acto médico será siempre lo que Georges Duhamel ha denominado tan acertadamente un acto *singular*, un acto de hombre a hombre (puesto que no hay enfermedades tipo, sino enfermos, de los cuales cada uno tiene "su" enfermedad según las reacciones particulares de su organismo), la Medicina seguirá siendo hoy lo que no ha dejado de ser nunca: un arte, en el que la conciencia del médico jugará siempre el papel indispensable. No hay, ni existirá nunca, una Medicina abstracta, libre de contingencias; el deber del médico es el de ser tan sabio como le sea posible; pero ante todo el de conservar un juicio claro. una conciencia pura y un corazón accesible a la piedad.

IV — MEDICINA Y CIENTIFISMO; ESCEPTICISMO TERAPÉUTICO Y BENEFICIOS DE LA MEDICINA

Hubiera sido muy extraño que la medicina escapase por gracia especial al mal del siglo, puesto que este error no es, en suma, más que un caso particular de la embriaguez que trastornó al siglo diez y nueve en su ocaso y al vigésimo en su aurora cuando tantos hombres perdieron el sentido de lo relativo y creyeron en el reinado definitivo de la ciencia en todos los dominios. Muchos imaginaron entonces que la medicina iba a transformarse en su esencia, porque cambiaba en efecto tanto en sus medios de investigación, como en los medios de acción. Después de los trabajos de Claudio Bernard, de los descubrimientos de Pasteur, de la anestesia, la antisepsia y después la asepsia, del microscopio y el autoclave, se trastornaron las ideas y dieron a la cirugía una legítima y prodigiosa audacia. Muchos creyeron todo posible y tomaron por verdades demostradas lo que no eran más que hipótesis. Hubo entonces una verdadera mística de la ciencia y en particular de las ciencias biológicas. Los sabios, sin embargo, se abstenían de propagar este error, y en su discurso de recepción en la Academia Francesa, Henri Poincaré, explicaba la posición del sabio en este conflicto que algunos años antes habían enfrentado a los "científicos" y sus adversarios, proclamando con Brunetiere la bancarrota de la ciencia: "Por lejos que la ciencia lleve sus conquistas, siempre será su dominio limitado. A lo largo de sus fronteras flota el misterio y cuanto más se alejen estos límites más se extenderá aquél". No hay quiebra en efecto sino para quien falta a sus compromisos y se sustrae a sus promesas. No es culpa de la ciencia y de la medicina, si unos soñadores han esperado de ella lo que no podía darles. Su dominio, en este mundo de realidades, es ya de por sí bastante amplio para que sea necesario aumentarlo ficticiamente, extendiendo sus límites hasta más allá de las fronteras de la Utopía.

*
* *

La actitud del médico ante la medicina no es la del creyente ante el dogma, como no puede ser tampoco la del matemático ante las ciencias matemáticas. El médico está constantemente en presencia de un amplio campo de estudio en plena movilidad, que es el hombre. Si debe evitar la aceptación como verdades de lo que no son más que hipótesis, sería sin embargo pernicioso que hiciese de la duda un sistema que le llevase a la inacción, ya que en numerosos casos le conviene precisamente actuar.

Llegado al final de sus años, Trusseau, que se sentía cansado, solicitó y naturalmente obtuvo el paso de su cátedra de clínica médica que tan admirablemente había desempeñado a la de terapéutica en la

cual había comenzado su enseñanza. Y en esta ocasión decía: "Quedé extrañamente sorprendido al curar con tanta facilidad enfermedades que había tratado con diversos medicamentos que utilizaba para la *phlegmatia alba dolens*, hasta el punto que terminé por preguntarme, si una suerte tan grande no se debería más bien a que la enfermedad tenía en sí poca gravedad. En consecuencia al año siguiente puse en práctica la terapéutica expectante, y debo confesar que mis enfermos curaron más deprisa y mejor, pues no tuvieron que aliviarse de la terapéutica puesta en obra, terapéutica que a veces era violenta, peligrosa y producía una debilitación que los enfermos vencían con cierta dificultad...

"Permanecer inmóvil ante la aflicción del enfermo y el dolor de la familia sería una crueldad por parte del médico y a veces incluso hasta un peligro para él. Por eso, el médico, muchas veces a pesar suyo, se deja llevar hasta prescribir ciertos remedios. No me quejo de esto, pues en definitiva se hace así medicina consoladora, si se limitan a devolver la tranquilidad al espíritu de una madre que implora, y salvaguardan de paso su situación, lo cual está siempre permitido. Lo que censuro es, que si el médico prescribe un remedio y el enfermo cura tres o cuatro días después, atribuya a esta medicación la curación, en la que el remedio no ha tenido parte".

Citando este trozo de Trousseau, en su reciente libro sobre *Los horizontes de la Medicina*, atribuye Augusto Lumiere a la autoridad del autor "la ola de

esterilizante pesimismo que rompe poco después sobre el espíritu de los médicos, no sólo en Francia, sino en el mundo entero, impregnándoles de falta de confianza en el arte de curar (26). Es cierto que de todas las ciencias médicas la terapéutica ha sido la más descuidada y esto incluso en el momento en que todos los espíritus estaban ebrios de ciencia. Pero en esos momentos o poco después, surgían sin embargo nuevas terapéuticas: sueroterapia, fisioterapia, tratamiento de la sífilis por los arsenobenzoles y el bismuto. De tal manera que uno se encontraba entre dos corrientes, una que le incitaba a negar la antigua terapéutica, y la otra animando a concederles una fe ciega a los nuevos agentes y llevándole a confiar en el desarrollo indefinido, en un porvenir próximo, de estos métodos desconocidos para las generaciones precedentes.

Sin embargo subsiste siempre, a pesar de esta creencia general en el progreso, una desconfianza hacia todo descubrimiento, que no es solamente la duda provisional, muy legítima, en que el médico debe permanecer hasta que las pruebas se hayan realizado de una manera convincente, sino que es, como dice Augusto Lumiere, un verdadero ostracismo hacia los innovadores, sobre todo cuando éstos no pertenecen al mundo oficial. Esto, desgraciadamente, es un hecho evidente que Broca comentaba

26 Auguste LUMIÈRE: *Les horizons de la Medecine* (Collection "Sciences d'aujourd'hui", dirigée par André George), Albin Michel.

con estas líneas humorísticas: "Una verdad nueva dirigida contra los prejuicios de nuestros maestros, no tiene ningún medio de vencer su hostilidad. No hay razonamientos ni hechos que valgan; sólo la muerte puede triunfar; los innovadores deben resignarse y saber esperar la llegada de esta aliada, como los rusos esperaron la llegada del general Invierno". El ejemplo de Semmelweiss, acusado por Klin, su jefe de servicios en el Hospital de Viena, de haber falseado sus estadísticas cuando había logrado salvar sus paridas de la fiebre puerperal gracias a la primera aplicación de la antisepsia; el ejemplo de Semmelweiss yendo a morir en un manicomio después de haber sufrido toda clase de persecuciones, confirma desgraciadamente esta humorada sarcástica de Broca; y en el caso del tocólogo austriaco, es al inventor al que escoge la muerte.

*
* *

No será sin duda una mala razón para dudar del papel bienhechor de la medicina, es decir, de la higiene y de la terapéutica que son sus fuerzas militantes, los párrafos en que Augusto Lumiere, al principio de la obra que antes citaba, señala los progresos habidos en Francia desde hace dos siglos: la duración media de la vida humana, no era entonces en este país más que de veintiocho a veintinueve años. Alcanzó los treinta y siete años en 1800, los cuarenta en 1850, pasando a los cuarenta y seis

en 1911. Compulsando los cuadros de mortalidad de Lyón, Augusto Lumiere llega a la conclusión de que en 1935, prescindiendo de los casos de niños de pecho que sucumben en las primeras semanas de su existencia, la duración media de la vida alcanza los cincuenta años, e incluyendo en las estadísticas las defunciones de los sujetos por debajo del año, esta duración sobrepasaría también los cincuenta y tres años.

Se podrán burlar de los médicos cuanto quieran. Diafoirus y Knock serán tipos que se han encontrado y se encontrarán siempre en la vida, que cambiarán de casaca y de expresión según la época. Es cierto. ¿Pero qué hombre sensato se negará a admirar y honrar a esos hombres cuyo esfuerzo continuo ha logrado el milagro de duplicar en menos de dos siglos la duración media de la vida de sus semejantes?

EL MÉDICO EN LA SOCIEDAD

I — CIENCIA Y HUMANIDAD. — NIVEL INTELECTUAL Y NIVEL MORAL DEL MÉDICO. MEDICINA Y HUMANISMO; RECLUTAMIENTO MÉDICO

En un libro que fué acogido muy justamente, como no suelen serlo de ordinario esta clase de obras, el doctor Alexis Carrel, antes de abordar el estudio del "universo humano" y de explorar a *l'Homme, cet inconnu* (27), comprueba que las profundas modificaciones impuestas a las costumbres de la humanidad por los recientes adelantos de la ciencia, "la sustitución de este modo artificial de existencia, a las conducciones naturales de la vida" han producido efectos tan sensibles que, no obstante la mejoría evidente, tal como el aumento del bienestar y la duración mayor de la vida media, la decadencia del hombre no puede ya ofrecer ninguna duda: "En la civilización moderna, escribe Carrel, el individuo se caracteriza, sobre todo, por una

27 Doctor Alexis CARREL: *L'Homme cet Inconnu*. París. Editor Plon. 1935.
— Existe en nuestra patria una excelente traducción de esta obra, publicada por Joaquín Gil, editor, Barcelona, 1936. *(N. del T.)*.

actividad bastante grande y enteramente orientada hacia el lado práctico de la vida, por mucha ignorancia, por cierta astucia y por un estado tal de debilidad mental, que le hace experimentar de un modo profundo la influencia del ambiente donde quiera que se halle. Parece como si ante la falta de armadura moral la inteligencia se debilitase. Esto puede ser quizás la razón de que esta facultad, en otro tiempo tan característica de Francia, haya descendido en este país de manera tan manifiesta. En los Estados Unidos 'el nivel intelectual es todavía más bajo, a pesar de la multiplicación de escuelas y universidades. Parece como si la civilización moderna fuese incapaz de producir una minoría dotada a la vez de imaginación, de inteligencia y de valor. En casi todos los países se observa una disminución del nivel intelectual y moral, entre los que asumen la responsabilidad de la dirección de los asuntos políticos, económicos y sociales..." El valor de este testimonio no puede ser discutido: se trata del doctor Alexis Carrel, sabio ilustre, que en el Instituto Rockefeller de New-York ha llevado a cabo trabajos que le han valido el Premio Nobel. Conoce el Nuevo Mundo, por residir allí desde hace muchos años. Sus conclusiones refuerzan las de Georges Duhamel en su profético libro *Escenas de la vida futura*. Queda así planteado un grave problema; problema insoluble sin la colaboración del médico: "¿Cómo impedir la degeneración del individuo en la civilización moderna?"

Pero si nadie puede negar que la solución pertenece en gran parte al médico, ¿no sería conveniente ver primero si el mismo médico no corre el riesgo de ser uno de los primeros alcanzados por esta enfermedad que lleva consigo la degeneración de los individuos que componen la sociedad moderna, si está ya amenazado o si puede estarlo mañana?

*
* *

Hemos dicho cuál era la educación médica y cómo la enseñanza hospitalaria, acercándose mucho a la enseñanza socrática, perpetuaba las mejores tradiciones gracias al intercambio cotidiano entre maestro y alumno, y gracias a las mismas condiciones en que se lleva a cabo la iniciación del futuro médico.

Pero esta enseñanza, por excelente que sea, no llegará a dar frutos más que cuando los alumnos a quienes va destinada sean aptos para recibirla; no valdrá mañana más de lo que valía ayer, si los jóvenes estudiantes no conservan el nivel intelectual y moral que tenían sus mayores; y si la enseñanza superior no es al fin preservada de esta locura enciclopédica que hace en la actualidad "dividir" hasta un grado absurdo las especialidades con grave detrimento de la cultura general, que a veces se encuentra sencillamente suprimida.

*
* *

Todas las investigaciones, todas las encuestas —hoy día tienen gran aceptación y se mira con agrado estos "sondeos"—están completamente de acuerdo; a los cuestionarios propuestos por los investigadores, no ha habido un solo maestro que no haya contestado insistiendo en la vuelta a los estudios de humanidades, como en otros tiempos. Recientemente ha aparecido un excelente libro del doctor J. Okinczyc, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, y cuyo título es por sí solo todo un programa: *Humanismo y Medicina* (28). Lo cito porque resume en pocas frases todo el tema: "Cualesquiera que hayan sido las manifestaciones de los progresos del hombre en el dominio científico, no diremos nunca bastante que sus reacciones han persistido idénticas a traves de los años... Estas reacciones se han traducido en las producciones del espíritu humano y no en las apariencias de su progreso material. Las "humanidades" son, pues, verdaderamente, el tesoro de la ciencia del hombre, la educación del espíritu en el cuadro humano, como las buenas formas son una educación de los gestos en el marco social. Se podrán olvidar las reglas; pero lo que importa es conservar las costumbres y aplicarlas sin vacilar... La ciencia sola no tiene la virtud de aclarar y aumentar nuestro humanismo... ¿Qué sería una ciencia médica si no viniese a temperarla el arte médico, que es en cierto modo la adaptación humana de la ciencia médica? El hombre de espíritu cultivado, advertido debidamente de las reacciones humanas, sabe elegir, preveer, determinar, a esto es a lo que se llama en conjunto competencia, que en suma no es sino economía de experiencias desgraciadas; y así es como la cultura general aparece tal y verdaderamente como en el acto médico: como una economía por la utilización razonada y experimentada de las capacidades, de las posibilidades, para el bien y para lo mejor. Este secreto de la medida, del gusto, del método, del equilibrio adquirido por el estudio de las humanidades, prepara el terreno y asegura así el desarrollo armonioso y fecundo del acto médico en el coloquio que pone frente a frente a los hombres..."

28 Doctor J. OKINCZYC: *Humanisme et Medecine.* Editor: Labergerie. 1937. París.

Así, pues, todo hace temer que la civilización moderna renuncia a preparar esta "minoría dotada a la vez de imaginación, de inteligencia y de valor", minoría entre la cual se reclutaba antiguamente y debería reclutarse siempre el cuerpo médico. La imaginación es indispensable para el ejercicio del arte médico, en esto están de acuerdo todos los testimonios. La observación proporciona los datos esenciales, pero éstos no son útiles para el enfermo sino a condición de que el médico establezca su diagnóstico mediante una operación espiritual análoga a la creación artística. El valor también se ha visto que era necesario para marchar a menudo al contrario de las ideas recibidas, para no ver más

que el interés del enfermo y de la sociedad, a veces opuesto al interés personal del médico, que con un poco de habilidad y de maña y con algo de *bluff*, obtendría más provecho y podría hacerse pasar como fabricante de milagros, ¡como saben hacerlo tantos y tantos charlatanes!

Esta cuestión de las humanidades, llave de la enseñanza superior, debería haberse resuelto hace mucho tiempo, con la vuelta, pura y simple, a los antiguos usos, con el Bachillerato único, sancionando los estudios secundarios en el sentido que se le daba a esa palabra en otro tiempo, sin preocuparse para nada de estudios primarios más o menos disfrazados, y ya estaría resuelta si se hubiese abordado este asunto sin prejuicios y sobre todo fuera de toda preocupación política. Parece absurdo, en efecto, querer resolver tales problemas haciendo intervenir en la discusión el principio de igualdad de todos los ciudadanos y derechos iguales o parecidos para todos los niños. Se dice—y cuando no se dice se deja adivinar, y no sin mezclar odios en el debate—que con el antiguo reclutamiento de la enseñanza superior, las Facultades solamente eran accesibles a los bachilleres que hubieran aprendido griego y latín, creando un privilegio de hecho, ya que no de derecho, para la burguesía. Sin embargo, antiguamente, ¿cuántos sabios ilustres y grandes médicos no han salido del pueblo, procediendo de las más humildes familias? Las "humanidades" elevaban a los hombres de donde quiera que viniesen,

y esta nivelación se debía a que esos sanos estudios no humillaban a nadie. Los tribunales de oposición y los jurados de los concursos lamentan hoy la medianía y mediocridad de cultura revelada por los escritos de los concursantes. Ignorancia en la sintaxis, falta de propiedad en los términos, empleo de palabras pretenciosas, pero que le dan aspecto "muy científico"; todo lo cual hace desear que los estudios secundarios sean por fin restablecidos. Sin que se tenga la obsesión de la ortografía, se queda uno sorprendido al ver a un médico cometer groseras faltas; el mal, sabemos que desgraciadamente es general, pero esto no hace excusables los pecados contra el lenguaje a los que ayuda el snobismo, y si no se pone remedio a este abandono, el lenguaje de una generación llegará a ser impenetrable para la siguiente.

Por otra parte, el acceso, demasiado fácil, a las carreras liberales, no hace más que crear un encumbramiento nefasto.

Además, estas facilidades, tan ampliamente concedidas, dan por resultado un gran número de individuos desplazados de su esfera, condenados a irremediable miseria, a humillaciones múltiples y, finalmente, destinados a empresas sospechosas, hasta el punto de pensar cuál podría ser la ventaja para la sociedad de fabricar anualmente tal cantidad de médicos sin clientela y abogados sin causas, a los cuales se les ha dado diplomas, pero no se ha cuidado de prepararlos contra las tentaciones que el

hambre hará pronto peligrosas. Esas oficinas de "accidentes de trabajo", esos procesos escandalosos, esas noticias tanto tiempo de actualidad en los periódicos de "médicos clandestinos", han sido el fruto de esta política liberal en apariencia y en realidad tan antidemocrática. En efecto, el sistema actual no hace más que criar pececillos y arrojarlos en un vivero: fabricar médicos en serie sin tener en cuenta la acumulación, la plétora de la carrera, sin preocuparse de la relación entre la cifra de población y el número de médicos, sin preocuparse por otra parte más que de la enseñanza técnica pura, sin dotar a su vez a estos jóvenes de una amplia cultura general, de una moralidad elevada y una rígida conciencia, ¿qué se consigue así sino aguzar los dientes de presa de estos jóvenes?

¿Cuántos adolescentes al salir del Instituto preguntándose qué carrera seguirán, escogen la Medicina sin ninguna vocación? ¿Cuántos son aconsejados por una familia mal informada, que por otra parte tampoco podría estarlo exactamente porque pertenece a un medio social que no tiene tiempo de reflexionar sobre estas cosas ni medios para enterarse y que no ve de la Medicina más que un aspecto engañoso: el coche, el piso elegante y los elevados honorarios del cirujano? ¿Cuántos de estos equivocados no conservarán en el ejercicio de la profesión médica este espíritu de lucro de sus padres, que acaso lo ejercían detrás del mostrador de un negocio en donde el afán de lucro es excusable

y aun legítimo? ¿Cuántos harán de la Medicina un oficio, un comercio semejante a otros oficios y parecidos a los demás comercios, y como buenos alumnos y como sujetos despejados que a veces son, no harán valer su ciencia más que para su provecho personal sin preocuparse de los deberes que sin embarazo les impone la posesión de sus títulos? ¿Cuántos considerarán también que estos diplomas difícilmente conseguidos por el trabajo que suponen y por el dinero que han costado, les confieren derechos sin otra cortapisa que el estricto respeto al Código civil y sin esas obligaciones morales que precisamente el Código no puede definir y que quizá, por ser indefinibles, son mucho más imperiosas?

II — EL MÉDICO EN LA VIDA MODERNA: COMPETENCIA Y PUBLICIDAD

Como otra consecuencia de este estado de cosas surge la pugna de la competencia entre los médicos en la sociedad actual. Si hasta ahora los médicos no se atreven a utilizar la publicidad descarada—al menos los que todavía se preocupan algo de la estimación de sus colegas para guardar las apariencias empleando medios modernos de hacer fortuna—, si no les vemos colocar en el balcón de sus casas colgaduras llenas de esas frases envolventes, características, con el matiz proverbial de esos "slogans" (29) que hacen la suerte de los comerciantes. (Por ejemplo: *Merced a los cuidados de Roger Bontemps, podréis vivir largo tiempo.)* Esto no quiere decir que se abstengan de dar a conocer *urbi et orbi* y por todos los medios ordinarios a su alcance, que pueden proporcionar a la humanidad doliente aquello que ha de curarla. Pero, como dice aquél, hay modos y maneras. Desde la publicidad por anuncios con que se deshonraban en otro tiempo los "médicos de urinarios", que eran las palabras con que se les designaba, hasta la comunicación inútil y llamativa leída en un congreso y reproducida en los periódicos, pagando su inserción, hay toda

29 *Slogan:* Palabra inglesa cuyo significado es análago a "grito de combate". — *(N. del T.).*

una gama de procedimientos. Y conviene señalar que muchos de éstos son anodinos e incluso lícitos, pero es la forma con que se trata de sacar partido de ellos la que desagrada y ofende a los defensores de la antigua dignidad profesional, a aquellos que encontraban inoportuno e impropio que un médico llamase la atención del transeúnte con una placa colocada a la puerta de su casa, a los que quisieran que la blusa profesional permaneciese tan limpia y tan pura como un manto de armiño.

Ved al joven médico al salir de la Facultad, helo aquí lanzado frente a la vida. Imaginad las primeras semanas—para muchos los primeros meses, los primeros años—de clientela: la sala de espera vacía en las horas de consulta, los días sin llamadas telefónicas, sin visitas, con los interminables ratos de ocio mal llenados por la lectura de revistas profesionales, por las últimas novelas, por el humo de los cigarrillos y por las palabras cruzadas—distracciones que no impiden calcular—, que con semejante régimen el pequeño peculio, la herencia paterna o el dinero prestado, desaparecerán pronto, y que privándose de lo superfluo y aun de lo necesario (cuando lo preciso no es muy aparente, cuando su privación no haga decir del joven médico sino que es un roñoso, o en las peores consecuencias, un muerto de hambre), racionándose como un pasajero de la balsa de la Medusa, no habrá más que para X días. ¿Y después? Después... ¡Dios dirá!...

Se dirá, sin duda, que esto constituye la excep-

ción, que muchos médicos jóvenes no hacen más que suceder a su padre o a un pariente, o toman en traspaso una clientela, que se marchan a provincias, a un pueblo, a las afueras, a las colonias o "a cualquier sitio donde haya una plaza vacante que coger". Ciertamente, y ¡ojalá fuera siempre así!; pero, ¿y los otros?, ¿y los restantes, que son innumerables también? Hace pocos meses aparecía todavía en *Le Temps* un artículo de carácter semioficial en donde los profesores de nuestras Facultades advertían a los padres y les animaban a disuadir de una carrera obstaculizada a los jóvenes no muy ricos y que no tengan una irresistible vocación. Pero estas sensatas voces, ¿quién las oye nunca? A la siguiente apertura de curso, el número de los nuevos matriculados en nada había disminuído.

Se encuentran gentes que acusan a los que advierten de ese despeñadero a la juventud, de querer reservar el acceso a los privilegiados. Absurdo propósito. Pero nunca se escucha a Cassandre (30); y el que quiera impedir a Gribouille arrojarse al agua no recibe en pago más que golpes.

Se dice también: ese joven médico sin clientela, que trabaje, que continúe sus estudios. Bien; pero ¿con qué dinero? Y quien así dice ignora que el

30 Jeorge CASSANDRE: Teólogo católico holandés nacido en el año 1515 en Brujas. Fué protegido por Francisco I; trabajó durante toda su vida para reconciliar la Iglesia romana y la protestante, sin obtener ningún resultado y malquistándose con unos y otros. Publicó varias obras que aparecieron en París y fué puesto en el *Indice*. — (N. del T.).

título de doctor marca precisamente el término de estos estudios, que quien quiere ir más lejos ha tenido que pasar antes por la criba del externado, después del internado, etc.

Y luego añaden: la Medicina no es la única profesión que pasa por un momento embarazoso y, además, carrera por carrera, tan difícil es ésta como otra cualquiera. Y ¡no!, ¡mil veces no! Esta no es precisamente una carrera como las demás. Quienquiera que la escoja, debe saber que por el mero hecho de aceptarla, ya se prohibe rigurosamente muchas cosas que en otras partes son permitidas pero aquí en Medicina deshonran al que las emplea, y consten que digo *deshonran* a propósito y pesando todo el sentido de la palabra.

Si no aceptáis semejante rigor, dedicaos a otra cosa: a vender telas, especias, muebles o tierras, a colocar vinos o aparatos eléctricos. Podréis gritar tan alto como queráis que vuestros vinos son los mejores de la tierra, vuestros muebles los más sólidos, vuestros aparatos los más perfeccionados y vuestros terrenos los mejor situados. Podréis cubrir París de carteles, inundar los periódicos de ingeniosos anuncios, hacer cantar vuestras alabanzas por veinte emisoras de radio a cualquier hora del día, ir a domicilio para acosar a los clientes y depositar centenares de cartas en las porterías. Pero, jóvenes médicos, tendréis que esperar días enteros al benévolo enfermo, al azar, a la suerte.

*
* *

Es una cosa singular que, bruscamente, el día en que termina sus estudios, el joven médico tenga que ejercer su arte en condiciones sociales y pecuniarias completamente opuestas a las de la práctica médica en el hospital. En un discurso magistral dirigido a los estudiantes de la *London School of Medicine* (y reproducido en el *Times* del 2 de Octubre de 1937), M. H.—L. Eason, rector de la Universidad de Londres, lo hacía observar juiciosamente: "Yo, les decía, me he sentido siempre más a mi gusto y más feliz, en mi servicio de hospital, que entre mi clientela privada, porque en el hospital no he tenido nunca la preocupación de hacer retribuir mis servicios. Ciertamente que todo trabajo merece su retribución, y el hombre que por sus conocimientos, por su saber y por su habilidad salva múltiples existencias y endulza el sufrimiento de sus semejantes, tiene perfecto derecho a obtener de ello un legítimo provecho. ¿Pero, en cuántos médicos la "fibra moral" se halla lo bastante sólida para resistir la tentación de enriquecerse?"

*
* *

El sacerdote vive del altar y el médico del producto que obtiene de sus consultas. Nada más justo y nada menos criticable. No se quiere decir aquí con esto que el ejercicio de la Medicina deba reservarse a jóvenes que posean una fortuna que les permita

el no reclamar honorarios, pero, sencillamente, es extraño que el Estado fabrique, como si el rendimiento de esta fabricación pudiera aumentarse sin cesar y sobrepasar hasta el doble, triple o cuadruple las necesidades de la sociedad. Y aquí es donde aparece brutalmente el carácter antidemocrático de este régimen que se dice tan favorable a los desheredados: sólo los hijos de familia con buenas rentas pueden esperar con toda tranquilidad a que vengan los clientes, mientras que los médicos jóvenes que salieron de familias pobres corren el riesgo de morir de hambre o de capitular con su conciencia. Si ahogaron primero un escrúpulo, terminarán después por ceder e irán a engrosar las filas de los que se dedican a prácticas deshonrosas, a la dicotomía, cuando no a tráficos más vergonzosos todavía, para conseguir así los medios de su existencia.

*
* *

Esta enfermedad mortal que roe la Medicina, ¿qué es en realidad sino el contagio de esa peste venida de América y que se ha extendido en el mundo entero? Yo no creo que haya otros muchos ejemplos de locura tan perniciosa. Han dicho: "Producid tanto como podáis, automóviles, calzado, fonógrafos o cinturones de goma. ¡Inundad los mercados!" Pero en este régimen llega un momento en que el número de pares de zapatos sobrepasa el nú-

mero de pies, y en que el número de automóviles es superior al número de familias, y entonces, automóviles y zapatos se amontonan en stock en los almacenes, los vendedores quiebran, las fábricas se ven obligadas a despedir una gran parte de su personal que, naturalmente, protesta, se irrita y se subleva.

Se ha logrado así crear un proletariado médico, lo cual no es por cierto un gran beneficio.

III — MÉDICOS RURALES Y MÉDICOS DE OTROS TIEMPOS. — BALZAC, PRECURSOR

La lectura de un libro como *El médico rural* (31) será pronto incomprensible para los jóvenes —a menos que éstos descubran con estupor un "tipo" como Benassis, mucho más lejos de ellos que un fósil—. Que Balzac haya idealizado a su personaje, que le haya poetizado, pase; pero todos los rasgos con que le ha adornado, los ha tomado de la vida real: no ha inventado nada, simplemente se ha limitado a observar. Y si infunde, naturalmente, a su personaje sus propios puntos de vista sobre la Medicina, estas opiniones reflejan, por otra parte, los autorizados conceptos que se tenían en aquellos tiempos, ¡tan lejanos ya de los nuestros!

¿Tan lejanos? No, puesto que tengo a la vista un librito encantador que lleva por título "*Mis primeros pasos en Medicina*" (32), y cuyo autor es Edouard

31 Esta obra del notable novelista francés Honorato DE BALZAC, es un retrato perfecto del médico rural, pues se dedicó a tomar este tipo del natural durante una temporada que vivió en Isle-Adam, en casa de su amigo De Villers. Verdadero creador de la novela psicológica y sentimental, nadie como él ha sabido dar idea de la sociedad francesa de su tiempo, tanto de la burguesa y provinciana *(Le père Goriot)* como de la parisiense aristocrática *(La peau d'âne* y *La fille d'Eve)*. Su estilo es de lo más atildado y correcto que posee la lengua francesa. — *(N. del T.)*.

32 Edouard GANCHE: *Mon debut dans la Medicine*. Denoël y Steele. París, 1936.

Ganche, al que sus trabajos sobre Frederic Chopin han hecho célebre. Así, pues, veo que en 1885 la vida de un médico rural en Bretaña, aunque muy diferente en detalle de la vida de Benassis en el Delfinado hacia el 1820, era también muy parecida: "De carácter silencioso y condición áspera, era brusco en sus modales, aunque sin voluntad en su vida doméstica. Fumaba y bebía mucho, era indiferente a las ganancias, y no tenía más que una cualidad sobresaliente: la de ser un excelente práctico con una aptitud especial para ejercer la Medicina y una notable seguridad en el diagnóstico. Su reputación de médico se extendió pronto más allá del contorno, y los enfermos venían a verle o le llamaban de treinta kilómetros a la redonda." Infatigable andarín, recorriendo los caminos con el bastón en la mano más a menudo que en su tílbury, el doctor Ganche se parece más al héroe de Claude Tillier (33) en *Mi tío Benjamín* —aunque no lleve ya espadín, ni casaca encarnada, ni medias de seda— que al médico rural moderno modelo 1930, el cual recorre el distrito en su coche de "conducción interior" y visita campesinos muy diferentes de las señoras y señoritas de las ciudades. Y su filosofía es también parecida a la irónica confianza de Benjamín en su

33 TILLIER: Novelista francés nacido en Clamecy en 1801 y muerto en Nevers en 1884. En su novela cómica de aldea *Mi tío Benjamín*, que es la más conocida de sus obras y se ha traducido a varias lenguas, describe la vida campesina en Francia inmediatamente antes de la Revolución, con un humorismo especial y muy agradable, aunque a veces excesivamente realista. — *(N. del T.)*.

destino: "Dios es bueno, querida hermana, y no nos dejará en la preocupación de reparar su obra más hermosa." Uno y otro—con ciento cincuenta años de separación—son del tiempo en que "los largos trayectos ocasionan muchas fatigas y no proporcionan a menudo ninguna compensación. Noches sin sueño, bruscos y precipitados despertares, era todo el seguro provecho que se obtenía de un oficio que apenas gozaba de comodidades: pues la existencia del médico pertenecía por completo a sus enfermos, y su familia le disputaba el resto de lo que le quedaba para sí. Su satisfacción estaba en el cumplimiento de sus tareas, una alegría austera moderada por algunos placeres epicúreos.

Así era, además, con algunas variantes, en todos los grados de la jerarquía médica: basta releer el retrato del doctor Lariviere en *Madame Bovary* —retrato tomado del natural y tan parecido—, que Flaubert no tuvo para llevarlo a cabo más que poner los ojos en su propio padre: "Pertenecía a la gran escuela quirúrgica nacida a la sombra del gran Bichat, a aquella generación de médicos prácticos y filósofos que, sintiendo por su arte un cariño fanático, lo ejercían con exaltación y perspicacia... Desdeñaba las cruces, los títulos y las academias, y era hospitalario, liberal y cariñoso con los pobres; practicaba la virtud sin creer en ella, y hubiese pasado por un santo si la sagacidad de su espíritu no le hiciera ser temido como un demonio; su mirada, más temida que un bisturí, adentrábase en el alma,

aniquilando todo a través de disculpas, timideces y mentiras. Y de este modo vivía, lleno de esa indulgente majestad que proporcionan la conciencia de un gran talento, la fortuna y cuarenta años de una existencia laboriosa e irreprochable."

Mutatis mutandis el retrato ha quedado tal, que se hubiera podido ver reflejados en él a los mejores representantes de las generaciones, "hechuras" de los profesores más ilustres de nuestras Facultades y de nuestros maestros de hospital .Esta elevada conciencia, este ideal puro, ese talento, esas existencias laboriosas e irreprochables, no han constituído nunca una excepción en la clase médica. En cuanto a las otras cualidades, con las que Flaubert adorna a su héroe, también son tradicionales en la profesión. Médicos y cirujanos llenos de bondadosa majestad que hubiesen pasado por santos si su espíritu no les hubiera hecho temer como a demonios, ¿cuántos no he conocido? Recuerdo las cenas dominicales en casa de Víctor Crespel, con Delaunay, con Váquez, y adonde con frecuencia acudían Auguste Reverdin y Massol, de Ginebra. Lucien Descaves—cuñado de Crespel—me había introducido en esta casa, y la acogida que se me dispensó, indigna de mi modesta persona, me enseñó que el más brillante talento puede ir acompañado de la bondad y sencillez más deliciosas, del más fino espíritu manifestado en las más alegres conversaciones de sobremesa. Y conozco hoy ilustres maestros que han alcanzado la cúspide en el ejercicio de su profesión,

y cirujanos y médicos cuya aparición ante sus enfermos es esperada o temida "como la de un dios" y que causan enorme emoción, que tienen igualmente el admirable don de saber manifestarse como hombres y saber cultivar la amistad.

*
* *

La personalidad del médico ha dado vida a gran número de personajes de novela, o por mejor decir, los novelistas que han tratado de dejar un cuadro fiel de su época, se han visto necesariamente obligados a dar un lugar principal en ellos a los médicos.

Sin ir muy lejos y recorriendo solamente la novela francesa, puede seguirse la evolución de la práctica médica en Francia; y sin duda podrá lograrse lo mismo en otros países. No es mi deseo emprender aquí semejante estudio, que me llevaría lejos del tema que tratamos. Me limito a citar esta nota—tan fina y tan acertada—del doctor Robert Cornilleau en una obra sobre *Balzac y la Medicina* (34): "Si se compara, por ejemplo, la precisión médica de los libros de un Georges Duhamel a la enredada madeja, en cierto modo prodigiosa pero en conjunto caótica, de los conocimientos de un Balzac, se comprende toda la diferencia que existe entre la cultura y experiencia de un médico y la pintura, aun-

34 Doctor Robert CORNILLEAU: *Balzac et la Medecine*. Le Goeland, 15 agosto 1937.

que sea muy realista de un aficionado. Balzac poseía cualidades de médico; en primer lugar, espíritu clínico, porque era un observador penetrante e intuitivo. Le faltaba una formación completa, una armazón sólida. Pero como no esbozamos nunca sino gestos incompletos, tal vez por ello este genio, a la vez literario y científico, que como el león de Milton se desarraiga del caos, se muestra así más hermoso."

Balzac, en todos los casos, ha expuesto muy bien el papel social de la Medicina; ha presentido el peligro que la evolución de las costumbres, con esa tendencia del estado moderno a absorberlo todo, haría correr a la Medicina. El "doctor en ciencias sociales" que fué Balzac (a él mismo le gustaba darse este título) vió en eso también claramente: es personalista, individualista, y el doctor Robert Cornilleau, en un artículo de *Novedades*, señalaba muy certeramente la analogía de las ideas de Balzac, sobre este punto, y de las conclusiones del doctor Pierre Delore, profesor de la Facultad de Lyon, en sus *Tendencias de la Medicina contemporánea* (35).

Si Balzac hubiera tenido la dicha de hallarla, hubiera firmado con gusto la hermosa definición de Georges Duhamel: "El acto médico, es, por esencia, un acto singular; es decir, un acto de hombre a hombre." Todo lo que tiende a hacer intervenir un tercero en este coloquio, debilita su virtud.

35 Doctor Robert CORNILLEAU: *La Medecine et les Lettres*. "Quelques livres sur l'Humanisme medical". — Nouveautés, abril, 1937.

IV — HACIA LA "ESTATIZACIÓN" DE LA MEDICINA; MÉDICOS DE LOS SUBURBIOS

El médico de los suburbios—afueras de París, afueras de las grandes ciudades, centros industriales o mineros—se parece en muchos rasgos al médico rural, pero como el ratón de la ciudad se parece al ratón de los campos. Un médico que les conoce bien ha publicado una "silueta" en la *Voz Médica* de Febrero de 1937, bajo la firma de Doctor Chambonas, trazando de este personaje un retrato de una sorprendente veracidad: "Es un papel ingrato el de médico de barriada o *de arrabales*, y no todos los que lo han adoptado lo han hecho por iguales motivos. Los hay modestos, que no se atreven a intentar su suerte en otra parte; los hay jóvenes, a quienes las necesidades de la vida no les ha permitido realizar grandes gastos en espera de una clientela problemática; están, también, los que han esperado una brillante colocación, que la mala suerte en sus oposiciones no les ha permitido alcanzar. Una vez embarcados en la misma galera, a pesar de su diversidad de origen, hay una cosa que los une: el trabajo. No hay ninguno más penoso, ni más duro que el de estos colegas, siempre en la brecha, sin ninguna posibilidad de separarse de allí: acumulando consultas, visitas, pisos..."

"Siempre a disposición de una clientela exigente

que no admite un retraso o una inexactitud, que habitualmente no tiene consideración alguna para con su médico, clientela educada en la escuela actual, escuela de derechos que exige la semana de cuarenta horas y se declara en huelga tan pronto como se le lleva la contraria, no admite que el médico que ha llevado todo el día doce o catorce horas de trabajo, pueda estar cansado a la noche y no acuda apenas ha sido llamado. La gratitud es un producto rarísimo del cual el médico de barriada no conoce su dulzura. A él no se le debe nada, simplemente se le paga: 25 francos."

"En esta escuela no es de extrañar que se vuelva a menudo un fino psicólogo; pero también bastante pesimista y falto de ilusiones. Sin llegar hasta la amargura y el disgusto de un Celine, cumple con su obligación y nada más."

"Su sensibilidad, sus rasgos de compasión, su generosidad se van embotando ante las decepciones que van acumulándose cada día. Los que (mucho más numerosos de lo que podría esperarse en este ambiente) siguen mirando con amor la Medicina y se preocupan de hacer bien un diagnóstico, de examinar completa y cuidadosamente al enfermo, sufren con esta precipitación, con el ejercicio de esta práctica sometida al cronómetro. No dejan pasar, sin embargo, el caso grave, el enfermo urgente, y a fuerza de estar siempre en guardia, al acecho, muchos adquieren un notable sentido clínico, una cierta experiencia, que suple ventajosamente la

falta de una erudición que sienten frecuentemente no poder perfeccionar más... No se ven muchos médicos viejos en las afueras. Después de unos quince años de ejercicio, se necesitaría ser de hierro para resistir en su puesto y, sin embargo, es preciso continuar viviendo."

¿Hacía mal en hablar anteriormente de proletariado médico?

Si son numerosos los médicos que en este ambiente conservan el amor a su profesión, aun cuando hayan perdido el amor al prójimo y reemplazado la caridad por la indiferencia cuando no por el desprecio, es también favorable que conserven al menos eso que les sostiene y que les salva. ¿Y quién tendría valor de censurarles, quién se atrevería a acusar ante los demás a los que no tienen ya nada, a los que no creen ya en su misión, a los que han sido tan colmados de amargura, tan desalentados, tan engañados, que la Medicina no es ya para ellos más que un oficio como otro cualquiera, un oficio ejercido por un obrero sin escrúpulos? ¿Quién se atrevería a reprocharles el haberse vuelto lo que son, cuando no han hecho más que transformarse lentamente bajo la influencia de un ambiente depresivo? El texto que he citado es a la vez un reproche y un alegato. Un reproche contra "la escuela de derechos sin deberes"; un alegato para los que son víctimas, a quienes hay que compadecer sin renunciar por eso a salvarles.

Esta dureza de existencia, estas jornadas de cator-

ce horas, las conoce también, ciertamente, el médico rural. Pero él tiene la alegría de vivir al aire libre, de recorrer, para ir de un enfermo a otro, los campos y los bosques, de recrearse en la naturaleza que apacigua, consuela y aconseja. El otro—el de suburbios—no tiene más horizonte que las paredes grises de los edificios industriales, las chimeneas de las centrales eléctricas, los solares, las habitaciones apiñadas, los zaquizamís. ¿Cómo ha de conservar este hombre fuerzas bastantes para preservarse y no convertirse en semejante de esos seres agriados que no tienen para él más que exigencias, desconfianza y dureza?

¿Y qué significa él para ellos? ¿Es que les proporciona consuelo, esperanzas de alivio, o aparece como hermano bienhechor? No. Es un funcionario, un asalariado del Estado, como el empleado de correos que tras su ventanilla vende los sellos y abona los giros, como el recaudador. Es el agente de los Seguros sociales, el empleado de los Seguros contra los accidentes del trabajo, es el hombre al que es preciso engañar, "estafar"; pues, donde debería reinar la confianza se introduce ahora la indiferencia o el odio.

*
* *

No tengo que hacer para demostrarlo mejor, más que continuar la cita hecha anteriormente: "Estos colegas—los médicos de barriada—mejor que otros cualesquiera pueden informar sobre el funcionamiento de lo que se anuncia: A. S., A. M. G. (traduzco: seguros de Asistencia Social, Asistencia Médica Gratuita), que constituyen gran parte de su clientela, puesto que reciben tantos bonos como honorarios directamente pagados por los enfermos. Por lo que se refiere a los accidentes del trabajo, que son siempre una desgracia, la terapéutica tiene en cuenta, más que las necesidades del enfermo, las tarifas de las organizaciones de control. Y estas condiciones en que desarrollan el trabajo les llevan a comportarse como funcionarios; pero, cuando cansados, agotados o enfermos, quieran llevar su tienda a plantarla en otro sitio, no podrán gozar como verdaderos funcionarios del bien ganado reposo, no deberán contar para su jubilación más que consigo mismos, con las economías que hayan podido realizar. Muy raros son los que pueden conocer una vejez confortable".

"Todavía más que cualquier otro, tienen que disputar su clientela a los hospitales y a los dispensarios que se abren cada día y que adquieren en torno suyo una extensión cada vez mayor. Y también a los extranjeros (rumanos, polacos y demás refugiados anti-hitlerianos) a los cuales se dispensa generosamente la nacionalidad francesa y que encuentran allí un terreno privilegiado para su actuación. Y es que desgraciadamente, en los arrabales, el médico no debe sólo su clientela a su valía, sino que, frecuentemente, se la proporciona la proximidad de su gabinete de consulta, su exactitud, la autoridad

que sabe adquirir sobre sus enfermos, ya sea por su acusada personalidad, o bien, desgraciadamente, por su atractivo... eslavo, o por su talento comercial... que pudiéramos decir anti-hitleriano" (36).

*
* *

A hacer del médico un funcionario, es a lo que se aplican todos, tanto como les es posible. Queda por averiguar quién ganará algo con esta profunda transformación de nuestras costumbres. El enfermo no, desde luego, la dignidad del médico tampoco, a buen seguro.

¿El enfermo? Este se va volviendo anónimo y la medicina humana se transforma así en medicina veterinaria. Admitiendo—lo cual está lejos de ser demostrado—que los cuidados prestados sean tan eficaces después de estas transformaciones sociales como antes, las relaciones del enfermo y del médico se encuentran tan completamente modificadas, que la acción moral, humana, de este último desapare-

36 Esta preocupación manifestada ya en aquella fecha (1937) sobre el aumento creciente del número de médicos extranjeros naturalizados en Francia, que creaban un serio problema profesional, no dejaba de estar justificada, pues como se verá por las líneas de uno de los números del *Medecin de France* (página 432, París, 1938), que transcribimos a continuación, la perspectiva no tenía nada de halagüeña. Decía así: "El ritmo de la naturalización de doctores en Medicina de origen extranjero se ha acelerado en 1937 en la proporción de más del 80 por 100 por comparación con el año 1936, y en cerca de 500 por 100 por comparación con el año 1935." — *(N. del T.)*.

ce. Todo funciona como los engranajes de una máquina. Se objetará que lo mismo sucede en el hospital, pero eso es absolutamente falso: las relaciones entre médico y enfermo en una sala de hospital son exactamente las mismas que las del médico y de los clientes que pagan. No hace falta que transcurran veinticuatro horas, para que entre los enfermos hospitalizados y el personal médico del servicio se establezcan esas relaciones de simpatía que crean la confianza y constituyen un precioso auxiliar del tratamiento.

Hay en la cita leída anteriormente una palabra terrible, la de *desconfianza;* es algo terrible, en efecto, que esta clientela de asistidos y asegurados no guarde ninguna consideración al médico que le asiste. Exigen lo que se les debe—se tiene derecho solamente a la asistencia—, o algo más si se puede, y sienten ciertamente, no tener medios de represalias contra el médico cuando no obtienen de él lo que quieren, medicamentos o certificados de complacencia, exactamente igual a como lo harían contra su patrono. ¿Pero no se los proporciona ya la política? Y esto puede conducir a una guerra hipócrita y latente entre los enfermos y los médicos—sucede algo así como en esa situación tan explotadas en los sainetes y zarzuelitas militares, donde los enfermos, sospechosos todos de querer engañar, son reconocidos por médicos militares, que en la duda y por precaución, hacen administrar a estos "perezosos intrigantes" sulfato de sosa e ipeca—. Lo peor es, que

esta absurda concepción del ejercicio de la medicina, ha embotado pronto la conciencia profesional, y así ha podido verse a muchos médicos practicando de una manera desvergonzada el enganche; así es como varios procesos escandalosos han revelado que algunas oficinas donde se atendían las víctimas de accidentes del trabajo, mantenían ojeadores, pagaban una cierta prima a los heridos, les reembolsaban ampliamente de los gastos de desplazamiento y sabían ponerse perfectamente a cubierto de estas cargas complementarias mediante una sabia interpretación de la "tarifa Dubief" (37). Lo más grave de estos resbalones ha sido el hundimiento de la conciencia médica.

* * *

Hubo en Austria, país donde la "estatización" de la medicina es más amenazadora que en ningún otro, una huelga de médicos resueltos a defenderse por ese medio extremado, de las pretensiones del Estado a regentar su profesión. Se ha visto también en Francia, hace poco—el suceso ocurrió en julio de 1937—, declararse en huelga a los médicos del departamento de Seine-Oise, no negándose a atender a los enfermos—pues todavía no hemos llegado a eso—, sino negándose enérgicamente a suscribir los cuestionarios impresos que la Administración pública les obligaba a llenar para los Seguros sociales. Y los que con demasiada facilidad comparan el papel del médico de Seguros sociales, con el papel del médico de hospital, olvidan que en el hospital el médico no llena ninguna función administrativa, no redacta más que sus prescripciones terapéuticas y quedan libre de toda "formalidad" respecto a la Administración, mientras que por el contrario el médico que atiende enfermos de Seguros sociales, pasa el tiempo llenando escritos de control destinados a la Administración. De ahí la huelga de Seine-Oise, huelga dirigida una vez más contra los papeluchos y no contra los enfermos.

El doctor Guerin, en 1929, se ocupó brillantemente en su tesis de doctorado—que le valió la felicitación del tribunal—sobre este asunto: *El Estado contra el médico.* Y es que la clase médica no parece todavía, al menos en Francia, dispuesta a dejarse devorar por ese ogro que es el Estado.

37 Luis DUBIEF: Ministro del Gabinete francés en 1861-63 y autor de algunas reformas administrativas. — *(N. del T.).*

V — MEDICINA EN EQUIPO

Eso no quiere decir que todo fuese en otro tiempo mejor y se viviese en el mejor de los mundos, y que por el contrario hoy todo ande trastornado y en un mundo al revés. En un curioso libro que lleva por título: *Hacia una medicina humana* (38), el doctor A. Vincent, después de haber expuesto los defectos de la organización individualista actual, después de haber mostrado al médico joven, desamparado, abandonado a sus propios medios, expuesto a las faltas de compañerismo, no encontrando casi siempre a su lado más que enemigos que acechen el fracaso terapéutico que arruine su reputación, el error de diagnóstico que le desacredite; considera, que el código deontológico que es el encargado de regular las relaciones entre los médicos "no es más que un conjunto de reglas de juego aplicadas al canibalismo", que está hecho para darle la vuelta y al que lo viola abiertamente no es posible, por otra parte, imponerle ninguna sanción real y por lo menos tiene el mérito de la franqueza. Y quisiera que en vez de una competencia comercial, hubiera entre los médicos una ayuda fraternal, una colaboración diaria, un trabajo en equipo, en donde cada uno se

38 A. VINCENT: *Vers une medecine humaine*. París, Fernand Aubier. Editions Montaigne (Collection "Esprit"), 1937.

beneficiase de la experiencia de todos y compartiese con ellos el fruto de su trabajo personal.

Pero aquí aparece la dificultad: todo el mundo está al presente de acuerdo para señalar el mal. Esta unanimidad de opiniones, mientras se trata del diagnóstico y aun de la etiología, del mal que sufre el cuerpo médico, es maravillosa. La dificultad comienza, como siempre, cuando se discute el tratamiento.

La solución que propone el doctor Vincent es una especie de organización de la medicina en servicio sanitario social. No es absolutamente la "estatización" pero es algo muy parecido, y se pueden hacer a esto, muchas de las objeciones morales y de orden práctico que decíamos antes. El doctor Vincent, no trata de eludir estas críticas, pues reconoce que "el gran escollo de la medicina reglamentada, es la limitación de la libre elección del médico por el enfermo, limitación que lleva inevitablemente consigo". Antes de contestar a esta objeción, señala que "sólo los enfermos ricos, que viven en una gran ciudad pudiendo satisfacer sus caprichos, pueden escoger en *absoluto* (subrayo esta palabra y ya diré luego por qué) a su médico". Para los demás enfermos, la elección se reduce a los médicos cuyas tarifas les son accesibles. Prácticamente, la libre elección se hace entre tres o cuatro médicos y con frecuencia entre menos. En el campo, es a veces un solo médico el que atiende a los enfermos de varios pueblos. Finalmente, los progresos de la medicina, necesitan la intervención frecuente del especialista, y allí la elección no existe, o más bien se trata de la

no prestarse a una generalización, a una asimilación absoluta y más que discutible de la medicina tradicional a un servicio público. Y es en la confusión de dos funciones distintas, donde está la base del conflicto."

Y en efecto: servicio social, servicio público, organización médica de la sociedad, higiene, socorros de urgencia, peritajes, etc., pertenece a una de ellas, en tanto que queda como medicina personal, todo aquello que se refiere al enfermo "en su totalidad de ser humano y particularmente bajo el aspecto de su persona". La función del médico de sociedad, se refiere por el contrario, "al individuo como elemento de la colectividad". "Muy a menudo, también, el médico acumula las dos funciones y se esfuerza siempre a expensas de una de las dos en conciliar lo inconciliable. Es en estos problemas insolubles donde encontraremos la causa del hundimiento de los principios de la medicina personal. Es un esfuerzo de adaptación imposible el que hace someter el rigor de la libre elección, el del secreto médico y el de la independencia indispensable del enfermo y del médico. El sentido de responsabilidad se embota necesariamente en esta confusión, y las consecuencias de todas estas negaciones parciales pueden legítimamente conmover a los testigos, provocar reacciones que van más allá del asunto, y no tener en cuenta necesidades sociales perfectamente legítimas".

Simple episodio en suma, del conflicto que pone frente a frente al individuo y la sociedad, pero en este caso, particularmente emocionante y particularmente grave.

VI — LA DICOTOMÍA. RESPONSABILIDAD MÉDICA

La palabra griega *dicotomía,* formada del adverbio *dico,* en dos partes, y de *tomé,* corte, división, fué primeramente empleada en ciencia para indicar la división de un cuerpo o de un órgano en dos partes iguales. En astronomía, se aplica a la luna en primera y última fase; en botánica y en zoología el empleo es bastante frecuente. Abrir el Larousse (40) y encontraréis además esta definición: "Por analogía, y en sentido figurado, se entiende en lenguaje médico, el reparto de honorarios, consentido por el médico llamado en consulta o por el cirujano que opera, con el colega que ha proporcionado el cliente". El léxico consagra el uso registrando las palabras. ¿Es, pues, ya una costumbre, la dicotomía en la profesión médica?

En un informe a la Sociedad de las Naciones, escribe Tandler: "La humillación moral de la profesión médica es tanto más rápida, cuanto mayores son las necesidades de dinero en el médico. Existe una contradicción entre el ideal científico y humanitario, y las condiciones de vida que precipitan la medicina en el comercio... La profesión médica no

40 Larousse (Pedro Atanasio): Gramático, literato y enciclopedista. Autor de la mejor enciclopedia francesa publicada hasta hoy. — *(N. del T.).*

es ya liberal más que en apariencia, la medicina vive de la enfermedad, lo cual es un absurdo; y es de estos desacuerdos de donde ha nacido la miseria moral y material de la clase médica" (41). El mal es grande y se va extendiendo. Sin embargo no debemos generalizar, llevando la sospecha a toda la clase médica, porque la inmoralidad de algunos médicos no implica la de todos los demás, como de la indignidad de algunos sacerdotes no puede inferirse nada contra la religión. No es, pues, un argumento, pero el doctor Okinczyc tiene razón al decir que esta humillación de la moralidad se encuentra patente en todos los dominios de la actividad humana. Sería preciso que los médicos fuesen hombres excepcionales, para que la clase médica entera evitase el contagio. Pero no más que a los males físicos, escapa a las miserias morales que asolan su tiempo, pues no vive aislado, sino en el siglo.

No es solamente en Francia, sino en el mundo entero, donde reina este mal. En el discurso que citaba en páginas anteriores, el profesor H.-L. Eason, rector de la Universidad de Londres, atestiguaba que en Inglaterra "una minoría de médicos desprovista de todo principio moral ha logrado atraer el descrédito sobre la profesión y ha llevado al público a creer que su actuación se inspiraba en el código ordinario del honor seguido entre los médicos *(led the public to think that they represented the common*

41 TANDLER: *Rapport a la Société des Nations*, Genève, 1933. Consúltese también a OKINCZYC: loc. cit., págs. 83-84.

code of honour among them all). Una novela reciente "de la cual se han vendido más de cien mil ejemplares, presenta en escena a un grupo de médicos sin escrúpulo prostituyendo la ciencia y el arte de la medicina *(the author disclosed to the public how the science and art of medicine might be prostituted for gain)*". Porque así sucede en todo el mundo: se pasan en silencio las más meritorias acciones, pero se detienen complacientemente ante las debilidades.

Sin embargo no debemos cerrar los ojos y creer que negarse a ver el mal es suprimirlo: "La práctica de la dicotomía, escribe el doctor Vincent, desborda la corrupción de la clase médica; personifica la corrupción de toda una sociedad postrada ante su dios: el dinero". Desgraciadamente es muy cierto, aunque haya entre estos arrodillados, muchos hombres orgullosamente en pie y de ellos una buena porción que son médicos. Pero el hecho no es por ello menos exacto: la dicotomía es una plaga. Es una operación comercial, "un descuento", y además una operación indecorosa y ruin. Por eso han tratado de disculparla de una manera bastante hipócrita: el médico que dirige al cirujano, al radiólogo, o al especialista, un enfermo, *asiste* a la operación, a la consulta. La dicotomía, es entonces su participación de honorarios, a título de asistente.

Pero tras esta dicotomía "honrada" existen todos los grados, que van descendiendo muy deprisa, todas las modalidades de un "compadrazgo" y todas las

bases posibles de complicidad. Tienen antiguos orígenes: en 1752 Gilibert, de Montpellier, escribía: "Aunque se apercibiese pronto de que la enfermedad no exigía cuidados asiduos, como el enfermo estuviese en condiciones de pagarlas, el médico multiplicaba sus visitas no basándose en su utilidad, sino en la fortuna del desgraciado. Podría darle remedios sencillos y de poco coste, e incluso a menudo, los juzgará más eficaces; podría evitarle operaciones; pero se guarda bien de cometer semejante falta. La ávida raza de los cirujanos y de los farmacéuticos lo perderían para siempre; para complacerles, está obligado a cerrar sus oídos a las quejas de sus víctimas... Un verdadero monopolio reina así entre los cómplices, unen sus fuerzas para despojar a los desgraciados enfermos, y después de haberles atormentado bien, se reparten su presa riéndose de su credulidad... ¿Quieren atraerse una casa? Pues se soborna a los criados mediante buenas propinas..." Y en 1930, el profesor Mauriac, comprueba que esas mismas taras se extienden sin escandalizar siquiera a la masa indiferente, y añade (42): "Aún más, ciertas almas rectas ya no tratan de combatir y sufren sin defensa el contagio; lo más grave, es la abdicación, el renunciamiento de numerosas conciencias sumamente escrupulosas para sí mismas pero que buscan y encuentran excusas para las indelicadezas de los demás; por más que hagan su testimonio es

42 Citado por VINCENT, loc. cit., pág. 28.

un estímulo y levanta los escrúpulos de los que todavía se ven atormentados por ellos" (43).

Ciertamente, hay siempre ovejas descarriadas y buscando se encontrarán más de cien testimonios antiguos en la historia; ya Hipócrates, en el *Juramento*, parece prever estas faltas de decoro. Así es en verdad; pero los progresos de la medicina multiplicando las especialidades, haciendo más audaz la cirugía y sus intervenciones más frecuentes en la práctica ordinaria, han multiplicado las tentaciones. Nadie se atreverá a negar cuántas culpables com-

43 La *dicotomía*, plaga de la que hasta hace relativamente pocos años nos habíamos visto libres en España, donde el buen sentido, la firme actitud y la formación moral tradicional de la mayoría de los médicos impedían su desarrollo, se ha difundido mucho últimamente, sobre todo en determinadas regiones, donde se van notando grietas y resquebrajamientos en el terreno antes sólido y firme que mantenía al médico en su misión.

Se ejerce la profesión para tener con ella un medio de ganarse la vida; pero no es correcto, ni decoroso, ni moral percibir un dinero por unos servicios falsos que no se han prestado. El enfermo no es un objeto explotable; es un ser humano, al que debemos todo el respeto y toda la consideración, por hombre y por enfermo; resulta por tanto una expoliación escandalosa la codicia de aquellos que quieren satisfacerla a costa de aquel que lealmente puso su vida y su salud en nuestras manos.

Por tanto, la dicotomía, o sea la participación de los honorarios hecha a espaldas del cliente por cirujanos, especialistas, consultores, etc., al médico que les ha proporcionado el cliente, está rigurosamente prohibida por las normas deontológicas, es indigna del honor médico y es peligrosa, tanto por parte del que la da como del que la recibe.

Resulta además una práctica eminentemente condenable, pues contribuye en gran escala — ya que la creen infinitamente más generalizada de lo que en realidad está — a disminuir a los ojos del cliente el prestigio moral del médico y a persuadirlos de que entre el acto médico y un contrato comercial no existe diferencia alguna que pueda separarlos. — *(N. del T.)*.

plicidades han hecho caer bajo el bisturí muchos apéndices sanos. El resultado, después de algunos estrepitosos escándalos, aumentados por la prensa, ha sido crear en el público un estado de desconfianza, del cual sufre las consecuencias la medicina honradamente ejercida.

*
* *

Y "hacerse el fresco" no es solamente una imagen. Es un episodio de esta guerra entre enfermos y médicos de la cual ya se han señalado cuáles son los estragos: el enfermo ha llegado a sospechar el fraude o la falta profesional cada vez que cree tener que quejarse de la medicina o de un médico, cada vez que está descontento de una prescripción, cada vez que el resultado de una operación—sin la cual quizás estaría ya muerto—no es el que había previsto. Cree tener derecho al milagro y cuando éste no se produce, considera que le han robado su dinero y demanda al médico o al cirujano ante los tribunales. Y he aquí las reflexiones que estas nuevas costumbres sugieren a uno de los más eminentes maestros de la cirugía francesa, al profesor Jean-Louis Faure: "Antiguamente cuando nos inclinábamos ante un moribundo preguntándonos con angustia lo que deberíamos hacer para su salvación, no encontrábamos ante nosotros sino responsabilidades morales y no escuchábamos más voz que la que surgía del fondo de nuestro propio ser. Con la

decadencia que parece marchar a la par con el esplendor de prodigios científicos que nos confunden, con la relajación moral a que asistimos, impotentes y consternados, vemos alzarse ante nosotros, la amenaza de las responsabilidades materiales. Porque las diligencias judiciales contra los cirujanos después del fracaso de una operación, van haciéndose cada vez más frecuentes. ¡Aún más! Alcanzan incluso a hombres que han salvado manifiestamente la vida de aquellos que les demandaban y que encontraban magistrados capaces de darles la razón. Lo digo porque lo sé. Se necesitaría todo un libro para dar a conocer a quienes los ignoran estos procesos extravagantes, y algunas veces, desgraciadamente, estos juicios merecerían una calificación más severa. No pretendo de ningún modo, que el cirujano en el ejercicio de su profesión deba estar por encima de las leyes. Puede, en ciertos raros casos, cometer faltas enormes que comprometen su responsabilidad material. Pero lo que digo, una vez más, porque lo sé y porque lo he visto, es que la mayoría de las diligencias instruídas y también algunas condenas inicuas, pero irrevocables, que han tenido lugar en estos últimos años, se han dictado sin que se hubiese cometido ninguna falta, porque no podría haber falta más que en el caso de que la previsión fuera posible, y hay en todo acto quirúrgico, tanto en la decisión, como en el resultado, un elemento de incertidumbre que debe descartar toda posibilidad de sanciones. O entonces, ¡todos los que somos ciruja-

nos tendremos que renunciar a la cirugía y cruzarnos de brazos! E imagino que no tardarían mucho tiempo en echarnos en falta" (44).

Pero de estas costumbres modernas, de este estado de desconfianza, de estos juicios, ¿cuál es el resorte que los mueve? La sospecha en que se tiene a médicos y cirujanos, considerándolos como gitanos de feria. No se piensa en lo que demuestra tan elocuentemente el profesor Jean-Louis Faure, en la angustia del cirujano, que en los casos difíciles tiene en su manos la vida y la muerte del operado. No se piense que las operaciones "fructuosas" para los dictomistas son precisamente las menos peligrosas, ni las menos útiles, y que el colmo de este asunto sería también el simular una intervención.

---

44 Profesor Jean-Louis FAURE: *Savoir operer* (Collection "Les Savoirs du Temps present"). Albin Michel, 1937.

MÉDICO, FAMILIA, INDIVIDUO

I — EL SECRETO MÉDICO

En lo que se refiere a la curación de los enfermos, ordenaré el régimen y estableceré los remedios de la manera que les sean más provechosos, según mis facultades y mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. No accederé bajo ninguna amenaza, ni me dejaré seducir por ningún ruego encaminado a la administración de venenos, ni induciré a nadie a sugestiones de tal especie. No practicaré ninguna maniobra para impedir la concepción o provocar el aborto... No entraré en las casas más que para el bien de los enfermos; no cometeré faltas injuriosas o acciones corruptoras. Evitaré toda seducción y contacto lascivo al atender a mujeres y jóvenes, tanto libres como esclavos. Guardaré el más absoluto silencio sobre todo lo que haya visto u oído, ya sea durante la curación o bien en la vida corriente, y el secreto de las familias será mi secreto"...

Se puede leer este texto del *Juramento*, releerlo y meditarlo. Sirve hoy, como servía hace dos mil cuatrocientos años y dentro de otros dos mil años más seguirá siendo todavía la ley para el médico; ley en la cual ningún artículo puede ser violado

sin que el culpable incurra no solamente en las penas que señalan de ordinario los códigos de la justicia humana, sino también en un castigo más grave y que no conoce amnistía alguna: el remordimiento.

Y, sin embargo, se ha querido volver a dar actualidad a uno de los puntos esenciales del juramento: al que se refiere al secreto. Puesto que, ¿no se ha intentado ya mediante argumentos especiosos hacer ceder su inflexible rigor?

¿Inflexible? Desde luego, puesto que no puede haber excepciones, ni aun en el caso en que el interés de la colectividad parezca oponerse al interés del enfermo. El secreto no es relativo; es absoluto. El artículo 378 del Código penal castiga su falta con prisión de uno a seis meses y una multa de cien a quinientos francos. La ley del 30 de noviembre de 1892 sobre la declaración de enfermedades epidémicas no exceptúa a los médicos, a los inspectores de sanidad, ni a las comadronas de la obligación del secreto, sino en la medida necesaria a los comunicados que éstos deben dirigir a las autoridades públicas. Y nada más, porque estos comunicados, confidenciales por su naturaleza, conservan este mismo carácter cuando han llegado a manos de los agentes de la autoridad o de los auxiliares y confidentes necesarios a estos representantes. Finalmente, la existencia del delito de violación del secreto profesional no está ni siquiera subordinada

a la condición de mala fe o al intento de perjudicar (45).

No hay, además, un solo médico que ponga en duda este carácter de "sagrado depósito" que es el del secreto médico. Todos los que han tratado de él están de acuerdo. Citaré este elocuente comentario hecho por Georges Duhamel: "He dicho, y lo repito otra vez más, que no obstante las complicaciones causadas por la "inter-psicología", es decir, por la influencia de los familiares del enfermo, el coloquio, la relación entre médico y enfermo, es esencialmente un acto singular, un verdadero diálogo entre el ser que sufre y aquél de quien espera el alivio. Entre estos dos personajes existe casi siempre un secreto, al que se denomina muy justamente secreto profesional. Aun cuando la enfermedad sea conocida de todos, confesada y hasta comentada públicamente por la prensa, existe el secreto entre el enfermo y el médico. Por ejemplo, los periódicos pueden anunciar que el señor X..., ministro en ejer-

45 La ley natural impone al médico la obligación de guardar secreto sobre lo que ha conocido por razón de su profesión y pueda causar al cliente o a su familia perjuicio o desagrado racional.

El secreto médico no es absoluto, pues hay causas que lo excusan; por ejemplo: cuando el bien común exija su revelación para evitar un daño grave y siempre que ésta sea el único medio (caso de un maquinista de tren epiléptico, etc.). Y en los casos en que la ley lo dispone (declaración de nacimiento, de defunción, de epidemias, de enfermedades infecciosas, ante los Tribunales, etc.). Consúltese sobre esto: ALONSO MUÑOYERRO: *Deontología médica*, Madrid, y doctor BROUARDEL: *La responsabilité medicale* y *Le secret médical*, París. — *(N. del T.)*.

cicio, padece una pulmonía, sus partes de salud podrán ser salmodiados cada noche por los locutores de "radio"; a pesar de eso, seguirán secretas mil y mil cosas entre el ilustre enfermo y su médico. Y no me refiero a los detalles físicos, al hecho por ejemplo de que el ministro tenga un lipoma o una cicatriz de úlcera varicosa. No; me refiero a esos mil detalles descubiertos por el médico en el orden moral, y que le han revelado, por ejemplo, que el enfermo es pusilánime o supersticioso, que teme a su mujer, que está enojado con su hijo mayor, que hace política anticlerical, pero recibe clandestinamente las visitas de un sacerdote. En fin, a esos mil detalles íntimos que un médico no puede por menos de percibir para comprenderlo todo y salvar lo que sea posible." El doctor Vincent dice también: "La enfermedad obliga al enfermo a descubrirse física y moralmente ante su médico. Sus imperfecciones físicas, a veces su misma indignidad, se ponen al desnudo ante el médico al que confía su vida. Es este depósito personal e íntimo, mediante el cual el médico llega al conocimiento del ser, el que constituye para él el verdadero secreto profesional. Y este secreto, sea el que fuere el régimen político, sean las que fueren las leyes, quedará como sagrado depósito del enfermo a su médico o a su enfermera."

Y el doctor Okinczyc, añade: "Partidario, después de maduras reflexiones, del carácter absoluto del secreto médico, pensamos que es indispensable

asegurar al enfermo presente y futuro, el secreto absoluto sin consideración, aun legítima, al interés colectivo o social, para que la medicina alcance normalmente su fin, cuya condición *sine qua non* para el ejercicio, es estar exacta y libremente informada para aliviar o curar... La ley del número no puede atropellar la ley de uno solo, si se trata de elementos semejantes. Los derechos de las colectividades, que no son sino aglomeraciones de individuos, pueden tener prioridad sobre los derechos de *un* individuo, pero lo que no pueden superar en ningún caso son los derechos de *una* persona, cuya calidad está ya en otro plano. El enfermo, que reune sobre sí los atributos del individuo y la persona, tiene, pues, derecho a los privilegios imprescriptibles a su calidad de persona." Se podrían multiplicar las citas tomadas de autores cuyas ideas y opiniones no tengan absolutamente nada de común en otros aspectos: en éste se les encontrará unánimes.

El doctor Okinczyc señala también que "el silencio del médico frente a un tercero no implica indiferencia ni complicidad. Este por sus consejos, por su autoridad, debe despertar la conciencia del enfermo y manifestarle cuál es (si es que no tiene sentido del mismo) su deber social". Pero no corresponde nunca al médico sustituir al mismo enfermo; todo lo que el médico puede hacer, si su conciencia se lo ordena, es, "sin traicionar el secreto del cual es depositario, negarse a toda complicidad, rechazándola discretamente; rescindiendo el compromiso

que le liga a su paciente, se retirará, dejándole solo en presencia de sus responsabilidades. Entramos así en una de las raras circunstancias en que el médico puede rehusar legítimamente sus cuidados, pero no traicionar el secreto profesional".

*
* *

Si estas cuestiones que hubieran parecido en otro tiempo como dogmas indiscutibles, se encuentran hoy fácilmente discutidas, es debido a que la evolución de la medicina hacia el "funcionarismo" ha modificado su aspecto. Pero las costumbres mismas han evolucionado, tanto las del enfermo como las del médico; la noción de los derechos y deberes recíprocos se ha ampliado, y ya dijimos—a propósito del ejercicio de la medicina en las barriadas y suburbios—que la ingratitud, las exigencias y la desconfianza del cliente hacia su médico han reemplazado muy a menudo a la señalada consideración que se le daba antiguamente. Pagan; luego nada le deben. Todavía más, es el médico, encima, el que está obligado al cliente y así se lo hacen ver.

II — LA MEDICINA, LAS MUJERES Y LA MODA

Se va hoy de un médico a otro con la misma facilidad "con que se cambia de camisa", sin más preocupaciones. Antiguamente eran solamente los maníacos los que se *cansaban* de su médico, después de algunas visitas o consultas; estando enfermos sólo en la imaginación, creían ver al cabo de poco tiempo que el médico no tenía una terapéutica eficaz para curarles. Iban así de consulta en consulta, hasta que encontraban alguno más astuto, un charlatán generalmente, que se aprovechaba de ellos explotando su manía. Hoy, las gentes se instruyen por los periódicos o por la radio. Y desgraciado del médico que les contradiga, pues no volverán por su consulta, le llevarán en lenguas y le tendrán por un asno. Le dejarán y dirán a su costa palabras sin sentido: "No ha sabido encontrar nada en mí. ¡Es un ignorante!"

Es un placer oír "hablar de medicina" a nuestros contemporáneos. Las mujeres que, naturalmente, son todas enfermeras, saben mucho más que si fueran doctores. Para ellas — ¿cómo extrañarlo? — la medicina, que ya es muy a menudo para los mismos médicos un asunto de moda, se convierte en algo semejante a los vestidos o a la cuestión de los sombreros. Y tan pronto como una se queja, añade otra: "Es exactamente lo mismo que me ocurría a

mí, pero yo he estado mucho peor. Figúrese usted que nadie comprendía nada, y que fué Z... quien me dijo: "Pero, querida señora, "¡todo eso es del hígado!" ¡Y pensar que me estaban tratando como si tuviese una enteritis!" Pero se da el caso de que ninguna quiere confesar que ha estado menos enferma que su vecina. Esta es una cuestión de honrilla, una cuestión de vanidad. Si de "lejos" viene Mónica, Ginette viene todavía de mucho más allá. Y los procedimientos que han seguido para su curación sorprenden a cualquier médico que escuche sus relatos.

Lo mismo que dicen que "para lo suave y gracioso" Mauvin no tiene igual; que "para el estricto traje sastre" no hay como Moulinet, y que "para los abrigos" es a Lucien Lelarge a quien debe acudirse, os dirán en tono perentorio que para los hepáticos no hay como el profesor X y que a él y no a otro es a quien debe consultarse; que en el laberinto de las insuficiencias glandulares sólo es capaz de acertar el doctor Z...; y os hablarán de hormonas, de vitaminas A, B, C y D. Tienen remedios para todo, y consejos para cada uno, y en tal número, que parecen no tener otro pasatiempo que hacerles la competencia a estos médicos, de los cuales afirman, sin embargo, que no podrían vivir sin estar confiadas a sus manos. Se pregunta uno, viéndolas tan vivarachas y frágiles, cómo puede su organismo resistir a tantos cuidados, porque desde luego cada una ha experimentado en sí misma los efectos de

los tratamientos que predican, y recibido los cuidados de los veinte médicos cuyos nombres han citado.

Y no vacilan un momento. Saben dirigirse directamente a "donde es preciso ir" para curarse—lo mismo que cuando van a comprar guantes o pieles a las mejores casas—. Tratan a la medicina como a todas las cosas, según las reglas de su snobismo; reglas imprecisas, fugaces, movibles, pero muy severas. Leyes que cambian y cuyo capricho obedece por tanto a alguna potencia misteriosa cuyos decretos no tienen apelación. Y lo mismo que han llevado miriñaques, crinolinas, faldas cortas y vestidos largos, igual que se ha llevado el talle hasta el pecho o se le ha descendido hasta las caderas, han hecho con las enfermedades, y así han tenido mareos, jaquecas, languidez, han sido enfermas de pecho en 1830 y colibacilares en 1930; han ido a sitios de altura y hecho helioterapia, se han bañado en toda clase de aguas y han seguido todos los regímenes. Y el verdadero, el gran milagro de la medicina es que al final de todo eso estén aún vivas, y que estos arreglos y curas les dejen todavía bastante salud para permitirles llevar una vida absurda, y el juicio bastante para no desatinar más que hasta el límite preciso para que no pueda notarse.

*
* *

La moda... ¿Sobre qué arca de Noé adquieren pasaje las parejas, las semillas y los modelos desti-

nados a reproducir en el momento en que el capricho de la diosa lo desee, esos seres y esas cosas que desaparecen, llevados por un diluvio, y vuelven tendidos sobre un arco iris extendido sobre el monte Ararat de la frivolidad — perros de aguas, fox-terrier o pelo-duros, manguitos, velos y cultivos microbianos?

*
* *

Que el médico sea cómplice de estas locuras, es muy cierto, pero es humano e incluso favorable.

Primeramente, se necesitaría mucho heroísmo para hacer de cínico en su propia clientela, para decir cara a cara verdades, que aunque buenas para expresarlas, no tendría seguramente ocasión de repetirlas. Dar un diagnóstico de novedad, aun cuando se imponga, no está permitido. El único resultado cierto de esas frases a lo Diógenes sería hacer correr a una consulta de un charlatán aprovechado a esas desatinadas, para quien el médico es, a pesar de todo, una defensa y un apoyo. El deber del médico es, pues, escuchar, sacudir la cabeza, adoptar un aire ligeramente irónico, ser prudente, impenetrable, cortés, manteniéndose en su puesto, hablar con autoridad cuando esté seguro de que se espera de él lo mismo que va a prescribir, y expresarse con escepticismo cuando tenga el convencimiento de que lo que va a decir desagradará. Pues es todo un arte, que no se aprende en la Facultad, el de hacerse no solamente obedecer, sino escuchar; e incluso hay que saber oír para hacerse obedecer más tarde. Es preciso para ejercer la medicina, ser tan diplomático como clínico y como terapeuta. De nada servirá haber hecho un dignóstico correcto y prescrito un tratamiento adecuado, si no se es capaz de convencer al enfermo de que debe seguir los consejos que se le dan.

III — EL MÉDICO DE FAMILIA

No solamente es el médico un confesor, sino que es también un confidente. El confesor es el carácter solemne, es el lado serio y a veces trágico del ministerio; el confidente es el otro aspecto de la profesión, más rastrero, más banal, a veces incluso cómico, pero que requiere en ocasiones una grandeza de alma extraordinaria para ejercer dignamente su ministerio; hace falta, además, cierta delicadeza y todo un conjunto de cualidades secundarias—que no por eso son menos interesantes—para ejercer la profesión.

¡Y qué de servicios puede proporcionar el médico en cientos de ocasiones que no por estar desprovistas de gravedad son por eso menos importantes! Pequeños consejos, cuyas consecuencias escapan a quien los solicita, pero que pueden ser tan útiles y tan provechosos; palabras dichas en tono familiar, pero cuya resonancia es profunda cuando se sabe comprender su valor: el médico puede y debe tener en la vida de sus enfermos este papel de amigo que no solicita sus confidencias, pero que las recibe siempre con gusto y sabe dar su opinión, señalar el peligro de una aventura y evitar lo irreparable. Papel moral que duplica casi constantemente el acto médico; papel que se parece mucho al de "guía", que duplica también y prolonga su acción como confesor. Porque sucede que el médico tiene que intervenir cerca de aquellos que dejan a un lado al sacerdote, como lo haría un consejero, tanto más, cuanto que en muchos casos el problema fisiológico o patológico que el médico debe resolver se complica con un problema moral.

*
* *

Este papel de consejero y de amigo, de director espiritual laico, era antiguamente el del médico de familia.

Antiguamente. Porque hoy quedan ya pocas familias que demuestren al médico esta fidelidad y esta consideración, sin las cuales él no puede ejercitar plenamente su acción bienhechora.

No hablo solamente de la inmensa ventaja que para el enfermo supone el dirigirse a un médico que conoce la historia fisiológica y patológica de toda la familia. Este médico leerá como en un libro abierto, donde los demás deletrean. Errores casi inevitables para los demás él podría evitarlos fácilmente. Donde otros han intentado contemporizar, faltos de informes sobre los antecedentes hereditarios o personales del paciente, el puede obrar, si quiere. No tiene necesidad de largos interrogatorios para adivinar el secreto que se le oculta—a menudo porque se ignora—. Todo esto es evidente y, sin embargo, apenas sucede hoy, pues al médico se le considera como un contratista semejante a los demás

y para muchos su cambio tiene mucha menos importancia que el paso de un coche de un garage a otro, y que la transferencia de un depósito de una a otra banca. Con creer que el médico conoce su profesión—ya se le concede bastante confianza—y su oficio será "salir del paso", hacer un diagnóstico, prescribir un tratamiento. Se cree que la enfermedad de hoy no tiene relación con la de ayer y con la afección que puede presentarse mañana, y si se admite que entre ellas hay alguna relación, imaginan que bastará con decir una palabra al médico —quien además podrá verlo bien por sí solo—. Y después, para eso está el laboratorio, la toma de sangre, el microscopio. Hoy ya la medicina es una ciencia, ¿no es cierto? Dispone de medios seguros y precisos. Un médico que sabe su profesión es como un mecánico que conozca la suya. No hay necesidad de palabras para que él mismo vea por sí lo que falla en el funcionamiento del motor, y si el freno está roto es inútil que sepa que el año pasado fué preciso cambiar los segmentos de un pistón. Lamentable error, fruto, como muchos otros errores, de esta desaparición del espíritu delicado que considera como sospechoso o despreciable cuando se refiere al apego a las tradiciones y respeto a las costumbres, fundadas en la experiencia.

Pero esta superioridad profesional del médico de cabecera sobre el médico llamado al azar, no es la única. La autoridad moral del primero está firmemente establecida; la del segundo, casi no existe, y

cuando se manifiesta, se la pone en duda y se la revoca fácilmente. No irán a pedir consejo a un desconocido, a un hombre al cual no se le pide más que un servicio efímero, momentáneo, a un médico a quien se le abona la consulta o la visita inmediatamente, como se paga al chófer de un taxi—hay que desconfiar primero, y después, si es necesario, ya se le volverá a llamar, siempre habrá tiempo de decirlo si el enfermo no va mejor—. Se sabe demasiado bien cómo los médicos "apuran la colilla", multiplicando las visitas inútiles, ¿no es así? Pero esta desconfianza, ¿la tendría usted si conociese desde hace veinte años al médico a quien va a confiar su vida, la de su mujer o la de su hijo?

*
* *

Se repite aquí corrientemente que la especialización llevada hasta el límite es una inevitable consecuencia del progreso, y que en los países anglo-sajones es un hecho probado, que ha entrado ya en las costumbres. Puede ser, y quizás se vean, en efecto, en esos países más especialistas que por aquí, y también, sin duda, más equipos constituídos por médicos asociados para la explotación de clínicas, ofreciendo, a semejanza de los grandes almacenes, todos los departamentos de sus especialidades médico-quirúrgicas. Pero allí, como aquí, y mucho más, puesto que hablan de cosas vistas y vividas, los sensatos gritan: ¡cuidado!, como lo ha hecho el

profesor H. L. Eason ante los estudiantes del *Royal Free Hospital*, de Londres, haciendo el elogio de las tradiciones que estrechaban los lazos entre el médico de familia y sus clientes, y la crítica de la especialización exagerada.

"El buen médico de familia, les dice, es más vigilante y de espíritu más amplio que el especialista. Viendo a su enfermo desde el primer día hasta el último del año, es su consejero para muchas cosas que ni siquiera pertenecen al terreno médico. Le es posible ver comenzar la enfermedad, seguir su evolución; pero igual sigue al enfermo suyo que consultó con un especialista y, mejor que ninguno, puede emitir una opinión fundada e imparcial, y aun quejarse de un tratamiento desacertado o de la falta de honradez profesional del especialista. El enfermo que está en manos de un buen médico de familia y que le ha otorgado su confianza, es un enfermo afortunado, privilegiado entre los demás enfermos, de los cuales es el mejor atendido.

"El especialista, a menos que no tenga su espíritu ampliamente abierto a la filosofía del arte médico, viene con frecuencia a caer en el error de considerar todos los casos patológicos desde el punto de vista de su especialidad. Más que cualquier otro, el médico que se especializa en la aplicación de un tratamiento debe mostrarse escéptico hacia su especialidad, si no la considerará como una panacea y se convertirá en algo semejante a un charlatán.

"Y ya que acabo de pronunciar la palabra charlatanismo, añadiré esta observación: el público, generalmente, tiene más fe en los curanderos y practicantes no calificados, que en los médicos titulados: les otorga ciegamente su confianza y, como en el deporte, prefiere los aficionados a los profesionales. El prácticante aficionado está, además, ordinariamente, dotado de una confianza en sí mismo de la que carece el médico titulado; su entusiasmo no ha sido nunca frenado por el espíritu científico, por una educación que le haya enseñado a dudar. Además, tiene completa libertad para emplear todos los recursos de la propaganda y no se priva de ella. Así sus errores quedan ocultos, y mientras el público juzga generalmente al médico diplomado por sus errores, juzga al charlatán por los éxitos que pregona. Siendo además un hecho singular el que sean las clases extremas de la sociedad las que proporcionan su clientela al charlatán. Las clases medias conservan mejor su confianza en el médico, como la conservan en el abogado y como guardan fidelidad a los proveedores antiguos cuya honradez conocen... (46).

¡Esto es tan verdad en Londres, como en New York y en París!

---

46 *An honourable profession. Responsabilities of the doctor.* "The Times", octubre 1937. Londres.

IV — LA ESPECIALIZACIÓN MÉDICA

Además, dicen muchas gentes, el médico de familia estaba bien en aquellos tiempos en que la medicina no había hecho los progresos que acaba de realizar en estos cincuenta años últimos. En otro tiempo, ciertamente, un solo hombre podía encerrar en su cabeza toda la medicina, sin correr el riesgo de hacerla estallar. ¡Pero hoy! ¡Pensad en todo lo que tendría que saber el pobre hombre! Su vida entera no le bastaría para leer solamente los libros que los especialistas deben conocer. Mirad, cuando paséis por delante de un hospital, los cuadros de asistencia donde la Dirección hace inscribir los nombres de los médicos, cirujanos, ginecólogos, tocólogos, oftalmólogos, otorino-laringólogos, estomatólogos, neurólogos, pediatras, dermatólogos, sifiógrafos, urólogos, psiquiatras, ortopédicos y radiólogos, encargados de las consultas. Y, además, cada uno de ellos está especialiado en algo de su especialidad. Hoy la división del trabajo, la especialización, es la ley del progreso. Hay que vivir de acuerdo con los tiempos, y ha pasado ya aquél en que el médico podía saber de todo lo que se refiere al cuerpo humano, a sus funciones y a sus enfermedades. Considerad esta comparación: la medicina antigua viene a ser como el comercio de un pueblecito. Veréis allí una sola tienda, en la cual, la buena mujer que

la lleva, vende toda clase de cosas: escobas, telas, zapatos y sombreros. Lo que ocurre, desde luego, es que no tiene un gran surtido. Tan pronto como necesitéis algo un poco más fino, tendréis que acudir a la ciudad. Sino estáis tan anticuados como un campesino, quisiera saber si podríais contentaros con zuecos, gruesos mitones y boinas de la mercería. ¡Pues vuestro médico de familia es también eso nada más!

Déjeme hacerle observar, señora, que su comparación sólo es justa en apariencia; y, por otra parte, es esa apariencia verdadera la que la hace peligrosa. Cuando quiere comprar zapatos finos sabe *usted misma* muy bien, por anticipado, que no los ha de encontrar en la mercería del pueblo, ya que allí no venden más que zuecos, chanclos y zapatones. Pero esto es todo cuanto sabe, pues muy a menudo, una vez dentro de la tienda de la ciudad, en casa del especialista, está usted tan segura de encontrar lo que quería comprar, que se deja dar cualquier otra cosa, siempre que el dependiente tenga un poco de labia; pues sabe no deciros con franqueza que les falta precisamente el objeto que deseabais adquirir, pero en cambio se las ingenia para persuadiros de que ha pasado de moda, que "ya no se lleva" y que solamente en las mercerías de los pueblos se encuentran todavía estos modelos anticuados. Porque así son usted y sus semejantes, pero esto importa poco. Sabe usted que sus zapatos están usados y

que tiene que reemplazarlos. Se dirige al zapatero. Muy bien. ¿Pero, y en medicina?

—Es lo mismo.

—Nada de eso. Cuando os decidís a ir al zapatero *sabéis* que vais a encargar zapatos, pero cuando acudís al médico *ignoráis* la naturaleza de vuestro mal y vais a él para que os lo aclare y pedirle que os indique lo que pueda curarlo.

—Es posible. Sin embargo, si padezco de un ojo voy al oculista. No necesito para ello que nadie me envíe allí.

—Indudablemente. Hay, en efecto, casos sencillos en que el oculista os dirá al instante lo que tenéis que hacer y os curará por sí solo.

—Entonces, tengo razón.

—¡Un momento! Existen casos muy numerosos en que el oculista necesitará informes que no podrá darle usted misma. Le preguntará, entonces, cuál es su médico, querrá escribirle...

—Eso es muy sospechoso. Será, sin duda, para saber si soy solvente, si puede lanzarse a...

—No, señora, para saber, por ejemplo, si ha padecido reumatismo hace unos años.

—Ya se lo diré yo si me lo pregunta.

—Hay cosas que no podrá decirle, por ignorarlas usted misma, pero que su médico conoce; y si el oculista las ignora, os cuidará a tientas, con menos probabilidades de curaros y seguramente necesitará más tiempo para conseguir la mejoría. De tal modo,

que la economía que habéis creído hacer no yendo primeramente a vuestro médico, os costará más cara.

—¿Lo cree usted así?

—Podría ponerle cien ejemplos. Pero hay más; seguramente no será nunca vuestro médico habitual, el médico de cabecera, el que se niegue a conocer la opinión del especialista cuando haga falta. Si el caso llega, él será el primero en solicitarlo. Pero aun entonces le seguirá con sus consejos. Y le ahorrará tan crueles decepciones, que su reserva hacia la medicina general desaparecerá, trocándose en una confianza análoga a la que tiene en la medicina especializada.

—¡Como si las costumbres médicas fuesen tan puras!

—Esté usted segura de que ese triste estado de cosas a que hace alusión...

—Me refería a la dicotomía, ya que es preciso llamarla por su nombre...

—¿No será, en gran parte, una consecuencia de las costumbres modernas?

—Si voy por mi cuenta a un especialista, por lo menos estoy segura de que no duplicará el precio de su consulta para retribuir al colega que me hubiera enviado a su casa...

—¿Cree usted que en los tiempos en que cada familia tenía su médico acostumbrado hubieran podido existir estas prácticas deplorables? Entonces la

confianza del enfermo hacia su médico era pagada por éste por sus escrúpulos para con el enfermo.

—Puede ser...

—¿Y por qué generalizar? ¿Por qué creer que es toda la clase médica la que está atacada de un mal, que en realidad no alcanza más que algunos de sus miembros?

*
* *

Es un hecho de observación corriente que los mismos médicos, cuando están gravemente enfermos, se dejan generalmente guiar por el colega que les atiende y que caritativamente aleja sus sospechas cuando las tienen. Es raro—aunque a veces sucede y se dan casos de estoicismo admirables—, es raro, repetimos, que un médico haga su propio diagnóstico; y hasta algún clínico, cuyo golpe de vista es infalible, se agarra, cuando la muerte se aproxima, a cualquier posibilidad con esperanzas casi infantiles. Y vosotras, que ignoráis completamente la medicina, ¿creéis empresa fácil dirigiros bien entre todas esas especialidades, tan abundantes hoy? Así tenéis tres probabilidades de cada cuatro de ir a llamar a puertas falsas, antes de llegar a donde hubierais ido primeramente si os hubieseis dejado guiar por una opinión sana y competente.

*
* *

No se niega por eso que la especialización sea una necesidad, que se hace más urgente tal como va el mundo, no solamente por el hecho de que los conocimientos se extiendan y porque las investigaciones requieran cada vez conocimientos más profundos y más limitados a su objeto, sino también porque las costumbres, que evolucionan paralelamente, exigen ya de por sí esta especialización del hombre (47).

Es cierto también que esta necesidad no deja de carecer de peligro para el espíritu. No hay a este

---

47 Antes, no hace aún muchos años, había sólo *médicos;* médicos en la verdadera acepción de la palabra; poseedores de toda la extensión, de toda la profundidad de la Medicina. Después aparecieron los médicos que conociendo toda la Medicina, se interesaban, por gusto o por comodidad, por una sola parte del todo; así nacieron los especialistas. Y como ello al principio significaba una competencia máxima dentro del campo correspondiente, el éxito de los especialistas se pretendió generalizar y se generalizó; pero descoyuntando las cosas hasta el extremo que hoy hay muchos especialistas —o que así se denominan— que no son médicos o que se jactan de no conocer de la Medicina más que un limitado campo especial.

La Medicina es una ciencia de aplicación; la especialidad es más de investigación, por su campo limitado que a ello se presta y que puede abarcarse más fácilmente, pero... sin dejar de ser médico.

Ya en su tiempo decía Claudio BERNARD: "La Medicina se ha hecho más amplia que nunca, y no se puede esperar encontrar un hombre que llegue a dominarla cultivando con fruto todas sus partes a la vez. Lo que hace falta solamente es que cada médico, en la parte en que se haya acantonado, comprenda bien la conexión científica de todas las ciencias médicas, a fin de dar a sus investigaciones una dirección útil para el conjunto, evitando así la anarquía científica."

Hoy esta especialización clínica se ha hecho tan extensa, que en cada caso (Neurología, Dermatología, Tisiología, etc.) es suficiente para absorber toda la actividad del médico que las

respecto ejemplos de que los más eminentes especialistas, los sabios especializados, no hayan sido al mismo tiempo hombres de gran cultura, interesándose por gran cantidad de cosas muy lejanas del asunto ordinario de sus trabajos. La especialización, sin esta vasta cultura previa y preparadora, está llena de peligros, nubla la vista de quien debería, por el contrario, conservar una visión amplia y clara. No quiero para probarlo más que el ejemplo de Charles Nicolle, que no hubiese llegado a ser el genial descubridor de la transmisión del tifus exantemático y de la fiebre recurrente si no hubiese mantenido en su interior el fuego ardiente de una imaginación siempre despierta: "Impregnado del espíritu pasteuriano, ha dicho de él el profesor Vallery-Radot, supo disciplinar su imaginación de poeta y encauzarla en los límites de la experimentación. Pero del hecho particular que le revela el

cultiva. Pero para que esta especialización, impuesta por la marcha del tiempo, pueda dar fecundos resultados, es preciso que se construya sobre una sólida base, o sea que no se considere la especialidad como un primer peldaño, sino solamente como un remate, como final de una etapa secundaria, pues el buen especialista será aquel que llega a ello por aumento de sus conocimientos sobre una rama determinada, pero después de haber cultivado durante muchos años el frondoso campo de la clínica médica general, puesto que el especialista no es, en suma, más que un consejero que ofrece la visión a fuerte aumento de un territorio restringido, cuyo conjunto domina mejor que el colega no especializado.

En resumen: la especialidad, cuando no está realzada por los conocimientos generales, es el grado más bajo de nuestro arte; en cambio, constituye la perfección cuando es el coronamiento de la ciencia; por eso es preciso terminar, en lugar de comenzar por ella. — *(N. del T.)*.

laboratorio sabía remontarse a las cimas, desde donde descubría nuevos horiontes que permanecían en la sombra desde los orígenes del pensamiento humano." El especialista, más que cualquier otro, está expuesto a restringir su horizonte, a dar al detalle una importancia excesiva, a perder, en una palabra, el sentido de la perspectiva y de lo relativo. Llega un momento en que los montoncitos de las toperas llegan a ser como montañas a sus ojos, y a ocultarle las que verdaderamente lo son. Está más expuesto que ninguno a esta deformación profesional, porque se manifiesta únicamente en quienes han perdido, o no adquirieron nunca, la facultad de elevarse por encima de la práctica ordinaria de la profesión, que llegan a convertir en una rutina.

¿Cuál es el mejor médico? Aquel que se equivoque menos.

¿Y cuál es el que tiene menos posibilidades de equivocarse? Aquel cuyo horizonte esté menos limitado.

TU ES SACERDOS, MEDICE...

I

Sézanne, 6-10, septiembre 1914.

Más allá del paso a nivel, la carretera se convierte en calle y subiendo hacia la iglesia que domina el pueblecito, se extiende entre las casas.

El desorden de la guerra, el estrépito del combate que se desarrolla en sus proximidades, sacude a Sézanne sin despertarla de su torpeza provinciana, el pueblo se agita, pero todo este movimiento está fuera de su vida, como si fuese una pesadilla.

A la izquierda, un cuadrilátero de edificios sin pisos: el depósito de los cuatro regimientos de caballería, cuyas fuerzas principales estaban de guarnición cerca de la frontera. A la derecha, la estación, situada al final de un corto camino terminado en un callejón sin salida, que daba a una plaza cubierta de hierba. Un tren de municiones, todavía enganchado a su locomotora, cuyo compresor gemía y resoplaba, ocupaba una vía muerta; los artilleros cargaban sus arcones de municionamiento, que una vez llenos volvían a marchar de nuevo, en

seguida, para abastecer las baterías próximas. Los juegos delanteros de tracción esperaban su vuelta en la plaza, y todo esto tenía lugar sin gritos, sin atropellos, casi sin ruidos.

Algunos pequeños grupos de paisanos, llegados del pueblo y constituídos por hombres muy jóvenes o por viejos, por mujeres, y sobre todo por muchachas, se detienen un momento a mirar y se alejan después. No habría tristeza en este movimiento de gentes, en esta actividad sin apresuramiento, bajo la luz pura del final del verano, si las ráfagas del cañón y de la fusilería, no desgarrasen a cada instante el silencio. El zumbido continuo de las descargas, ora se amplifica o disminuye con un ritmo misterioso, ora se aleja o se acerca, aumenta, estalla con violencia, o súbitamente se calma o vuelve a empezar. A veces, un avión aparece runruneando, muy alto, apenas visible entre las nubes y se destaca de repente, vivamente iluminado sobre un fondo de cielo azul. Todos los ojos dirigidos a lo alto, buscan afanosamente sobre las alas la cruz negra o la escarapela tricolor.

Y todo esto se parece de tal manera a la decoración habitual de las grandes maniobras, al simulacro anual de la batalla, que se acogería uno con gusto a esa ilusión, si el horror no surgiese en aquel mismo instante.

Este extraño convoy, allá bajo, hacia la iglesia, ese hormiguero de la multitud, esos transeuntes de andares lentos, esa tropa abigarrada y sin armas,

son heridos, de los cuales algunos echados sobre la paja ensangrentada de los carromatos, han muerto ya.

*
* *

Si el final de este libro se parece a un relato de guerra, es porque la guerra ha sido para el alma del médico una prueba singular. No le ha pedido nada extraordinario, pero le ha exigido que las virtudes de la práctica ordinaria fuesen a menudo ampliadas de repente. Ha hecho aparecer la grandeza y servidumbre médicas a plena luz y las ha agrandado desmesuradamente como lo haría un microscopio. Las células colocadas sobre la lámina del portaobjetos, no son sino células parecidas a las otras, pero para los ojos que las examinan se han transformado en gigantes.

*
* *

Estamos en Sézanne, desde hace dos horas.

La XI/3—undécima ambulancia del Tercer Cuerpo de Ejército—ha sido destinada al Ejército de Foch, improvisado el 29 de agosto, y pide prestados a las reservas de sus vecinos, los servicios de que se encuentra desprovista.

La orden dispone: "Instalarse en la estación de Sézanne y funcionar como hospital de evacuación".

Habiendo partido antes de salir el sol de Romilly-sur-Seine a donde nos había llevado la retirada, tu-

vimos tiempo durante el trayecto de meditar sobre el cambio de dirección de nuestra marcha. Desde Bélgica bajamos hacia el sur; una breve parada para la batalla de Guise, y después marchas forzadas hacia la confluencia del Aube con el Sena. Esta mañana todos los que llevábamos el uniforme francés, hemos sabido que "había pasado ya el momento de mirar hacia atrás y que toda tropa que no pudiese avanzar más debería, costase lo que costase, conservar el terreno conquistado y dejarse matar en su puesto, antes que retirarse".

Las circunstancias daban a estas palabras su verdadero sentido: "dejarse matar en su puesto", morir rápidamente, sin agonía, casi sin sufrimiento, mientras el espíritu en tensión, como un arco, rechaza todo pensamiento superfluo. Felices, dicho mil veces, aquellos que murieron combatiendo anestesiados por la embriaguez del combate, aquellos que han ignorado el viaje atroz a través de esa zona dolorosa y gimiente sobre la que se extiende la muercomo sobre un osario; dichosos aquellos que no han sufrido antes de cerrar los ojos los vaivenes y sacudidas de un transporte, durante el cual el hombre que va tendido no es más que un paquete, lo bastante vivo para poder sentir sus miserias y saborear su dolor durante la marcha, larga y prudente, hacia una paz lejana, tan inaccesible como otro mundo...

Morir o matar. Para el que combate, morir es uno de los términos de este dilema, pero es el término

que se olvida. Para los que tienen en la mano un arma, el pensamiento se concentra en un solo acto: matar, mientras que el médico tiene que permanecer con las manos libres y la cabeza despejada. Es el único testigo sereno en esta orgía de sangre. Sigue la suerte y toma parte en los riesgos de los demás, pero sin ir contra nadie. Su deber, sin embriaguez, es más autero que el del soldado. Empieza donde el otro acaba, en el momento en que el herido se abandona a las manos que le arrancan de aquel infierno. Entre la batalla y el herido, es el médico quien se interpone.

*
* *

Mi voluntad se sometía al cumplimiento del deber. Sin embargo, la resignación a lo inevitable no impedía que hubiese en mi interior rebeliones fulgurantes, parecidas a los sobresaltos inconscientes de un ser adormecido, escapadas de la realidad, impotentes esfuerzos de evasión de aquella pesadilla. La fatiga física me fué bienhechora, ya que ayudaba al espíritu a vencerse provisionalmente. Hoy lo sé, y acepto esta familiaridad con la muerte, esta vecindad tan próxima, esta certidumbre de que cada minuto que pasa no es más que una tregua, un momento de gracia. Me he sometido, pero he deseado la despreocupación, más que la plena y consciente aceptación. He vivido jornadas parecidas a las de los cartujos que meditan sobre la muerte y que condu-

cen a la Eternidad. Pero en lugar de una apacible celda en el silencio del claustro, mi meditación no tuvo otro marco que la confusión y el atropello de las carreteras ocupadas por las columnas, el azar de los acantonamientos en los pueblos, el bullicio estridente de una vida agitada bajo el sol del verano. He marchado como una fiera que ha olfateado la trampa y que alejándose, olvida sin duda el peligro, pues yo he procurado olvidarlo al momento. He tenido que encontrar razones para convencerme de que el deber era lo primero de todo, pues con la despreocupación y la inconsciencia el espíritu quedaba libre. Pero por encima de todos mis pensamientos, flotaba esta sola realidad: ¿para qué obtener un plazo más? Si es tan breve. Mañana quizá te tocará a ti.

Y el temor más fuerte era el de tener miedo, el de que me faltase valor en el momento en que más lo necesitase, el de ser inferior a mi obligación, el de ser inútil para cumplir con mi deber. Me turbaban historias y recuerdos de cobardías inexplicables, que volvían a mi memoria con insistencia.

Tal vez, bajo una falsa capa de humildad, no hubiese en estos raciocinios sino mucho orgullo. Siempre he envidiado a los que marchan por la vida sin vacilar, sin pararse a considerar sus acciones, sin torturarse el espíritu para preguntarse cómo obrar, cuál es su deber, si serán capaces llegado el momento, de cumplirlo. He envidiado a las gentes sencillas, exentas de la deplorable facultad de analizar sus sensaciones. Pero de aquéllos, ¿quién podrá decir que no padecen tormentos diferentes a los míos y tan dolorosos como éstos? Sí, es realmente mucho orgullo, creer que se sufre más que los demás o de una manera diferente.

Hasta Bélgica la guerra no había sido para mí más que una cosa lejana y fuera de la realidad. Dentro del uniforme quedaba un hombre sumamente parecido a mí, un hombre como en tiempo de paz. Los compañeros, entre los cuales me encontraba, no me parecían extraños. Su presencia más bien me recordaba la vida de la sala de guardia y del internado, que la guerra. La movilización no me pareció más que un ejercicio más completo, es verdad, pero en cierto modo semejante a otros hechos ya en este mismo Vermon donde unos y otros fuimos convocados. La salida, el tren militar, el desembarco cerca de Reims, la concentración en Pont-Faverger, todo se realizó sin sorpresas, según los ritmos previstos, tan deprisa y tan bien, que no tuvimos tiempo para reflexionar, y no experimentábamos más que admiración ante este enorme mecanismo tan bien concebido, tan admirablemente preparado que funcionaba al primer golpe con una precisión que no dejaba nada al azar.

Habíamos marchado, andando por etapas todo el valle de Aguas Negras, en la provincia de Namur. Se creía todavía en la corta duración de la guerra, por la imposibilidad de hacer subsistir durante unos meses a toda esta masa de tropas en campaña. Por

efecto de una especie de espejismo, a medida que transcurrían los días, el peligro personal parecía alejarse de nosotros, mantenidos a la retaguardia del ejército. El ruido del cañón era demasiado lejano, los aviones pasaban altísimos; y si el incesante rodar de los convoyes, la oscuridad, las dificultades de las encrucijadas y nuestro caminar entre las demás columnas, eran imágenes de guerra, nuestra marcha, ciertamente agotadora, no carecía de atractivos en esta agradable estación y a través de tierras desconocidas. Las condiciones de nuestra vida errante en la Champaña y las Ardennas, sin que nada nos uniese al resto del mundo, sin correo, sin periódicos, sin otras noticias que los bulos que corrían de boca en boca y generalmente tan absurdos, tan agradables, o tan disparatados que ningún hombre sensato podía creerlos, nos aislaban tanto como si estuviéramos en plena navegación entre mares inexplorados.

Bruscamente sobrevino el despertar, el final de este entorpecimiento en la resignada quietud. La retirada—en este mismo aislamiento moral, en medio del océano humano cuya corriente acababa de cambiar de dirección, como el reflujo después de la marea—, la retirada, cambió el curso de mis pensamientos, vueltos de repente ellos también. Veía pasar largas caravanas de aldeanos huyendo de la invasión, llevando consigo sus ganados, sus bultos de ropa amontonados en los carros tirados por los famélicos caballos que les habían dejado libres en las

últimas requisas. He visto enfermos que agonizaban en las cunetas de los caminos, ancianos cuyos sufrimientos se agravaban porque la muerte iba a sorprenderles lejos de su morada, en que apaciblemente la hubieran esperado. He visto niños que lloraban de hambre; y he dado mi pan a mujeres cuyos secos pechos apenas podían alimentarlos.

Así he comprendido que mis tormentos y mis preocupaciones, no eran nada al lado de estos dolores. He comprendido que mi hora se acercaba y que ahora iba a empezar verdaderamente mi parte de miseria y de angustia.

*
* *

En esta noche, ha llegado sin duda ese momento.

Hemos reconocido los lugares y establecido el enlace con los compañeros, que mientras nos esperaban, han cumplido como han podido una tarea sobrehumana.

Vivo a dos pasos de la estación, muy cerca del paso a nivel, y mi casa está contigua a la del guarda. Ni siquiera he abierto mi botiquín. He arrojado sobre la cama mi revólver, mi equipo, objetos inútiles y me he reunido con S..., el médico-jefe de la sanidad de Sézanne. Las decisiones se han adoptado rápidamente: el puesto no recibirá ya, más que los heridos de primera urgencia y los *morituri*. Está ya rebosando, las camillas llenan ya el patio que es preciso desembarazar para que quede libre. Se eva-

cuarán todos los heridos susceptibles de ser transportados.

Los rostros extenuados de los tres médicos que han atendido el servicio dicen todavía mucho más de lo que pueden expresar sus palabras: aquí las palabras no tienen otro sentido que no sean hechos.

*
* *

Trenes sanitarios para la evacuación no hay ni que soñarlos. Se utilizarán para ello los trenes de municiones que regresen vacíos hacia Noisy-le-Sec. Del frente llegan continuamente carruajes de todas clases: todo lo que puede contener una camilla, ser llevado por un caballo, o empujado por un hombre, o pueda rodar por los caminos. Y esta sangrienta marea ha aumentado de tal modo, que nos preguntamos si la veremos cesar alguna vez.

Hace un rato, estos carruajes eran tan numerosos que no podían ya avanzar. Metódicamente, mientras dura esta oleada, se organiza el trabajo; curas a realizar, tortores que retirar, cuidados de urgencia a prestar inmediatamente, bebidas a distribuir, etcétera, todo funciona en algunos instantes. Nuestros hombres se apresuran febrilmente; un equipo limpia los vagones, apenas descargados de las municiones que traían; se han proporcionado paja limpia y la extienden sobre el suelo de los coches—un suelo desunido, áspero—, el suelo de los vagones destinados para animales. Tan pronto como el trabajo

esté hecho embarcarán los heridos de camilla. Una delgada litera, es cuanto tendrán estos cuerpos doloridos. ¡Que sea corto su viaje! Desgraciadamente nadie pensaba que algunos de estos convoyes iban a cruzar toda Francia antes de encontrar dónde depositar su triste carga. Nadie pensaba que la gangrena se convertiría en estos trenes en furriel de la muerte.

El oficial de intendencia ocupa el despacho del jefe de estación, transformado en oficina de juzgado. El resto de la estación está cubierto de paja, donde yacen montones de hombres. Han llegado algunas mujeres deseosas de hacer algo útil. Ellas aseguran la distribución de bebidas calientes y de alimentos; alguna, de cuando en cuando, se aparta y, furtivamente, se enjuga silenciosas lágrimas.

Ha salido ya un tren. Los heridos que quedan, han visto alejarse a los que iban hacia la salvación. Algunos hasta han tenido corazón y ánimos para bromear, pero otros han llorado.

La vía es única. No llegan más que trenes de municiones. No vuelven a salir más que estos mismos trenes, cuyo cargamento ha cambiado de naturaleza: obuses y cartuchería a la llegada, sus víctimas al regreso; un circuito cerrado.

II

DURANTE tres días y tres noches, continuó la misma pesadilla con muy cortas treguas.

El otoño se acerca: las noches son hermosas, pero ya un poco frescas.

Estoy solo en el patio, en medio de una treintena de heridos, y espero a que los vagones estén disponibles, para realizar su evacuación.. Las curaciones están ya hechas, todo dispuesto, y es desde la mañana el primer rato de tregua.

Parece, además, que el cañoneo es menos intenso. ¿Será cansancio, falta de municiones, preocupación de ahorro de proyectiles con vistas a un ataque más violento al amanecer? En todo caso no es ya el ruido espantoso de los días pasados.

La guardia de noche se parece a la de los marinos en el mar; estoy de turno: en caso de acumulación de heridos, enviaré a buscar a mis compañeros que se han ido a dormir.

Las estrellas brillan en el firmamento. Hacia el norte y hacia el este, se vislumbran de cuando en cuando largos relámpagos difusos, seguidos del ruido que hacen los grandes proyectiles al salir y sus estallidos más tarde.

En la estación, algunas lámparas con luz moderada, faroles de cuadra con embocaduras de acetileno, proyectan fantásticas sombras. Y además, permanentemente, ese jadear de la máquina sometida pasivamente a un trabajo sin fin, como el nuestro.

Un herido cerca de mí, me llama:

—¿Cuándo vamos a salir?

—Pronto, muchacho, pronto... ¿Tienes dolor?

—No, es igual...

—¿Quieres algo?

—Quisiera que nos llevasen... ¿Por qué se queda el tren aquí? ¿No se marchará sin nosotros?

—No, hombre; ya ves que lo están preparando para transportaros.

Preguntaban como si fuesen niños, y como a niños era preciso contestarles, inventando cuando no se sabía qué decirles, para calmar sobre todo su angustia, que añadía la tortura moral al sufrimiento físico. Ellos ya han llevado lo suyo, piensan todos entre gemidos, aquí un miembro roto, allá tejidos desgarrados. Ya está bien, ya han dado su parte; quieren salir de allí, desaparecer. Lo que se les añade es demasiado, les parece injusto, les subleva.

Se comprende: estos retrasos, esa lentitud, esos trenes inmovilizados durante horas cuando interesa cada minuto, cuando a cada instante se agravan sus heridas, y se alarga vergonzosamente la lista de los muertos, esta improvisación de la cual son testigos, los decepciona y paga con una desilusión su sacrificio.

Improvisar: sí, porque los acontecimientos sobrepasan a toda previsión humana. Pero no se les puede explicar que todo lo que nos habían enseñado, todo lo que nos imaginábamos, está contradicho o

sobrepasado por la realidad actual. Más tarde, quizás se hablará de imprevisión, de fallos, de teorías absurdas, de material insuficiente o inservible. Desde luego lo que vemos desde hace algunos días hace resaltar cruelmente bastantes errores. Sin embargo es ilusorio creer que pueda ser nunca posible impedir que la guerra sea la guerra. El mando, para conseguir la solución rápida, de la cual quizás depende la suerte del país, tiene que hacer pasar los trenes de municiones antes que preocuparse de los trenes sanitarios. ¿Se impedirá que la importancia de los efectivos, las dificultades del terreno, la eficacia del fuego, paralicen hasta reducirlo a muy poca cosa, en ciertas coyunturas, la acción de sus servicios sanitarios? Su funcionamiento desde la vanguardia hacia la retaguardia, cuando todas las fuerzas utilizables refluyen por el contrario de allí, hacia el frente, para sostener el combate, no significa para nosotros más que un contratiempo, en cierto modo semejante al sentimiento que experimenta el marino, cuando para hacer frente al peligro y tratar de salvar su embarcación y con ella a todos sus pasajeros en peligro, no puede detener su marcha en plena tempestad para rescatar al hombre que le ha sido arrebatado por una ola.

*
* *

Voy de uno a otro: la diversidad de uniformes y de los números de los regimientos revela la gravedad del combate que se libra muy cerca de nosotros. La orden ha sido cumplida: conservar las posiciones y hacerse matar en el sitio antes que retroceder. A juzgar por la afluencia de los que vemos en esta estación y por el número de heridos recibidos, ¿cuántos se habrán dejado matar ante Sézanne, los Essarts y Mondement? Pero hay un signo probable de nuestro avance: recibimos bastantes alemanes, algunos ligeramente heridos. Varios llevan el nombre de su regimiento impreso en una cinta: "Waterloo", como los marinos llevan el nombre de sus buques. Cuatro de ellos ayudan a los enfermeros. Colosos llenos de buena voluntad, activos y emprendedores, hasta en su docilidad muestran su satisfacción por haber escapado del combate. Uno, empleado en casa de un corredor de Hamburgo, habla con toda corrección el francés. Refiere que su regimiento, desplegado ante Saint-Prix, ha sufrido gran número de bajas, y que durante cuarenta y ocho horas, resguardado en un hoyo del terreno excavado apresuradamente, no ha comido más que remolachas arrancadas en el campo donde luchaba su compañía. La voracidad del narrador confirma la autenticidad del relato. El equipo casi lujoso de estos soldados de la guardia, sus morrales divididos en departamentos, la ingeniosidad de las suspensiones, las placas del cinturón con la corona imperial y el lema *Gott mit uns* (48), provocan la curiosidad ad-

48 Dios con nosotros. — *(N. del T.)*.

mirativa de los nuestros. Estos, tratan a los heridos enemigos cn ese tacto instintivo de nuestro pueblo, lo cual no deja de sorprender a los tiradores: árabes y kabileños, que dejan ver su extrañeza y no comprenden que la sangre derramada baste para transformar en un momento el odio en caridad. Para mayor seguridad se han colocado a los *feldgrau* (49) lejos de ellos. El fatalismo musulmán no les da una sumisión perfecta al dolor: se quejan como niños, y tan pronto como uno se les acerca hablan con voz suplicante. Hay entre ellos zuavos y tiradores senegaleses, con sus amplios calzones de tela, todos sucios por la tierra de los hoyos y surcos. Estaban delante de Oyes, frente al regimiento "Waterloo", de la Guardia Imperial, y estos hombres que han estado tiroteándose durante tantas horas, se encuentran de nuevo, desarmados, en esta estación. Y pienso que a unos kilómetros de aquí, detrás de las líneas alemanas, habrá también otros hombres de estos mismos regimientos, que hace todavía un rato se ocupaban en matarse entre sí, que esperarán juntos, como aquí, su marcha hacia la cama de un hospital y hacia lugares más en calma donde no se oiga el ruido del cañón, lugares donde las heridas puedan curarse.

Muchos, en la agitación de la fiebre, hablan aún del combate. Nombres de pueblos: Charleville, Soizy, Oyes, Le Poirier, Talus... repetidos sin cesar

49 Verde-gris: Color del uniforme de campaña del Ejército alemán. — *(N. del T.)*.

desde que estamos aquí, se nos hacen tan familiares como si hubiésemos recorrido en todas direcciones estos terrenos que no hemos hecho más que atravesar, muy deprisa, hace unos días, cuando nos replegábamos desde Champaubert a Connantre, después de haber atravesado el Marne por el puente de Dormans, tan terriblemente obstaculizado.

*
* *

Voy y vengo, paseando por el patio. La noche se ha vuelto ahora completamente obscura.

Revivo las horas de esta intensa jornada: hacia mediodía nos ha llegado una verdadera oleada de heridos, como si de repente en todos los sitios del frente, en todos los puestos de socorro, hubieran aprovechado una pausa para dirigir estos convoyes. Vehículos de todas clases, coches de reparto a domicilio cogidos Dios sabe dónde—algunos con las direcciones de comerciantes belgas—, carros de labor, carretillas, ambulancias reglamentarias con sus portacamillas, arcones de artillería que venían a aprovisionarse, automóviles de turismo, etcétera; todos han descargado su clientela de abigarados uniformes. En el sitio donde me detengo para encender un cigarrillo han dejado un alférez de cazadores de infantería, una de cuyas manos estaba todavía enguantada de blanco; yacía sobre un edredón encarnado, todo hinchado, y cuyo forro agujereado por un lado dejaba escapar el plumón que lo llenaba.

Estuvo agonizando durante mucho tiempo, agitado por movimientos desordenados, como los de la paloma de la experiencia de Flourens. Llevaba en la parte posterior de la cabeza una horrible herida, con pérdida de gran cantidad de sustancia cerebral, y otra herida en el costado. La benéfica inyección de morfina calma su agonía.

Un poco más tarde ha pasado un avión, que descendió sobre la estación y arrojó unas bombas al otro lado de las vías. Se han distinguido perfectamente las cruces negras de sus alas, y en esta "Corte de los Milagros" que es ahora la estación del ferrocarril ha dado lugar a un verdadero intermedio tragi-cómico. Los heridos tendidos en las camillas se incorporaban amenazándole con el puño. Cerca de la barrera, otro ha cogido su mosquetón y ha disparado. Más lejos, un sargento de caballería ha descargado el cargador de su revólver de 96, gritándole: "¡Cochina taube!" (50) (y pronunciaba *tobe* como buen meridional), en tanto que el avión, volviendo a subir, desaparecía entre las nubes.

Vuelvo hacia el edificio. Una voz me llama:

¡Señor médico!...

Me acerco a un farol que alumbra a un sargento de zuavos, que se incorpora a medias en su camilla apoyándose en el codo. Me da un papel y me explica su deseo:

50 *Taube:* Palabra alemana que significa paloma, y con la que se designaba a los aviones de los Imperios centrales durante la Gran Guerra. — *(N. del T.).*

—Como no tengo sobres, he pensado que quizá usted podría escribirme con tinta la dirección de esta carta...

Vuelvo al cabo de un momento con un sobre y una pluma estilográfica y se la doy, pero él insiste:

—No, señor médico, tengo mucho dolor y me cuesta trabajo escribir; escríbala usted mismo, si me hace favor...

Tiene, en efecto, además de una fractura de pierna, un enorme vendaje en el antebrazo derecho, que aunque le deja libre la mano debe dificultarle mucho los movimientos.

Escribo la dirección y, al devolverle la carta, dice:

—Désela usted al cabo cartero. Lo prefiero... usted mismo...

¿Qué responderle?

Desde que comenzamos la campaña no hemos recibido una sola carta e ignoramos si las que hemos mandado llegaron a su destino.

—Sería preferible, le indico, que se la llevase usted, ya que va a ser evacuado, y mañana estará en una ciudad del interior, una verdadera ciudad donde funcione el corrreo. Mientras que aquí comprenda usted...

Mi gesto de duda no le ha convencido.

Simplemente porque he aliviado sus miserias, porque hace un momento le he cambiado por una gotiera metálica las tablillas provisionales que no sujetaban bien sus huesos rotos, porque le he vuelto a hacer la cura de su brazo herido y porque mien-

tras obraba le he hablado, porque sin duda he logrado devolverle la esperanza, este hombre me mira como si estuviese dotado de poder para conseguir todas las cosas, como si fuera un intercesor obedecido cerca del servicio de correos del ejército. Insiste todavía:

—Yo, a lo mejor, quizá no pueda... ¡Mientras que usted, señor médico!

Después de esto no me atrevo ya a decepcionarle. Daré su carta luego a un empleado del ferrocarril, a la vez que una nota escrita rápidamente para mi familia y le rogaré al empleado que las deposite en un buzón de Noisy-le-Sec o de París.

III

Me avisan que el tren cuya desinfección (bien sumaria, por cierto) han acabado nuestros hombres, saldrá dentro de una hora.

Hay que embarcar rápidamente a los heridos que esperan.

A la luz de los faroles y linternas, la estación se anima; los servidores reparten paja en los vagones; los camilleros empiezan a instalar a los heridos que van echados. Los otros se reunen en grupos ante los coches que van a ocupar.

Yo recorro los grupos para comprobar por última vez los vendajes y asegurarme del estado de estos hombres, pobres fardos humanos—tan frágiles y tan mal embalados—. Un ferroviario aprieta las cadenas y enganches para evitarles, por lo menos, los golpes demasiado bruscos, esos topetazos que hacen resonar por todo el tren un grito de dolor.

He tenido que retirar dos heridos que corrían el riesgo de morir antes de llegar a la primera parada, tanto se había agravado su estado. Uno está ya semi-inconsciente; pero el otro, desgraciadamente, está con sus cinco sentidos. Levanta hacia mí los ojos dirigiéndome una mirada cuya expresión no olvidaré nunca; una mirada de infinita angustia y de súplica desesperada.

He separado los ojos. Pero una voz lejana me dice:

¡Dejádme ir a mí también!

Suavemente he tratado de convencerle.

—Irás, desde luego, muchacho, pero en otro tren, cuando esté hecha tu cura y tengas menos fiebre. El viaje te fatigaría demasiado esta noche. Se razonable. Mañana, ya verás, estarás mejor.

El ha movido la cabeza.

—¡Dejádme ir con los otros...!

Y sus lágrimas corrían por mi mano, que había cogido y apretaba con la suya.

—¡No quiero quedarme aquí... Se lo ruego! ¡Quiero irme!...

Su mano ardía, quemando la mía. Le tomo el pulso, que late casi imperceptible, pero rapidísimo... A la luz del farol, que oscila, veo su rostro. Es un soldado de cazadores, del batallón enviado hacia Villeneuve-les-Chaleville, y que tantos hombres ha perdido hoy. Es un muchacho de unos veinte años, de cara aniñada a pesar de su barba de varios días. Sus ojos están desmesuradamente abiertos. Apenas puede hablar.

Intento calmarle.

—Se formal, hijo mío; déjame atenderte y pronto te curarás.

Un profundo suspiro, después de un torrente de lágrimas, y otra vez:

—No quiero quedarme aquí... No quiero morir aquí.

Aseguro mi voz, que debe sonar falsamente, y

trato de bromear con él para devolverle su confianza.

—¡Vamos, estás loco! ¡Morirte tú! Si dentro de uno o dos días, cuando hayas recobrado las fuerzas y te lleve al tren, te vas a reír conmigo de lo que dices hoy.

Pero él repite:

—¡Quiero irme!...

No puedo quedarme a su lado porque me llaman. Pero él grita:

—¡No me deje! ¡Ah! ¡No me deje! ¡Ya les veo!... ¡Ahí!... ¡Ya vuelven!...

Delira. Se lo llevan.

*
* *

El tren ha salido con su cargamento de dolor y de esperanza.

Han llevado hacia el hospital al soldado de cazadores que en su delirio se incorporaba en la camilla durante el transporte.

¿Cuántos saldrán vivos de este infierno donde, desde hace tres días, se lleva a los que por sus espantosas heridas, a pesar de los milagros de abnegación parecen estar condenados a muerte?

No tengo tiempo sobrado para reflexionar mucho: un ruido sordo que va aumentando se aproxima.

Casi al mismo tiempo que entra en la estación un tren de aprovisionamiento, desembocan en la

plaza las secciones de municionamiento. Y como siempre, en tanto que saltan a tierra los conductores, descienden de los arcones los heridos leves.

La tarea comienza de nuevo.

Otros carros siguen a éstos y nuevos coches surgen en la obscuridad.

Resuenan las herraduras de los caballos en el pavimento y las linternas y faroles iluminan a medias la extraña procesión. Un viejo campesino, de blusa y con apretadas polainas en las piernas, tira de las riendas de un jamelgo, y con la mano izquierda lleva un palo, al final del cual pende un farolillo de papel como los que hacen los niños para las festividades. Detiene su carricoche delante de la sala de espera y le envío dos camilleros para ayudar a descargarle. Inmediatamente me llaman: en el fondo del coche yacen dos cuerpos. Uno de ellos lleva la guerrera corta de los tiradores, y sus miembros inferiores no son más que una masa sangrienta y desmenuzada. Me inclino sobre él: está sin pulso y sin reflejos. La piel está todavía caliente, pero el hombre ya no vive. El otro, un alemán, tiene el brazo derecho arrancado desde el hombro. De su boca entreabierta sale un estertor monótono. El vendaje que lo envuelve está empapado de sangre. Lo llevan hacia el hospital, adonde probablemente no llegará vivo.

He mandado a buscar ayuda y a despertar a todo el personal.

Al llegar el médico-jefe, el patio está lleno: parece como si en un instante los fantasmas lo hubieran poblado.

El tiempo apremia; da algunas órdenes rápidas en voz baja. A mí me dice:

Haga una primera selección aquí, desde la entrada, y envíe directamente al hospital los intransportables.

Comienza entonces una velada más angustiosa que una terrible pesadilla.

¡Cuántas veces durante esta noche he sorprendido el espanto y la angustia en la mirada de los que no podían marchar, en aquellos a los que mi decisión privaba de lo que había sido toda su esperanza durante largas horas de agonía, más largas que años! ¿Cuántas veces esos pobres ojos, condenados pronto a cerrarse para siempre a la luz me han dirigido una súplica muda que me desgarraba?

Estaba allí investido de una función que maldecía, porque hacía de mí más que un hombre; un hombre, sin embargo, abrumado por el cumplimiento de su inexorable deber.

*
* *

¿Cuál era mi deber? La respuesta era clara: no dejar marchar a los que no pudiesen soportar un viaje largo, doloroso sin duda, hecho en todo caso en las condiciones menos favorables sobre la paja de los vagones para animales. El mismo interés de estas pobres gentes lo ordena; mi deber: no aumen-

tar inútilmente el sufrimiento de los que la muerte, dentro de unos minutos o algunas horas, va a librar para siempre, no infligir a sus compañeros de viaje la vecindad de moribundos, cuya agonía agravaría las propias angustias. Pero el mismo hospital está tan lleno, que ya no debo hacer transportar más que a los heridos a los que una intervención quirúrgica inmediata pueda proporcionarles alguna probabilidad de supervivencia. Un grado más de esta elección: enviar a la sala de operaciones a hombres cuyas heridas son sumamente graves, es privar a otros de cuidados más eficaces. ¿Pero cómo hacer esta selección menos inhumana, cómo quitarle ese carácter de juicio sin apelación, de condena sin proceso y sin defensa?

Estaba allí, obligado por la necesidad, a no tener en cuenta para nada a los individuos; a no ver más que una especie de entidad anónima, dura, brutal y monstruosa. Estos heridos había exigido la guerra que hiciesen en plena juventud abnegación de sus personas para fundirlas en una colectividad, cuya alma estaba hecha de todos estos renunciamientos, de todos estos sacrificios: el Ejército. Sea abandono voluntario o resignación a lo inevitable, la donación de sí mismo está ya hecha. Pero, a los que han consentido en ello, ¿cómo exigirles que acepten además una agravación de la pena, un suplemento de dolor, que soporten un refinamiento de suplicio en el momento en que sus fuerzas desfallecidas se escapan con su sangre y los hace semejantes a niños pequeños que llaman a su madre, esperando un milagro que se la lleve para permitirles acurrucarse contra ella y morir? ¿Cómo negarles esta última esperanza, este último deseo, cuando ni siquiera los jueces, ni el verdugo, tienen la crueldad de negar al criminal que su última voluntad será satisfecha? ¿Es que yo, médico, debo ser, además, juez y verdugo a un tiempo? ¿Es que mi deber es forjarme un alma más dura que el propio acero de las armas que dan la muerte?

Estaba allí, y mi poder y mi deber hacían de mí un Nerón, cuyo pulgar hacia abajo negaba la vida al gladiador; aún más, mi ministerio se convertía en una imagen irrisoria del juicio divino: a mi izquierda, los rechazados; a mi derecha, los elegidos. ¿Y sobre qué certidumbre debía asentar este juicio y basar esta elección capital? Ciertamente que en la mayoría de los casos, o en casi todos ellos, los diagnósticos se imponen y los pronósticos son fáciles. ¿Pero es tan infalible mi juicio? ¿Son tan seguros mis conocimientos para permitirme escoger en un instante, sin dudar un momento o reflexionar algo; cuando es preciso ir muy deprisa porque el tiempo está tasado y otros, que son multitud, están esperando porque llevan un tortor que hay que quitar, o vendajes sucios que hay que renovar; cuando hay otros que tienen derecho a cuidados inmediatos, pues la urgencia de sus lesiones no admite ningún retardo y mi vacilación prolongada les podría privar de esa esperanza; cuando hay otros que les

siguen aún; otros que gimen, y otros que imploran?...

Pero al que tengo a mi izquierda, al que ya he condenado y se ha dado cuenta, puesto que me mira con unos ojos que soportaría mejor si expresasen rebeldía o reproche; pero que, decididamente, no puedo soportar que estén tan desesperados, tan tristes y dulces a la vez, le he cogido la mano, me he inclinado sobre su rostro y he encontrado, gracias a Dios, palabras que eran engañosas, pero que fueron para su espíritu lo que el opio fué para su cuerpo en el momento en que el sanitario me entregó la inyección preparada.

Luego, se dormirá.

Y antes que se duerma y hasta que se haya dormido, le repetiré la piadosa mentira que necesita su debilidad, puesto que la Muerte aceptada no ha llegado cuando era preciso y ha retrasado hipócritamente su visita, para dejar durante más largo tiempo su plaza al dolor.

Todos esos que fueron tan valientes en el combate, todos esos que lucharon con tanta rabia, parecen débiles, acobardados y quejumbrosos esta noche en el patio de la estación, a la lúgubre luz de los faroles. Los más favorecidos tienen una manta—escasean—; otros, presos por la fiebre y con la frente sudorosa, tiemblan bajo un capote arrojado sobre el cuerpo tendido en el suelo. Infinita aflición del hombre, parecido otra vez al hombre de las primeras edades; parecido a la bestia perseguida, a la fiera

herida por el cazador, acosada por la jauria y que va a morir desangrada.

—Dumesnil, encárguese usted de la clasificación.

Ejecuto la orden, y en los pocos momentos en que puedo dedicarme a pensar, envidio aquellos de mis compañeros a quienes, esta noche, les han correspondido otras tareas.

*

* *

El herido a quien he puesto una inyección de morfina parece dormido.

¿Tendrá todavía conocimiento?

Hermano mío, si me ves, si sabes que estoy junto a ti, perdóname la negativa que hace un momento tuve que oponer a tu deseo no expresado—tu último deseo—. Perdóname. Yo no soy un monstruo; soy un pobre hombre parecido a ti, y sufro porque comparto tu martirio. Y comparado contigo puedo parecer dichoso. Mi cuerpo está sano y se mueve en la plenitud de la vida, mientras que tus ojos se nublan y tu corazón se obscurece. Pero es mi conciencia la que me hace sufrir esta noche, es este triste poder, del cual has creído ser inocente víctima, el que me abruma. Pero no viene de mí. En otro tiempo, cuando me iniciaba en el arte de aliviar el dolor, no sabía que llegaría un día en que estos conocimientos, trabajosamente adquiridos, se convertirían en mi tormento, por su limitación y por su impotencia. Quisiera estar seguro de que esta noche.

tu última noche, he podido ser para ti algo más que el médico del cuerpo, y que he sabido aliviar un poco tu angustia moral, lo mismo que he calmado tu carne desgarrada. Yo quisiera que hubieses sentido muy cerca de ti, a falta de la ternura maternal que implorabas, la ternura fraternal que te ofrecía. ¿Lo has comprendido, no es cierto? Y te llevas, cerrando tus ojos para siempre, la imagen de un amigo inclinado sobre ti, pero que en el momento solemne de la muerte, libre de todo engaño, te ha dado sinceramente todo lo mejor que había en él.

*
* *

Era preciso seguir, ir a otros, y la fatiga y el cansancio eran tan grandes que me tambaleaba como un borracho.

*
* *

Hay instantes tan llenos de actos o de pensamientos, que su brevedad sorprende cuando al reflexionar sobre ellos, los recuerdos desarrollan su contenido; parece entonces imposible que tantas cosas hayan podido suceder en tan corto espacio. Así en Sézanne, en este patio de la estación, he actuado, he concentrado toda mi atención en los actos que realizaba y voluntariamente he alejado de mi mente todo aquello que no era necesario para

mi inmediato trabajo. Me he hecho fuerte para no enternecerme, para conservar todas mis fuerzas sin disminuir mi resistencia. Pero han sido los cortísimos instantes en que la sensibilidad dominaba a la razón y a la voluntad los que han dejado en mí sus huellas. Recuerdo y recordaré hasta el último de mis días el cuadro de este trágico espectáculo. Vuelvo a revivir, como si los años transcurridos no hubieran borrado ningún detalle, todos los episodios que he relatado anteriormente. Todo ha quedado grabado en mi memoria: colores, ruidos, olores; mis sentidos han registrado para siempre el horror de estos primeros días de Septiembre y todavía resuenan en mi oído las inflexiones de voz de algunas llamadas. Sin embargo, como médico de batallón, como médico-jefe de un regimiento de infantería, primero, y después en caballería, he visto otros muchos horrores, más alucinantes todavía, y la guerra se me ha revelado en su más espantosa hediondez. Pero nada ha conseguido nunca atenuar el recuerdo de los sollozos y los gritos del soldadito de cazadores que se llevaron en la noche.

*
* *

Hay que hacerse fuerte. Dominar los nervios, como se dice. Ciertamente, pero no hasta el extremo de endurecerse, que embotando toda sensibilidad hace del hombre una máquina de cortar las

cosas, obrar, razonar según rígidos principios e inmutables leyes, e imponer una disciplina en que el corazón no tenga sitio alguno. Hacerse fuerte, sí; pero no hasta esa aridez.

El deber manda. Se obedece. No se discute, no se transige en nada. En el engranaje del organismo inmenso en el cual cada uno de nosotros no somos más que una ínfima pieza, cabe, sin embargo, cierta movilidad en aquellas que están dotadas de flexibilidad. Los heridos, los enfermos esperan de nosotros no solamente los cuidados materiales que repararán en lo posible sus heridas y sus dolencias corporales, sino también algo más, que los reglamentos no pueden definir y que está contenido en una palabra: humanidad.

¡El médico!; se le considera ante todo con temor, porque se le tiene miedo, pues se sabe que muy a menudo la curación de las dolencias no se consigue más que con un aumento de los sufrimientos. Al traumatismo, al shokc de la herida, se suma la aprensión al tratamiento. En muchas gentes, esto se traduce inmediatamente por desconfianza, por un retraimiento de todo su ser, por lo cual lo primero es preciso que se tranquilice. Obtener la confianza, debe de ser el primer cuidado, el primer deber, y esto constituye un deber esencial y es también, a la vez, una recompensa. *Honora medicum propter necessitatem;* el hecho es simple tal como está dicho en el *Eclesiástico:* porque lo necesitas, honra el arte del

médico (51); pero se le teme. Es preciso esforzarse para que la proximidad del médico parezca menos temible a estos hombres que durante mucho tiempo van a soportarla varias veces al día. Y es preciso que por el contrario sea deseada, esperada, y que por sí sola sea ya un primer alivio moral para sus sufrimientos.

¿Es esto muy difícil? No. Basta a menudo con algunas palabras, con algún gesto. De su oportunidad y de su suavidad, dependen en gran parte las relaciones ulteriores entre el enfermo y el médico.

El endurecimiento profesional es, sin duda alguna, necesario. Pero es contra ti mismo, médico, contra quien debes endurecerte. Has de cuidar mucho de esa coraza que ha de protegerte, para que se conserve sin defecto, para que te mantenga erguido, para que te preserve de los desfallecimientos, para que te permita atravesar por en medio de las pestilencias físicas y morales que habrás de arrostrar y donde otros, peor protegidos, se asfixiarán.

*
* *

Sin embargo el alma del médico conserva su lozanía, regada por las aguas que brotan del manantial de la caridad.

51 El texto de este versículo es "Honra al médico, porque lo necesitas: pues el Altísimo es el que lo ha hecho para tu bien." Eclesiástico, cap. XXXVIII, vers. 1. Ed. católica de la *Santa Biblia.* Editorial Vizcaína. Bilbao, 1930. — *(N. del T.).*

No temas que se seque, no tengas miedo de que se agote, al contrario, cuanto más le pidas más te proporcionará. Es al abandonarla cuando se secaría.

*
* *

Recuerdo que en el momento en que los heridos recién llegados llenaban el patio, dudé de poder cumplir solo, la tarea que se me había confiado.

En varias ocasiones, esta escena de la cual he sido testigo antes, se ha repetido; he vuelto a ver ojos suplicantes, a oír palabras de desesperación, me ha sido preciso continuar mi labor, pronunciar juicios que eran sentencias de muerte.

Había entre los sanitarios un sacerdote, cura de una parroquia cerca de Etampes. El cumplimiento de su tarea material no le hacía olvidar la otra. Estaba cerca de mí.

¿Sorprendió mi angustia? ¿Adivinó mis dudas ante mi ciencia limitada, mi espíritu falible? Tal vez, pues me dijo: *Tu quoque sacerdos, medice... Deus docet manus tuas* (52).

52 ¡También tú eres sacerdote, oh médico... Dios guía tus manos! — *(N. del T.)*.

FIN

INDICE DE MATERIAS

Págs.

NOTA PRELIMINAR... ... 7
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR... ... 9
DEDICATORIA... ... 17
PREÁMBULO 19

ADQUISICION DE CONOCIMIENTOS

I. Primer contacto con la muerte 25
II. El maestro y el servicio 38
III. El Juramento de Hipócrates... ... 50

EL ENFERMO, LA ENFERMEDAD Y EL MEDICO

I. Psicología médica; curiosidad del enfermo y prudencia del médico 65
II. La jerga médica... ... 73
III. La evolución de la medicina; clínica y laboratorio 79
IV. Medicina y cientifismo; escepticismo terapéutico y beneficio de la medicina 90

EL MEDICO EN LA SOCIEDAD

I. Ciencia y humanidad. Nivel intelectual y nivel moral del médico. Medicina y humanismo, reclutamiento médico 99
II. El médico en la vida moderna: concurrencia y publicidad 108

Págs.

III. Médicos rurales, y médicos antiguos; Balzac precursor... 115
IV. Hacia la "estatización" de la medicina; médicos de arrabales... 121
V. Medicina en equipo... 130
VI. La dicotomía; la responsabilidad médica ... 135

MEDICO, FAMILIA, INDIVIDUO

I. El secreto médico 145
II. La medicina, las mujeres y la moda 151
III. El médico de familia 156
IV. La especialización médica... 162

TU ES SACERDOS, MEDICE 171

ESTE LIBRO DEBE SER DEVUELTO
EN LA ULTIMA FECHA TIMBRADA

10/7/02		
21/8/03		
18/5/05		

Reg. 01104
Dumesnil, René
El alma del Médico
W50
D 888
1942

Fecha del Préstamo	Nombre Lector	Fecha de Entrega
18/10/96	[illegible]	22/10/96
	Claudio Herrera	10/07/02

REg. 01104
W50
D 888
1942

Universidad de Valparaíso
Chile
00029450

OCHO pesetas